

EL ENIGMA DEL SUFRIMIENTO

Versión en español
editada por:

Aula7activ@

Georges Stéveny

EL ENIGMA DEL SUFRIMIENTO

Georges Stéveny

EL ENIGMA DEL SUFRIMIENTO

Georges Stéveny

Aula7activ®

Edita

Aula7activ@

Traducción: Raquel Aguasca Oliveras
Diseño gráfico y maquetación: Esther Amigó Marset

Aula7activa-Aeguae
Garcia i Fària, 57-59, 4º, 2ª
08019 Barcelona
Tel.: +34 933 032 646
Fax: +34 933 032 693
E-mail: info@aula7activa.org
Web: www.aula7activa.org

Todos los derechos reservados. Se permite la impresión de las publicaciones de www.aula7activa.org sólo para uso personal. No está autorizada la reproducción total o parcial de esta publicación por cualquier medio o procedimiento para su difusión pública, incluidos la reprografía, el tratamiento informático y su difusión por Internet, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Los archivos informáticos de las publicaciones electrónicas no pueden ser manipulados bajo ningún concepto.

Aula7activa no se hace responsable de las opiniones expresadas en esta obra. Los textos publicados expresan exclusivamente las opiniones de sus autores.

Publicado por primera vez en francés por Éditions Vie et Santé
© 2004, Aula7activa-AEGUAE, en español para todo el mundo
Depósito Legal: B-48586-2004

SUMARIO

Prefacio a la edición francesa	7
Prefacio a la edición española.....	11
Capítulo 1	
El sufrimiento universal	13
Capítulo 2	
El sufrimiento útil	19
Capítulo 3	
El sufrimiento que escandaliza.....	25
Capítulo 4	
La prueba de Job	31
1. Descripción del drama.....	31
2. Tres amigos para consolar y acusar	33
3. Elihú, el moralista	39
4. Dios mismo interviene	40
5. Conclusión	45
Capítulo 5	
El papel de Satanás	47
1. La enseñanza del Antiguo Testamento	49
Job 1 y 2.....	50
1 Crónicas 21:1	50
Zacarías 3:1.....	51
Ezequiel 28:11-17	52
Isaías 14:12-15.....	54
2. Las enseñanzas del Nuevo Testamento	55
Los Evangelios sinópticos	56
El evangelio de Juan	57
La primera epístola de Juan.....	57
Las epístolas del apóstol Pablo	58
Pedro y Judas	59
Apocalipsis	60
3. Satanás y el mal.....	61
4. Conclusión.....	63
Capítulo 6	
El mal, signo de nobleza y de decadencia.....	65
1. El hombre, imagen de Dios.....	65
2. Con cautela	67
3. El enemigo y los dos árboles	70
Capítulo 7	
Comprender a Dios	79
1. Dios del cielo, por encima de nosotros	79

2. Dios con nosotros.....	80
3. Dios escondido.....	81
4. Dios Todopoderoso	87
5. Dios sufre	92
6. Dios hecho carne	93
7. Dios y los acontecimientos.....	95
8. Dios y los acontecimientos según Jesús	96
Los pajarillos y nuestros cabellos (Mateo 10:29-31).....	96
Dos acontecimientos trágicos (Lucas 13:1-5).....	97
Un ciego de nacimiento (Juan 9)	99

Capítulo 8

Jesús solidario.....	105
1. Se compadece	105
2. Lloro.....	105
3. Nos libera	106
4. Es anunciado.....	107
5. Lleva el yugo con nosotros	108

Capítulo 9

Sufrió	111
1. El sufrimiento inevitable.....	111
2. El sufrimiento tolerable	112
3. El sufrimiento útil	113
4. El sufrimiento necesario	115
5. El sufrimiento y la victoria gloriosa.....	116
6. El sufrimiento misterioso	117

Capítulo 10

La prueba de la fe	121
1. El testimonio de Pablo	121
2. La exhortación de Pedro	122

Capítulo 11

El valor de la oración.....	125
1. ¿Por qué orar?	125
2. ¿Cómo orar?	128

Conclusión

Nadie se libra del sufrimiento.....	133
El sufrimiento «educativo»	133
El sufrimiento injustificable	134
Un desorden causado por el enemigo	135
Lo que está en juego: las consecuencias universales del sufrimiento	135
Los remedios contra el sufrimiento	136
La oración en el sufrimiento	138
Una última palabra	140

*Los que lloráis, venid a Dios, porque él llora.
Los que sufrís, venid a él, porque sana.
Los que tembláis, venid a él, porque sonrío.
Los que pasáis, venid a él, porque permanece.*

Víctor Hugo, *Les Contemplations*, III, IV
(escrito bajo un crucifijo)

PREFACIO A LA EDICIÓN FRANCESA

En la actualidad, sabemos que el hambre es a menudo el resultado de una voluntad política deliberada, y que la contaminación, atómica o química, podría controlarse fácilmente si aceptáramos pagar el precio real. Igualmente, si accediéramos a pagar algunos céntimos de más por nuestra taza de café o de chocolate, nadie moriría a nuestro alrededor... y no habría tanta miseria en los países productores.

Por lo tanto, muchas veces la humanidad es en gran medida responsable de su propia desgracia... Pero quedan muchos interrogantes: ¿por qué los inocentes sufren, incluso más que los culpables, el castigo de esta locura asesina de los hombres?, ¿por qué un Dios bueno tolera que el malvado prospere a costa del inocente?

¿Por qué?

Desde que existe el mundo, los hombres de buena voluntad se enfrentan a esta indignante y dolorosa pregunta y buscan respuestas. Pero hemos de reconocer que ninguna de ellas es plenamente satisfactoria.

O bien niegan la realidad del mal para salvaguardar la omnipotencia de un Dios bondadoso.

O bien se limitan a constatar la existencia del bien y del mal, y atribuyen uno y otro a dos principios antagonistas e irreductibles, a dos (o varios) dioses, buenos o malos. Esta solución insatisfactoria es una nota distintiva del paganismo, que reviste a los dioses con los peores defectos de la humanidad y convierte a los hombres en títeres manipulados por unos dioses que no valen más que ellos.

O bien niegan incluso la misma existencia de Dios y dejan al hombre solo, como único criterio del bien y del mal, con el vacío y la inquietud que derivan de esta situación.

Si hubiera un Dios, ¿reinaría el mal sobre la tierra? ¿Veríamos, como ahora, que la muerte y el sufrimiento golpean a nuestro alrededor, a nuestros semejantes, a nuestros amigos, incluso a nuestros hijos?

¿Cómo conciliar la existencia de un Dios bueno con las imágenes de desolación y tragedia con que nos castigan cada día los medios de comunicación? Imágenes del hambre en Somalia, niños demacrados, auténticos esqueletos con mirada humana, que clavan sus ojos inmensos y vacíos en la cámara que transmite en directo su insoportable agonía; imágenes de guerra «étnica» en Bosnia, o tribal en Ruanda, donde los vecinos de ayer se convierten en asesinos de sus hermanos, sin perdonar siquiera a los heridos en los hospitales, acribillados a puñaladas o a cañonazos... Imágenes de la miseria en las chabolas del Tercer Mundo, en las favelas de Río, en los vertederos de El Cairo... Imágenes de catástrofes y de la muerte a plazos de los irradiados de Chernobil, de las transfusiones de sangre contaminada o de las drogas, mientras los traficantes, los «barones» de la cocaína, más protegidos y mejor tratados que muchos jefes de Estado, se enriquecen, blindándose con guardaespaldas, abogados corruptos y otros medios de defensa solapados... u oficiales.

¿Qué hace vuestro Dios entonces?

Es cierto que, en la mayoría de ocasiones, es la humanidad quien provoca su propia desgracia. La codicia incita al ser humano a invadir las tierras de su vecino, y las armas resultan mucho más rentables que la agricultura practicada (todavía) por algunos honestos campesinos menospreciados.

Georges Stéveny plantea la cuestión y, a su vez, esboza una respuesta.

Merece la pena escucharla, porque se afianza sobre tres pilares sólidos, tres puntos de apoyo que aseguran una buena estabilidad.

Como filósofo, maneja de modo impecable los conceptos y las ideas, sin debilitarlos o desnaturalizarlos.

Como teólogo, basa su camino en los jalones seguros de la Biblia, fuente de revelación para todos los cristianos cualquiera que sea su confesión, evitando, por lo tanto, las respuestas prefabricadas del dogmatismo y las atrevidas especulaciones del individualismo.

Finalmente, y sobre todo, como pastor de almas, nunca se aleja de la realidad, de la densidad del sufrimiento humano, y evita de este modo cualquier fuga hacia el universo frío y descarnado de las ideas.

Se trata de la obra de un pensador, de un cristiano, pero, ante todo, de un hombre que a lo largo de su ministerio ha visto, conocido, vivido y experimentado la desdicha de los hombres sin dejar de resentirse, pero sin cesar, tampoco, de luchar contra el mal y el infortunio con las armas a menudo victoriosas de la fe.

Jean Flori

Director de investigación en el Centre National des Recherches Scientifiques (CNRS), Francia

PREFACIO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

La vindicación de la obra y del carácter de Dios, encarnado en su hijo Jesucristo como ejemplo humano para todos, ha constituido la base del pensamiento y el hacer de Georges Stéveny, pastor, teólogo, filósofo y, ante todo, testigo fiel de su Señor.

Su desaparición en la primavera de 2004 nos deja en herencia una rica producción con la que, a través de los años, Georges Stéveny intentó contagiar su amor por Dios y transmitir el amor de Dios que sentía actuar en su vida diaria.

El sufrimiento es uno de los temas que más preguntas provoca en creyentes y en no creyentes, y al tiempo una de las bases que muchos utilizan para cuestionar el verdadero amor de Dios.

Con este libro, publicado por primera vez en español, esperamos que las dudas queden disueltas y que, como era deseo del pastor Stéveny, el verdadero carácter de Dios sea vindicado.

LOS EDITORES
Aula7activa

Capítulo 1

El sufrimiento universal

La imagen de un niño que juega despreocupado, acompañando sus movimientos con un tierno balbuceo, compone una escena encantadora, llena de ternura y esperanza. La vida ha sido creada para la felicidad.

Sin embargo, el saber popular expresa, con un suspiro, una verdad ruda: «las rosas sólo viven una mañana»¹. Y las canciones de toda la vida repiten con nostalgia que «los días hermosos son demasiado cortos».²

El pensador Maurice Blondel no se equivocaba: «No es necesario –decía– agotar el mundo para sentir que no te puede satisfacer».³ La cantidad de penas rebasa ampliamente la de alegrías. La realidad resulta brutal. Del mismo modo que la sal está disuelta en el agua del mar, el sufrimiento azota al mundo por todas partes. El profeta Jeremías nos habla de una «desgracia inmensa como el mar»⁴ (Lamentaciones 2:13). «En todas las latitudes y en todas las condiciones, el hombre llora. Lloro bajo las flores majestuosas y bajo el espléndido follaje de los bosques tropicales, en el polvo insalubre que envenena la atmósfera del fondo de las mi-

A mis queridos hijos

¹ (N. del T.) El autor cita un fragmento del poema *Consolation à Monsieur Du Perier, gentilhomme d'Aix en Provence, sur la mort de la fille*, de François Malherbe (1555-1628): «Et, rose, elle a vécu ce que vivent les roses / l'espace d'un matin». En castellano, el tópico literario de la caducidad de la vida (*tempus fugit*) ha sido expresado con gran belleza por diversos poetas. Destacamos entre ellos el primer verso del soneto de Luis de Góngora *A una rosa*: «Ayer naciste y morirás mañana».

² (N. del T.) Se refiere, probablemente, a la popular canción «Donne-moi ta jeunesse» (1962) del cantautor Robert Cogo.

³ BLONDEL, Maurice, *L'action*, París: Presses Universitaires de France, 1950, p. 328 (edición española: *La acción*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1996).

⁴ (N. del T.) Para las referencias bíblicas empleamos generalmente la *Nueva Biblia Española*, dirigida por Luis Alonso SCHÖKEL y Juan MATEOS, Madrid: Ediciones Cristiandad, 1975. En los casos en que ha parecido conveniente emplear otra versión, se indica en nota al pie.

nas. Lloro en los salones de baile y en las celdas de la prisión; tanto en los palacios deslumbrantes, donde se agolpa la multitud ávida de disfrutar, como en los tristes hospitales, donde gime la muchedumbre que anhela morir. El hombre llora en todas partes. Inclínándose radiante a una cuna, o desesperado sobre un ataúd, su frente lleva el estigma del sufrimiento pasado o los signos premonitorios del sufrimiento futuro.»⁵

«Sin detenerse jamás, ¿qué hace el sufrimiento para resurgir siempre como nuevo?»⁶ Así lo constata el gran biólogo Jean Rostand: el sufrimiento físico, moral, sentimental, existencial no deja de extender su devastación.

Y lo más desconcertante, si se nos permite la expresión, lo más indignante del sufrimiento es su ceguera. Parece siempre dispuesto a surgir indiscriminadamente, se haga el bien o el mal. Desde la Antigüedad, nos llegan gritos de rebeldía sobre este asunto. Job exclama: «¿Por qué siguen vivos los malvados y al envejecer se hacen más ricos? Su prole está segura en su compañía y ven crecer a sus retoños» (Job 21:7 y 8).

Éste fue también un motivo de reflexión para David, elegido por Dios como rey, pero perseguido cruelmente por Saúl. Su consejo: «No te exasperes por el que triunfa empleando la intriga» (Salmos 37:7).

Jeremías preguntaba: «¿Por qué prosperan los impíos y viven en paz los traidores?» (Jeremías 12:1).

Podríamos pensar que un poder maléfico utiliza toda su inteligencia para provocar el desorden, ensañándose más con los buenos que con los malos. Las personas más honestas llevan a veces las cicatrices más profundas. Y a menudo, desgraciadamente, se nos golpea en lo que más queremos; como si amar fuera el único crimen.⁷

Víctor Hugo perdió, en un accidente de barco en el Bajo Sena, a su hija Léopoldine, de diecinueve años y recién casada. Su ma-

⁵ MONOD, Wilfred, *Il a souffert*, París: Fischbacher, 1932, pp. 4, 5.

⁶ ROSTAND, Jean, *Nouvelles pensées d'un biologiste*, Stock, 1947, pp. 87, 88.

⁷ Cf. *idem*, p. 138.

rido y dos parientes más murieron con ella. El golpe fue atroz. El autor de *Les contemplations* no había descrito antes en su poesía una tristeza y una resignación tan conmovedoras:

*Señor, reconozco que el hombre delira
Si se atreve a murmurar.
Dejaré de acusar, dejaré de maldecir,
Pero ¡déjame llorar!
Vengo a Vos, Señor, Padre en quien creo;
Y te traigo, confiado,
Los trozos de mi corazón lleno de vuestra gloria,
Que Vos habéis quebrado.
Vengo a Vos, Señor, confesando que sois
Bueno, clemente, indulgente y benigno, ¡oh Dios vivo!
Convengo en que Vos sólo conocéis cuando obráis
Y que es el hombre junco que se estremece al viento.
Y digo que la tumba que en la muerte se cierra
El firmamento abre,
Y lo que en este mundo tomamos como término
Tan sólo es el comienzo
Reconozco que sólo Vos, Padre augusto,
Poseéis lo infinito, lo real, lo absoluto;
Reconozco que es bueno, que es justo,
Que mi corazón haya sangrado, ya que Dios lo ha querido.»⁸*

La enternecedora belleza literaria de este poema no debe impedirnos meditar en su contenido. El arte no siempre es portador de la verdad. ¿Ha querido Dios, en realidad, este terrible accidente?

¿Y qué se puede decir cuando el mal ataca a niños inocentes? Elie Wiesel, de quince años, tuvo que soportar el horror de los campos de concentración de Auschwitz y de Buna. Cuenta que un día un niño de doce años fue sorprendido ayudando a un holandés

⁸ (N. del T.) Fragmento del poema «A Villequier», recogido en *Les contemplations*, escrito el 4 de septiembre de 1847.

a esconder unas armas. Los dos fueron condenados a morir en la horca. Se les hizo subir a unas sillas; y los nudos corredizos fueron colocados con indiferencia en torno a sus cuellos. Eran tres. La ejecución era pública, para que sirviera de escarmiento. De entre las filas de los prisioneros, se alzó un grito: «¿Dónde está Dios? ¿Dónde está?».

Se derribaron las sillas y los cuerpos quedaron colgando de las cuerdas. Los prisioneros, horrorizados, fueron obligados a desfilar ante las víctimas. Los adultos murieron rápidamente; pero el niño, más ligero, aún vivía. Su cuerpo oscilaba débilmente. De nuevo se escuchó el mismo grito: «¿Dónde está Dios?».

Sólo un creyente puede expresarse así, puesto que para el incrédulo Dios no existe. Ahora bien, si el mundo es producto del azar, el desconcierto ante el sufrimiento no tiene sentido. El azar no es inteligente, carece de lógica y de amor. Si lo ha creado todo, es admirable que exista tanta armonía. Ya no es el mal lo que constituye un problema, sino el bien.

Por el contrario, si yo considero a Dios como el punto de partida de la existencia, si lo acepto como creador de los cielos y de la tierra, la situación del mundo me impone preguntas lacerantes y me llena de una tristeza inquieta. ¿Es realmente la imagen de Dios lo que reflejan el espectáculo de la naturaleza y de la historia? Sin duda alguna, convengo con el apóstol Pablo en que, pensándolo bien, descubrimos «lo invisible de Dios, es decir, su eterno poder y su divinidad» al contemplar sus obras (Romanos 1:20). Hay que ser demasiado crédulo para explicar el mundo a través del azar, ya que éste carece de capacidad para dotar de sentido a los seres y a las cosas. Necesito, pues, un Dios inteligente y poderoso.

Pero entonces surge con angustia el «porqué» de los profetas. «¿Hasta cuándo, Señor, pediré auxilio sin que me escuches; te gritaré: ¡Violencia!, sin que me salves? ¿Por qué me haces ver crímenes, me enseñas trabajos, me pones delante violencias y destrucción y surgen reyertas y se alzan contiendas?» (Habacuc 1:1-3). El espíritu se inquieta y se desconcierta. Podríamos quejarnos como Sully Prudhomme⁹:

*Si yo fuera Dios, la muerte no tendría presas,
Los hombres serían buenos, aboliría las despedidas,
Y sólo se derramarían lágrimas de alegría.
¡Si yo fuera Dios!*

Aún es soportable cuando la prueba alcanza a los demás y a nosotros no nos afecta. En ese momento, la imaginación se prodiga en explicaciones simplistas que no satisfacen a nadie. Pero todo cambia cuando debemos atender a nuestro propio hijo en plena agonía. Entonces los buenos sentimientos ya no bastan. Siendo un junco el hombre, es un junco pensante. Para consolarle, o por lo menos darle cierto sosiego, no basta con conmovér su corazón, meciéndole con ilusiones. Mientras la prueba siga siendo un enigma indescifrable, no sirve de gran cosa querer secar sus lágrimas. Para transfigurar el sufrimiento hay que introducir una idea que lo ilumine interiormente, debe dejar de estar envenenado por conceptos erróneos sobre Dios.

A esto queremos dedicarnos en las páginas siguientes, esperando ayudar a los que sufren a decir, a pesar de todo, con el apóstol Juan: «Por nuestra parte, el amor que Dios mantiene entre nosotros ya lo conocemos y nos fiamos de él. Dios es amor: quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios con él» (1 Juan 4:16).

⁹ René François Armand Prudhomme (1839-1907), conocido como Sully Prudhomme.

Capítulo 2

El sufrimiento útil

Debemos afirmarlo abiertamente: existe un sufrimiento útil. Desde esta perspectiva, el dolor físico tiene como objetivo proteger la vida. A lo largo de este capítulo profundizaremos en el análisis de esta cuestión.

El hombre es distinto del universo en el que vive, pero forma parte de él. El universo se refleja en él. Esta percepción, la sensación que tiene el hombre de sí mismo y del universo al que pertenece, depende de su sensibilidad consciente y ésta admite una gradación. Va desde cuerpo físico hasta la emoción, los sentimientos, el pensamiento, la inteligencia y el espíritu. La sensibilidad tiene como soporte un sistema orgánico complejo, el sistema nervioso, que vincula el mundo exterior y el organismo interior del hombre a su cerebro.

La recepción de las sensaciones tiene lugar, primeramente, en la médula. Se la ha comparado a una oficina de correos local que despacha asuntos ordinarios a través de los reflejos. Los reflejos desencadenan todo un conjunto de defensa automática, sin ninguna intervención de la conciencia. Si pinchamos un brazo durante el sueño, éste se contrae. Observemos que las fibras nerviosas transmiten únicamente modificaciones mecánicas, físicas, químicas o eléctricas.

Desde la médula, estos impulsos suben hasta una formación nerviosa situada en la base del cerebro, el tálamo, una especie de oficina central de correos del dolor. A este nivel, el impulso nervioso adquiere un matiz afectivo y un carácter doloroso. Allí empieza la conciencia del dolor.

Por último, el tálamo está unido al conjunto del cerebro y, especialmente, a los lóbulos frontales, a los que podríamos com-

¹ La imagen es del doctor RATIE, en *Biopsychologie de la douleur*, (*Biopsicología del dolor*) conferencia pública pronunciada en Annecy, Haute-Savoie (Francia).

parar con un ministerio de correos y telecomunicaciones. Aquí el dolor es analizado, percibido por la conciencia lúcida. Curiosamente, el cerebro, sin el cual no tendríamos ninguna conciencia del dolor, es él mismo insensible. Puede ser operado sin anestesia. Perfectamente protegido en el interior del cráneo, no siente ningún dolor en sus propias células. En cambio, experimenta con intensidad el dolor que proviene del resto del cuerpo.

Para explicarlo con sencillez, es necesario estar consciente para sentir el dolor, y esta conciencia depende esencialmente del cerebro. El sufrimiento nace con la conciencia de uno mismo. Se ha demostrado que el sufrimiento físico aparece en un nivel bastante alto de la escala zoológica, y se intensifica a medida que la conciencia madura. Así pues, el sufrimiento moral aparece únicamente con la conciencia reflexiva. Por eso el hombre sufre más que los demás seres vivos. Cuanto más piensa en su sufrimiento, más aumenta éste. ¿Hay algo más conmovedor que una lágrima?.

Debe señalarse, además, que el sufrimiento se amplía a medida que la conciencia se desarrolla y madura. Cuanto mayor es la sensibilidad, más rápido y más intenso es el dolor. Visto así, es obvio que el dolor resulta útil. Por ejemplo, el hambre indica la necesidad de alimento. Todos comprendemos la inquietud de una madre cuyo hijo no quiere comer.

El dolor señala también los peligros a los que nos exponemos. El doctor Paul Brand, que ha pasado su vida en India como cirujano, describe la angustia de los leprosos, cuyo cuerpo es peligrosamente vulnerable a las heridas porque la lepra destruye los nervios que transmiten el dolor. Cualquier mecanismo que tenga una herida resulta sobrecogedor porque el leproso no siente la lesión. Frecuentes son los casos de enfermos que se levantan por la mañana habiendo perdido una parte de sus pies o de sus manos devorados por las ratas.

En uno de sus libros, el doctor Brand dedica un capítulo al dolor como protección. No duda en decir que los leprosos sufren porque no perciben el dolor. ¡Qué no darían ellos —añade— por ser alertados cuando les acecha un peligro!

Esquemáticamente, podemos admitir que el dolor, en un primer nivel, es físico, orgánico, y corresponde a los nervios periféricos y a la médula. En un segundo nivel, el dolor es afectivo, emotivo, y corresponde a la base del cerebro. Finalmente, en un tercer nivel, el dolor psíquico afecta a la conciencia total, el dominio sutil de la inteligencia, el espíritu y el corazón. Se expresa en el córtex y específicamente en la región anterior del encéfalo.

Por consiguiente, es preciso reconocer que el dolor ha sido programado. Está vinculado a la complejidad admirable del ser humano. Podemos decir que es inherente a la creación. Forma parte del propósito que evidencia intensamente la acción organizadora de una inteligencia superior. Dicho de otro modo, al menos en cierta medida, el dolor no es absurdo. Responde a un objetivo. Es útil para señalar los peligros mortales. Desde este punto de vista, es querido por Dios.

Esta reflexión, que es cierta en el plano físico, lo es también en el ámbito moral. Con cualquier transgresión se inicia un proceso de desajuste cuya finalidad es alertar a la conciencia.

A lo largo de sus páginas, la Biblia atrae constantemente la atención de los lectores sobre este asunto. El mal desencadena un fenómeno de boomerang. «Los malvados desenvainan la espada, asestan el arco para abatir a pobres y humildes, para asesinar a los honrados; pero su espada les atravesará el corazón, sus arcos se romperán» (Salmos 37:14 y 15). «Sus propias culpas enredan al malvado y queda cogido en los lazos del pecado» (Proverbios 5:22). «Y la tierra fue profanada por sus moradores, porque traspasaron las leyes, falsearon el derecho, quebrantaron el pacto eterno. Por esta causa la maldición consumió la tierra, y sus moradores fueron asolados; por esta causa fueron consumidos los habitantes de la tierra, y disminuyó la población» (Isaías 24:5 y 6).²

Por lo demás, la advertencia de Dios es clara: «Pero si no obráis así, pecaréis contra el Señor, y sabed que vuestro pecado será

² (N. del T.) Versión de Reina-Valera; *Santa Biblia*, antigua versión de Casiodoro de Reina (1569), revisada por Cipriano de Valera (1602); revisión de 1995.

castigado» (Números 32:23). «¡Repréndate tu maldad, y tus apostasías te castiguen!»³ (Jeremías 2:19). La intención de Dios es animar al ser humano para que actúe correctamente: «Si desviáis a la derecha o a la izquierda, tus oídos oirán una palabra a la espalda: “Ése es el camino, caminad por él”» (Isaías 30:21).

A este nivel, el dolor funciona como una advertencia. Depende de Dios como creador y legislador. Podemos compararlo con un semáforo cuya luz roja se enciende cuando aparece el peligro. Pero Dios no tiene que intervenir de una forma personal para infligir el dolor. El mal lo desencadena automáticamente. Es el mecanismo de las leyes el que interviene.

Desde este punto de vista, el sufrimiento resulta incluso provechoso. Incita a la conciencia a despertarse para analizar la situación. No hay nada más útil. Podemos admitir, con el poeta Alfred de Musset, que:

*El hombre es un aprendiz, el dolor es su maestro
Y nadie se conoce mientras no ha sufrido.*⁴

Saint-Exupéry se expresa en el mismo sentido: «Te basta, Señor, para que yo me conozca, que plantes en mí el ancla del dolor. Tú tiras de la cuerda y yo me despierto».⁵

Está claro. Es inútil extenderse más. La sabiduría popular lo acepta sin rechistar: siempre se recoge lo que se siembra. «Con Dios no se juega –escribe san Pablo– [...] El que cultiva los bajos instintos, de ellos cosechará corrupción; el que cultiva el espíritu, del Espíritu cosechará vida eterna» (Gálatas 6:7 y 8). El apóstol no hace más que retomar un precepto de Jesús: «¿Se cosechan uvas de las zarzas o higos de los cardos? Así, los árboles sanos dan frutos buenos; los árboles dañados dan frutos malos» (Mateo 7:16-18).

³ (N. del T.) Versión de F. CANTERA y M. IGLESIAS, *Sagrada Biblia. Versión crítica de los textos hebreo, arameo y griego*, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1979.

⁴ MUSSET, Alfred de, *Noche de octubre*.

⁵ *Présence*, n.º 95.

La naturaleza obedece a sus leyes en todos los ámbitos.

Este principio elemental, al alcance de un niño, debería determinar nuestra conducta. Si se tomara en serio, haría desaparecer muchos errores. Los padres que descuidan la educación de sus hijos les privan de una preciosa protección. Esta falta de prevención puede conducir al consumo de drogas, por ejemplo, y todos sabemos que ellas causan siempre una dependencia dolorosa y con frecuencia mortal. Nadie puede eludir las leyes naturales. Las mismas causas producen siempre los mismos efectos, tanto en el bien como en el mal.

Afortunadamente, por otra parte, ya que la vida sería imposible sin la constancia de las leyes. Imaginemos por un instante que las leyes de la aeronáutica no fueran estables. ¿Quién se atrevería todavía a subir a un avión? O si el trigo tuviera a veces la propiedad de nutrir y a veces la de matar: ¿quién seguiría aún comiendo pan? La inmutabilidad de las leyes es una condición fundamental de la vida y ninguna actividad es posible cuando éstas son burladas.

A veces el sufrimiento es merecido y, en ese caso, resulta útil para reconducirnos a la razón. Esta es la trascendencia de una afirmación cuyo sentido es falseado frecuentemente por traducciones inexactas: «Si sufrís el castigo, Dios se os presenta como a hijos; porque ¿qué hijo es aquél a quién el padre no castiga [...] éste [Dios] para lo que nos es provechoso, para que recibamos su santificación. Es verdad que ningún castigo al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; mas después da fruto apacible de justicia a los que por medio de ella han sido ejercitados» (Hebreos 12:7, 10 y 11).⁶

De hecho, la palabra «castigo» debe ser reemplazada por «educación»,⁷ lo que modifica por completo el significado del texto. Dios no es sólo Creador, es padre, y se toma en serio la formación de sus hijos. Ésta no siempre se produce sin dolor. Pero, bajo este

⁶ (N. del T.) Versión de Reina-Valera Antigua (1909), que recoge el término «castigo». Stéveny emplea «châtiment» (traducción de Louis Segond).

⁷ En griego, *paideia*, que procede de *país* (niño), y no la palabra *kolasis* (castigo), que viene de *koptô* (suprimir, restar).

punto de vista, el dolor que es consecuencia de los errores físicos o morales adquiere una connotación positiva y benéfica: al corregirnos, nos hace participar de la santidad. La corrección condiciona el progreso. Y ello sucede a todos los niveles.

Hay que reconocer que, a simple vista, la idea de un sufrimiento útil repugna a quienes se encuentran inmersos en la prueba. Pero, a pesar de ello, existe; aunque solo se refiera a una porción de las penas que sufre la humanidad.

En conclusión, el sufrimiento es hasta cierto punto necesario para la vida. Su papel es el de hacer sentir la necesidad y advertir cuando un peligro amenaza. Suprimirlo y suprimiréis la vida, haciendo desaparecer el esfuerzo, la resistencia, la búsqueda de los medios adecuados para asegurar la existencia.

Capítulo 3

El sufrimiento que escandaliza

En numerosos casos el sufrimiento no es el resultado de una falta cometida por quien lo padece. El sufrimiento de los niños es injustificable. ¿Qué podemos decir cuando se lamentan día tras día, aquejados de cáncer, alteraciones neuromusculares, mucoviscidosis, sida, u otras enfermedades martirizadoras? ¿No resulta indignante?

Por otra parte, un conjunto de circunstancias inexplicables puede ocasionar un accidente de irreparables consecuencias. No hace falta dar ejemplos: son múltiples y están presentes en la experiencia de todos. Como David mismo pudo comprobar: «Muchas son las desgracias del justo» (Salmo 34:19).¹ Así, el mal coloca al hombre frente a sí mismo, en una profunda angustia en la cual descubre cierta hostilidad, latente en el propio seno de la creación. Y el problema estriba en descubrir la naturaleza de esta hostilidad. Los antiguos la llamaron a menudo *destino*, *moira* para los griegos y *fatum* para los romanos. Para ellos era ineludible.

El célebre dramaturgo Sófocles, en su obra *Edipo Rey*, cuenta cómo este joven noble se abocó a su cruel destino, incluso mientras se esforzaba en conjurarlo.

Edipo vivía apaciblemente en Corinto con sus padres Pólipo y Mérope. En el transcurso de una fiesta, un adivino le desveló que mataría a su padre y se casaría con su madre. Aterrorizado, huyó para escapar a este funesto destino. Mientras caminaba al azar en dirección a la ciudad de Tebas, entabló una disputa con un hombre que conducía un carro y lo mató. Llegó a la ciudad y consiguió resolver el enigma propuesto por la Esfinge, que tenía atemorizada a la ciudad. Ésta fue liberada del monstruo, que se precipitó desde lo alto de un peñasco. Edipo fue recompensado recibiendo en matrimonio a la reina viuda y fue nombrado rey.

¹ (N. del T.) Versión de Cantera-Iglesias.

Pero la maldición recayó de nuevo sobre la ciudad. Se consultó a los dioses para conocer la razón y descubrieron la terrible verdad: Edipo era en realidad hijo de Layo y de Yocasta, soberanos de Tebas. En su nacimiento, sus padres fueron advertidos de que mataría a su padre y se casaría con su madre. Para conjurar este terrible destino, confiaron su bebé a un pastor con la misión de matarlo. Pero, enternecido, el siervo entregó el bebé a Pólipo y Mérope, pareja real de Corinto, que sufría por no tener hijos. Intentando huir de esta sombría predicción fue cuando Edipo mató efectivamente a su padre, en el carro, y se casó con su madre, Yocasta, viuda de Layo.

La creencia en el destino está profundamente arraigada. Sus efectos han sido devastadores a lo largo de los siglos. Unos hablan de fatalidad, otros de predestinación, otros incluso de casualidad. Mucha gente se tortura creyéndose víctima de poderes malignos. Con frecuencia se acusa a Dios. La cruel ironía del azar obsesiona sus mentes. Escuchad este grito de desesperación:

*El cielo y las olas luchan alrededor de su víctima
encarnizadamente, en el ruido y la oscuridad;
víctima de este combate, mi barco se mueve sobre el abismo
sin brújula y desarbolado [...]
A merced del huracán que lo conduce y lo domina,
abarrotado de tesoros y de aparejos sumergidos,
este navío perdido es la nave humana,
y nosotros somos los naufragos.
Inútilmente, la tripulación pilota enloquecida en la sombra;
el terror está a bordo, la Desesperación, el Luto;
sentada al timón, la sombría Fatalidad
lo dirige hacia un escollo. [...]
¡Ah! Es un grito más sagrado que otros gritos de agonía;
protesta, acusa en lugar de confiar.
¡Y bien! Este grito de angustia y de horror infinito,
lo he proferido yo; ya puedo hundirme.²*

² Madame AEKERMANN, *Poésies philosophiques*.

Ahora bien, ¿qué puede ser esta sombría Fatalidad?

Desde la más lejana Antigüedad, los hombres han imaginado un Dios del que procede el bien y un Dios responsable del mal. Como observa Louis Lavelle: «En el fondo de muchas consciencias existe un viejo dualismo maniqueo».³ Antes de convertirse al cristianismo, san Agustín fue maniqueo durante siete años. Profundamente marcado por el dualismo, insistió ampliamente en el papel de Satán, hasta hacer de él casi un anti-Dios. Más adelante retomaremos esta idea.

Pero, sin embargo, la Biblia conoce un solo Dios y explica todo a partir de este Dios único, creador absoluto de todo lo que existe. Mérito apreciable, si lo pensamos bien, puesto que nosotros no debemos temer la competencia invencible de un *alter ego*. Dios es el único dios. Su victoria final está asegurada. Un día él será «todo en todos» (1 Corintios 15:28). Ese día las tinieblas desaparecerán definitivamente. Si hubiera dos dioses, uno del bien y otro del mal, estaríamos condenados a una permanente incertidumbre sobre el futuro. Pero éste no es el caso.

Sin embargo, esta comprobación, que debería afianzarnos, nos desorienta. Si Dios es la única causa de todo lo que existe, ¿debemos hacerle responsable del mal? Muchos lo creen así. Incluso los incrédulos, negando a veces el principio de la causalidad cuando se trata de explicar la existencia del mundo a través de Dios, recurren a él convirtiéndolo en responsable de todos los males. ¡Qué difícil resulta prescindir de alguien a quien culpar!

En cuanto al creyente, cuando es puesto a prueba, siente surgir, instintivamente, desde lo más profundo de su ser, la eterna cuestión: «¿Qué he hecho yo para merecer esto?». Y si él mismo no se hace la pregunta, tiene pocas posibilidades de escapar a los juicios de los demás, que se encargan de culpabilizarte. Y ya sabemos lo nefasto que es este sentimiento. No hay nada más au-

³ LAVELLE, Louis, *Le mal et la souffrance*, p. 77. Manés era un pensador persa que combinaba algunos dogmas cristianos con el pensamiento religioso de Zoroastro. Admitía dos reinos o principados eternos, la luz y las tinieblas. En el año 277 fue desollado vivo y su cuerpo arrojado a los pájaros.

todestructivo. La paz interior es tan indispensable para la salud, como para la serenidad.

Pero, ¿qué tipo de sentimientos provocan nuestras tribulaciones? El pastor Pierre Marcel, en su libro sobre el sufrimiento, se refiere a tres: la resignación, la sumisión y la aceptación.

«¿Nos resignamos como frente a lo inevitable? Pero la resignación implica la visión de un mundo en el que se desencadenan poderes incontrolables, donde domina y reina una fatalidad brutal, injusta, incomprensible. Donde nada, finalmente, tiene sentido.

»¿Nos sometemos? Ahora bien, la sumisión conduce a una actitud pasiva y de incomprensión, la del esclavo o del siervo hacia un amo que ejerce como señor, que ordena y dispone de unos y otros sin matices ni explicaciones.

»¿Aceptamos? Sin embargo, la aceptación, al hacer intervenir la idea de un Dios que dirige y conduce, renuncia a comprender las razones y los objetivos, establece un misterio pesado e impenetrable y mantiene una distancia infranqueable entre el Dios todopoderoso y su criatura».⁴

Sin duda alguna, estas actitudes son incompatibles con la serenidad del cristiano y, más aún, con el gozo del cual debe ser el feliz portador. Pero, ¿podemos acallar su razón? ¿Podemos impedirle reflexionar, preguntarse sobre las causas de las pruebas? ¿No es un privilegio del hombre acompañar con la conciencia todos los acontecimientos de su vida? Cuando el sufrimiento es inexplicable, cuando escandaliza, aquel que lo padece sufre doblemente. Porque se pregunta qué es lo que no va bien entre él y Dios.

La Biblia dedica un libro entero a tratar este problema. Muestra, sin duda, de que es importante para Dios. No olvidemos que la palabra «escándalo» es la trasposición de una palabra griega que designaba un objeto destinado a hacer caer a la gente. Un gran número de personas cae en el desánimo o la desesperación a causa del sufrimiento escandaloso. Debemos intentar comprender con

claridad. Vivimos en una época en que la ciencia está cada vez mejor equipada para combatir el dolor físico. Sin embargo, desgraciadamente, nosotros estamos cada vez más indefensos frente al sufrimiento moral. Ésta es otra de las razones que nos incitan a continuar nuestro análisis.

El libro de Job tiene el mérito de mostrar que la existencia del mal es también el drama de Dios, causado por su adversario, Satanás.

⁴ MARCEL, Pierre Ch., *Souffrir... Mais pour quoi?*, Lausanne: L'Age d'homme, 1994, pp. 23, 24.

Capítulo 4

La prueba de Job

1. DESCRIPCIÓN DEL DRAMA

Este antiguo libro de la Biblia narra la historia de Job como si se tratara de un drama oriental. Un breve prólogo en prosa presenta lo esencial con una cierta ingenuidad: Dios se encuentra con Satanás y le muestra a su siervo Job: «En la tierra no hay otro como él: es un hombre justo y honrado, religioso y apartado del mal» (Job 1:8).

«¡Es lógico, responde Satanás, tú lo has colmado de bendiciones! ¿No querrás hacerme creer que Job te ama de una forma desinteresada?»

Este es el verdadero tema del relato. Satanás insinúa que Dios es incapaz de hacerse amar. Es el golpe más duro que se puede infligir a su honor; porque, si no es amado, Dios no es más que un poderoso rodeado de cortesanos, objeto de la adulación de los débiles. Como ha observado con acierto Frédéric Godet, al acusar a Job, Satanás cuestiona al mismo Dios.¹ Se trata de un ataque perverso, ya que no admite réplica.

No vamos a buscar en este texto referencias históricas sobre las relaciones de Dios con el diablo. Ahora bien, es importante comprender que el drama del sufrimiento no se desarrolla sólo en un plano humano, sino también en un plano divino. La gran revelación del libro de Job consiste en el hecho de que Dios mismo está implicado personalmente en nuestras pruebas. Todo sucede como si él estuviera en cierto modo obligado a dejar que los acontecimientos siguieran su curso, a pesar de los accidentes, para el bien final de todos. Dios no mueve los hilos como

¹ GODET, Frédéric, *Notes sur le livre de Job et le Cantique des cantiques*. Guebwiller: Ligue pour la lecture de la Bible, p. 22. De este comentario tomaré diversas ideas a lo largo del capítulo.

un titiritero lo hace con sus marionetas. Aun a riesgo de sorprender, es necesario atreverse a decir que Dios soporta con pena los contratiempos de la historia. La verdad se vive más allá de los razonamientos, allí donde nuestra mirada no llega a penetrar. Si Dios está solo en el origen de todo, no va a quedarse solo. Y, con los demás, empezarán los problemas...

«El Señor le dijo: ¡Haz lo que quieras con sus cosas, pero a él no lo toques» (Job 1:12). No es un juego. Dios no juega a ser ni el más fuerte ni el más listo. No estamos frente a la decisión insensata de un amo insensible. Esta frase contiene una dolorosa e inquietante confidencia sobre las misteriosas relaciones de Dios con el universo. El proyecto inicial de Dios se ha torcido; la historia se convierte en tragedia. El texto posee un carácter antropomórfico que nos ayuda a entrever las extrañas dimensiones del mal y del enfrentamiento entre Dios y Satanás.

En ese momento, Job pierde sus bienes y a sus hijos. Sin embargo, en su intensa angustia, dice heroicamente: «Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré a él. El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó, bendito sea el nombre del Señor» (Job 1:21). Conmovedoras palabras, que expresan una fe admirable. Suelen citarse a menudo, especialmente en los servicios fúnebres, aunque sin aclarar el error que encierran. Porque, en realidad, no es el Señor quien se lo ha quitado, sino Satanás. Sólo que Job no sabe nada de ello. Ignora la controversia entre Dios y Satanás, de modo que atribuye a Dios la muerte de sus hijos. Ahora bien, la muerte no procede de Dios: el Nuevo Testamento lo confirma con maestría. El poder de la muerte está en manos de Satán (Hebreos 2:14).

Frente al heroísmo de Job, el príncipe de este mundo no se siente derrotado. Y vuelve a la carga ante Dios: «Ponle la mano encima, hiérela en la carne y en los huesos, y apuesto a que te maldice en tu cara. El Señor le dijo: Haz lo que quieras con él, pero respétale la vida.» (Job 2:5 y 6). Y Satanás: «hirió a Job con llagas malignas desde la planta del pie a la coronilla. Job cogió una tejuela para rasparse con ella, sentado en tierra entre la basura. Su mujer le dijo: ¿Todavía persistes en tu honradez? Maldice

a Dios y muérete. El le contestó: Hablas como una necia. Si aceptamos de Dios los bienes, ¿no vamos a aceptar los males?» (Job 2:7-10).

De este modo, al aumentar la prueba, la fe de su esposa sucumbe, pero la suya resiste. Sin embargo, está convencido, erróneamente, de que el mal, igual que el bien, procede de Dios. Entonces empieza para él un nuevo combate. Alarmados por la terrible situación de Job, tres de sus amigos van a verle: Elifaz, Bildad y Sofar. Debemos destacar su entrega. Se desplazan haciendo grandes sacrificios, descuidando sus asuntos personales; no escatiman su tiempo ni su esfuerzo para apoyar al desventurado. Son «buena gente». Para empezar, durante siete días y siete noches, se quedan callados, sentados en el suelo, sin saber qué decir o sin atreverse a abrir la boca. El mismo Job rompe este doloroso silencio. Y exclama como un trueno: «¡Muera el día en que nací!» (Job 3:3). ¡Qué contraste con la última declaración!

Porque el desdichado advierte en el silencio de sus visitantes una acusación secreta más insoportable que la misma prueba. Como observa Roland de Pury con ironía: «Satanás no envía solamente la desgracia, sino también a los amigos».²

2. TRES AMIGOS PARA CONSOLAR Y ACUSAR

Comienza entonces un largo poema, admirablemente compuesto, a lo largo del cual los amigos expresan uno tras otro su parecer. Según ellos, Job no necesita solamente consuelo; también debe ser amonestado. Así que sus confortadores se convierten en sus acusadores. Valiéndose del ingenio propio del lenguaje de la época, se presentan tres ideas:

- a) Dios es justo. No otorga arbitrariamente a los hombres favores y desgracias. Estas últimas son siempre un castigo merecido. Es la doctrina de la retribución.

² PURY, Roland de, *Job ou l'homme révolté*, Ginebra: Labor et Fides, 1955, p.15.

- b) Hay, pues, una única explicación a tus sufrimientos: has cometido faltas que no quieres confesar.
- c) Arrepiéntete y Dios te perdonará.

Pobre Job. Afirmar de este modo, en su presencia, la justicia divina es apuñalarlo. Él replica con vehemencia y proclama su inocencia, afirmando el derecho de Dios sin negar el de su propia conciencia. No cierra los ojos a los escándalos que llenan el mundo, pero rehúsa las explicaciones tendenciosas, a las que recurren con excesiva frecuencia todas las religiones. Seguramente, en el ámbito del razonamiento, no hay mucho que decir. Los juicios de sus amigos están de acuerdo con la teología de su tiempo. Y como él ignora el prólogo que proporciona la clave del drama, no tiene más que su conciencia para defenderse. Pero, ¡qué doloroso resulta ser acusado injustamente! Considerándolo de este modo, todo hombre puesto a prueba es por ello mismo declarado culpable.

Sin embargo, Dios mismo proclama la inocencia de Job. Según la teología de la época, este hombre debería estar inundado de felicidad. ¿Qué sucede, pues? Torturado por su pena, expresa el despecho que le inflige la actitud de sus amigos. Por lo que atañe a su conducta, no desfallece: «Hasta el último aliento mantendré mi honradez, me aferraré a mi inocencia sin ceder: la conciencia no me reprocha ni uno de mis días» (Job 27:5 y 6).

Además, denuncia un desacuerdo entre el dogma y la realidad cotidiana, porque vemos cómo el malvado triunfa y el justo padece. «Deja la tierra en poder de los malvados» (9:24). «Mientras tanto hay paz en las tiendas de los salteadores, y viven tranquilos los que desafían a Dios, pensando que lo tienen en su puño» (12:6). «¿Por qué siguen vivos los malvados y al envejecer se hacen más ricos? Su prole está segura en su compañía y ven crecer a sus retoños; sus casas, en paz y sin temores; la vara de Dios no los azota» (21:7-9). Más tarde, Eclesiastés dirá con aspereza: «Pero en la tierra sucede otra vanidad: hay honrados a quienes les toca la suerte de los malvados, mientras que a los malvados les toca la suerte de los honrados» (Eclesiastés 8:14). En definitiva, la realidad contradice abiertamente la teoría de la justa retribución.

Este mordaz realismo del lamento de Job inspiró una página conmovedora al teólogo danés Kierkegaard, quien une sus lágrimas a las del hombre que se subleva: «¡Habla pues, oh Job, inolvidable para siempre! Repite todas tus palabras, poderoso abogado que comparece ante el tribunal del Altísimo con la intrepidez del león rugiente! [...] Te necesito. Necesito un hombre que sepa quejarse a voz en grito, haciendo resonar el cielo donde Dios delibera con Satanás para llevar a cabo sus planes contra un hombre! ¡Laméntate! El Eterno no teme; puede defenderse bien. Pero, ¿cómo podría cuando nadie se atreve a quejarse como conviene a un hombre? [...] ¡Oh, mi benefactor, Job, eternamente inolvidable en la angustia! ¿Puedo unirme a tu compañía? ¿Puedo escucharte? No me rechaces. No me acerco como un impostor a tu montón de cenizas, mis lágrimas no son falsas, cuando todo lo que puedo hacer es llorar contigo».³

Debemos apuntar, sin embargo, que Job, a pesar de su rectitud, es consciente de las limitaciones humanas: «¿Cómo podría un hombre ser justo ante Él? Si quiere disputar con Él, no le responderá una vez de entre mil » (9:2 y 3).⁴ Además, cuanto más incomprendido por sus amigos se ve, más decidido está a volverse hacia Dios, esperando más comprensión por su parte. Implora el testimonio de Dios como si ya no oyera el de su propia conciencia. «Está en el cielo mi testigo», dice (16:19). «Sé tú mi fiador ante ti mismo, pues ¿quién si no será mi garante?» (17:3).

Encontramos aquí a Job en la culminación de su fe, que constituye al mismo tiempo uno de los momentos culminantes del libro: «Yo sé que está vivo mi Vengador y que al final se alzaré sobre el polvo: después que me arranquen la piel, ya sin carne, veré a Dios; yo mismo lo veré, y no otro, mis propios ojos lo verán. ¡El corazón se me deshace en el pecho!» (19:25-27).

Job sabe, pues, que la vida del hombre no se desenvuelve solamente sobre la tierra, en el tiempo de la existencia. Y encuentra

³ KIERKEGAARD, Sören, *La repetición*, pp.141-145, citado en PURY, Roland de, *op. cit.*, pp. 25-27.

⁴ (N. del T.) Versión de Cantera-Iglesias.

consuelo en la esperanza de un restablecimiento de la justicia más allá de la muerte. David, cuya angustia frente a las injusticias del destino ya hemos mencionado, expresa la misma convicción. «No te exasperes, y no obrarás mal, porque los que obran mal son excluidos, pero los que esperan en el Señor poseerán la tierra» (Salmos 37:8 y 9). Esta confianza reside en la espera de un mundo mejor; otro lugar, otra vida.

¿Se callarán quienes le sermonean? No; vuelven a la carga. Elifaz insiste: «¿Acaso te reprocha el que seas religioso o te lleva a juicio por ello? ¿No es más bien por tu mucha maldad y por tus innumerables culpas?» (Job 22:4 y 5). No hay nada más claro: sufres porque has pecado y eres castigado. ¡Qué persistentes son estas ideas, ayer y hoy, entrelazadas tenazmente en el núcleo de las creencias más elocuentes! Como las siete cabezas de la Hidra de Lerne, que vuelven a crecer a medida que son cortadas.

Debemos insistir en esta reflexión, porque nos encontramos en un punto crítico de nuestro tema. Elifaz continúa: «Reconcíliate y ten paz con él, y recibirás bienes; acepta la instrucción de su boca y guarda sus palabras en tu corazón; si te vuelves al Todopoderoso, te restablecerá; aleja de tu tienda la injusticia, arroja al polvo tu oro, y tu metal de Ofir a los guijarros del torrente, y el Todopoderoso será tu oro y tu plata a montones; él será tu delicia y alzarás hacia él tu rostro; cuando le supliques, te escuchará, y tú cumplirás tus votos; lo que tú decidas se hará, y brillará la luz en tus caminos» (Job 22:21-28).

¡Qué sermón tan edificante! Todos los predicadores deberían predicarlo. Releedlo y observaréis la calidad de su piedad. Ahora bien, escuchad la sorprendente protesta de Dios: «Cuando el Señor terminó de decir esto a Job, se dirigió a Elifaz de Temán: Estoy irriado contra ti y tus dos compañeros porque no habéis hablado rectamente de mí, como lo ha hecho mi siervo Job» (42:7). Es un juicio inesperado, desde luego. Estamos sobre la línea que separa la verdadera piedad del formalismo, la fe de la religión, la fidelidad del fariseísmo.

Roland de Pury comenta el último discurso de Elifaz en una página que merece toda nuestra atención: «No conozco ninguna

expresión más bella y más justa de la voluntad de Dios. Me parece oír a Jesús mismo: “Haced tesoros en el cielo”. Produce vértigo pensar (aunque es imprescindible saberlo) que todo el Sermón de la Montaña podría ponerse en boca de los amigos de Job y quedar bastante bien; pero resultaría completamente tergiversado por la perspectiva de ellos y se convertiría en un medio para autojustificarse. Entonces, en esta falsa situación, la verdad misma puede ser una trampa, y la más auténtica palabra de Dios podría ser utilizada por el enemigo. Esto sucede todas las veces en que la ley de Dios es predicada por los fariseos, es decir, por hombres para quienes es evidente que se sirve a Dios por alguna cosa y que la ley debe permitir al hombre justificarse, obtener la felicidad y salvarse; y para quienes, en consecuencia, es evidente que Job está en el camino equivocado. La Palabra de Dios está aquí puesta en boca de los siervos inútiles (cf. Lucas 17:10). No entienden la Ley como la simple expresión de la gracia, como una simple muestra del mundo de la alabanza, sino como un medio dado al hombre para salvarse, para librarse de algo o hacer méritos para obtener el reconocimiento de Dios [...] Es obvio que aquí se enfrentan dos mundos incompatibles y que uno de los dos debe desaparecer. O Job está perdido, o es el mundo religioso de los amigos el que se desmorona, pero el diálogo no puede continuar.»⁵

Evidentemente, no llegaremos al extremo de negar la utilidad de la obediencia a la ley de Dios. Debemos insistir en ello. Hacerlo sería absurdo; porque la vida es imposible sin el respeto a las leyes, cualesquiera que éstas sean. Además, supondría olvidar las promesas de Dios: «Seguid el camino que os marcó el Señor, vuestro Dios, y viviréis, os irá bien y prolongaréis la vida en la tierra que vais a ocupar» (Deuteronomio 5:33). «Hijo mío, no olvides mis instrucciones, conserva en la memoria mis preceptos, porque alargarán los días y años de tu vida y prosperidad» (Proverbios 3:1 y 2). A estas promesas de vida feliz y en paz, el salmista añade las de inteligencia y sabiduría (Salmos 119:98-100). Hay que obedecer

⁵ PURY, Roland de, *op. cit.*, pp. 34, 35.

las leyes naturales y espirituales para prolongar la vida en sabiduría, paz y felicidad. Es indiscutible.

Así pues, la obediencia produce inmediatamente en nuestra vida resultados saludables. Sería erróneo e ilusorio pensar en la obediencia como un procedimiento que obligaría a Dios a tratar-nos con condescendencia, a pesar de la extraordinaria falta de armonía que reina aquí abajo. En primer lugar, necesitamos la gracia para caminar con fidelidad. Dios recordó el decálogo a Moisés sólo después de haber liberado a su pueblo de Egipto, por el poder de la gracia. Primero la gracia y luego la ley. Antes de exigir, Dios se entrega. Además, el pueblo de Israel nunca se libró de vecinos que le hicieran difícil la existencia.

La obediencia no tiene como objetivo la salvación. Pero el propósito de la salvación es habilitarnos para vivir en armonía con los principios establecidos por Dios e inherentes a su naturaleza, aunque la «integridad» de éstos no nos sitúe fuera del alcance de los ataques del enemigo. El siervo inútil que menciona Jesús (Lucas 17:10) no es un hombre que no hace nada bueno, sino uno cuyas buenas obras no sirven para salvarlo. Es inútil en el sentido de que no puede salvarse a sí mismo. Encontraremos de nuevo este tema a lo largo de la predicación del apóstol Pablo: «De hecho, gracias a esa generosidad estáis ya salvados por la fe; es decir, no viene de vosotros, es don de Dios; no es por lo que hayáis hecho» (Efesios 2:8).

Nunca se repetirá demasiado que el hombre es incapaz de salvarse por sí mismo. Únicamente un don gratuito de Dios puede asegurarnos la vida eterna. Por eso Jesús afirma que el hombre que cumple perfectamente su deber es, con todo, un siervo inútil. Sus obras no tienen capacidad para salvarlo de la muerte. Ahora bien, si no cumple concienzudamente su deber, no continúa al servicio de su señor. No se puede disfrutar de la gracia sin caminar fielmente con Dios (1 Juan 2:6). En resumen, la gracia conduce a la obediencia.

Volvamos a Job. Tras el discurso de Elifaz, recuerda el problema insoluble de la vida humana y traza la descripción de su antigua grandeza, de su solicitud por ser una bendición para los demás (Job 29). Sus palabras expresan un dolor al mismo tiempo

desgarrado y emotivo. Una vez más, se vuelve hacia el cielo: «¡Ojalá hubiera quien me escuchara! ¡Aquí está mi firma!, que responda el Todopoderoso» (31:35).

3. ELIHÚ, EL MORALISTA

Interviene aún un último interlocutor, más joven que los demás, Elihú (Job 32 a 37). Muestra primero su indignación contra Job, quien sólo ha sabido justificarse acusando a Dios, y contra sus amigos, que no han sabido defender a Dios más que acusando a Job. Entonces, en cuatro discursos, desarrolla una nueva explicación: existen pruebas cuyo objetivo es purificar al hombre, hacerlo mejor. Dios «entonces le abre el oído y lo aterroriza con sus avisos para apartarlo de sus malas acciones y protegerlo de la soberbia, para impedirle caer en la fosa y cruzar la frontera de la muerte. Otras veces lo corrige con la enfermedad, con la agonía incesante de sus miembros» (Job 33:16-19).

Desde luego, no siempre estamos en condiciones de comprender a Dios, pero es demasiado grande y sabio para que podamos dudar de su justicia. Conviene, pues, someterse sin comprender, con la docilidad de la fe. Esta es la nueva recomendación.

¿Es ésta la respuesta que esperamos? Todavía no. Elihú es menos arrogante que sus predecesores. En el epílogo, no se le reprobaba por haber hablado mal, ni obtiene la aprobación por haber dicho la verdad. También él desconoce la intervención de Satanás descrita en el prólogo. Podemos admitir, hasta cierto punto, que la prueba contribuye a purificar el carácter humano. El apóstol Pablo escribe: «Nos enorgullecemos por las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce constancia; la constancia, virtud probada; la virtud probada, esperanza» (Romanos 5:3 y 4).⁶ La cuestión es saber si Dios ha querido el sufrimiento con esta finalidad o si lo retoma, *a posteriori*, para servirse de él...

El sufrimiento confiere a la vida una consistencia especial. El escritor Georges Duhamel lo observó sutilmente: «Quien ha sufrido

⁶ (N. del T.) Versión de Cantera-Iglesias.

mucho nos cohibe y nos predispone a la humildad. Sabe cosas que nosotros únicamente podemos sospechar. Lo consideramos con una admiración apasionada, como al viajero que ha recorrido los océanos y explorado las tierras lejanas». ⁷ Se le puede reconocer a Elihú el talento de haber vislumbrado esta parte de la verdad. La prueba, cuando no provoca la rebeldía o el desaliento, purifica y ennoblece. Pero, si ésta puede ser su finalidad, ¿podemos decir por ello que es su razón de ser? ¿Habría inventado Dios el sufrimiento para mejorar a su criatura?

No puedo admitirlo. Si el sufrimiento viniera de Dios para purificar, debería afectar sobre todo a los malvados; y no es éste el caso, ni mucho menos. Hubiera resultado inútil para Job, ya que él era íntegro a los ojos de Dios. ¿Qué podemos decir del sufrimiento de Jesús, que nunca pecó? Además, al leer los Evangelios, impresiona la solicitud de Jesús para aliviar siempre todas las penas. Sanar a los enfermos era uno de sus objetivos. Si Dios hubiera deseado el sufrimiento para conducir al hombre a la santificación, Jesús no hubiera tenido que combatirlo, sino aceptarlo y justificarlo.

Efectivamente, el discurso de Elihú no nos aporta el sosiego que necesitamos. Su propósito de justificar todo lo que sucede aquí abajo como la voluntad de Dios no resulta convincente. ¿Cómo admirar y amar a un creador todopoderoso que habría elegido deliberadamente recurrir a la enfermedad, las guerras y la muerte, a menudo cruel, para modelar al hombre a su imagen? ¿Sería el mal la condición del bien?

4. DIOS MISMO INTERVIENE

Estamos impacientes por oír a Dios mismo. Job lo había apremiado a manifestarse (31:35). Finalmente, Dios habla (38 a 41). En un primer momento, nos sentimos defraudados. No hay ninguna alusión a la maniobra de Satanás, que en el drama de Job

⁷ DUHAMEL, Georges, *La possession du monde*, París: Mercure de France, 1935, pp.177, 178.

condiciona todas sus desgracias. Godet explica: «Dios no puede condescender a informar a Job de la escena contada en el prólogo. Porque sería contravenir la singular apuesta que ha aceptado concertar. Lo que ha sucedido tras el velo debe permanecer en secreto para Job hasta el fin de la prueba decretada sobre él; el campeón de Dios debe vencer, no por la vista, sino sólo por fe; por la convicción moral, sin la ayuda de la luz de la razón». ⁸

Las primeras palabras de Dios describen las maravillas inescrutables de la creación. Como si quisiera decirle a Job: ¿qué sabes tú de la realidad? La complejidad de la vida no está al alcance de tu comprensión. A partir de ahora, ¿pretenderás juzgarme? «El hombre puede concebir a Dios únicamente con relación a una imagen humana. La sabiduría y el poder de Dios están más allá de la comprensión del hombre, y éste no puede rebasar los límites de su humanidad⁹». Job no encuentra nada que decir: «Me siento pequeño, ¿qué replicaré? Me taparé la boca con la mano» (Job 40:4).

Entonces, el Eterno toma nuevamente la palabra para describir minuciosamente a Behemot, el hipopótamo, y al cocodrilo, Leviatán. Quien no reconoce las fuerzas del mal tras estos símbolos pasa por alto una revelación esencial. Behemot y Leviatán aparecen en muchos frescos y pinturas del antiguo Egipto como la representación mítica del caos y de la fuerza bruta.

Ello no impide que Behemot reciba su vida de Dios como Job (40:15). Él es la primera de las obras de Dios (40:19). Cualquiera que sea su poder, no es más que un ser creado. Pero se ríe de la inundación y nadie puede darle caza (40:23, 24). La situación de Leviatán es idéntica. La humanidad carece de poder ante él. Es aterrador e invencible. Sin duda alguna, estos monstruos no son simples animales, sino representaciones del mal cósmico. El hombre no tiene poder contra ellos, pero el Creador puede permitirse hablar de la «bestia» con una autoridad soberana. Como

⁸ GODET, F., *op. cit.*, p. 34.

⁹ TERRIEN, Samuel, *Job*, París: Delachaux et Niestlé, 1963, p. 246.

dice el salmista, en su himno a Yahveh: «les retiras el aliento y expiran» (Salmos 104:26-30).

Si el primer discurso de Dios sobre su majestad creadora ha dejado a Job sin saber qué decir (40:4), todo cambia tras la descripción de Behemot y de Leviatán, que simbolizan el poder del mal. Dios sugiere que la armonía inicial de la creación no está ya intacta. El orden que él había establecido ha sido contrariado. Ahora bien, el infortunado Job no solamente había proclamado su inocencia; también había manifestado algunas dudas sobre la justicia de Dios: «os lo aseguro: Dios acaba con inocentes y culpables» (Job 9:22). A partir de ahora, se da cuenta de que su justificación a costa de la condenación de Dios era injusta. Y en su conciencia todo se tambalea.

«Hablé de grandezas que no entendía, de maravillas que superan mi comprensión [...] Te conocía sólo de oídas, ahora te han visto mis ojos; por eso me retracto y me arrepiento echándome polvo y ceniza.» (Job 42:3-6)

Este arrepentimiento no es el que exigían sus amigos. Su pecado «no es un pecado de tipo horizontal, producido por la ruptura del orden moral o la violación de un código ético; pero es un pecado. Es el pecado de tipo vertical, que se manifiesta en el momento en que la criatura se atreve a enjuiciar a su creador [...] Así, el drama alcanza su punto culminante en el ámbito estrictamente teológico. [...] Todo aquél que se cree el dueño de su destino es el artífice del ídolo más atractivo de todos: la imagen de sí mismo».¹⁰

Si la prueba de Job no pretendía recordarle faltas concretas, hemos de convenir que no siempre sucede así. Un episodio patético de la historia de Israel nos lo muestra claramente.

Perversamente vendido por sus hermanos a mercaderes de esclavos, José acabó siendo nombrado gobernador de Egipto por su faraón. Se le confió la misión de adoptar las decisiones necesarias para evitar las calamidades de una hambruna que se auguraba severa. En el núcleo del drama, los hijos de Jacob, que

¹⁰ TERRIEN, Samuel, *op. cit.*, p. 260.

mueren de hambre en Canaán, deciden ir a comprar víveres a Egipto. José les reconoce, pero, fingiéndose extranjero ante ellos, los acusa de espionaje (Génesis 42:7). Los hermanos se defienden, por descontado. «Somos honrados¹¹, dicen, somos buena gente» ¡Qué poca memoria, pobres! ¿No habían planeado la muerte de su hermano?

Entonces, José los envía a la cárcel. Con pesadumbre, seguramente; pero quiere averiguar sus verdaderos sentimientos. Quizás la prueba contribuirá a despertar su memoria. El texto precisa que se alejó de ellos para llorar (42:24). Nada le gustaría más que disfrutar de su familia. Querría mimar a los suyos, pero todavía no ha llegado el momento. ¿Han comprendido los hermanos su error? ¿Son conscientes del pecado cometido? El arrepentimiento ha de llevar frutos evidentes.

La analogía entre la situación de José y la de Dios aparece claramente. «Porque no goza afligiendo o apenando a los hombres» (Lamentaciones de Jeremías 3:33). La severidad de José tiene como único objetivo verificar si los suyos se han arrepentido. Solamente entonces podrá expresar sin contenerse su amor con felicidad. En cuanto se convence, hace salir a todos y desvela la verdad.

A veces, Dios también se esconde (Isaías 45:15). Si nuestro Dios deja que sople el viento de la prueba, es también para favorecer el arrepentimiento de los hombres; esperando inaugurar nuevos cielos y nueva tierra, donde habitará la justicia, sin una sombra de sufrimiento. Recordemos que el arrepentimiento del que estamos hablando no consiste necesariamente en reconocer los crímenes cometidos, sino en tomar conciencia de que el mundo actual, donde Satanás es el príncipe, se encamina hacia su ruina. Y nos condenamos a sufrir el mismo destino si no vivimos profundamente la experiencia de la conversión. El arrepentimiento es una crisis interior que invierte totalmente el valor de las cosas. Dios se revela a quien vive sinceramente esta experiencia.

¹¹ La palabra hebrea *ken*, traducida como «honrados» en Génesis 42:11, significa también derecho, honesto, verdadero, justo.

Job era «íntegro y recto».¹² Sin embargo, después de haber mirado a Dios con los ojos del corazón, se arrepintió. Su relación con Dios se enriqueció con una nueva dimensión.

En la mentalidad hebrea, los ojos representan la percepción sin intermediarios, el encuentro directo e inmediato con quien habla. Sus amigos se habían referido a la tradición (8:8-12; 15:17 y 18). Job descubre la revelación profética. El sabio se ha transformado en profeta. «No se arrepiente con una culpabilidad moral, sino que se convierte de su orgullo metafísico que lo había conducido a comparar a Dios con un enemigo caprichoso y sin escrúpulos.»¹³

Alphonse Maillot, cuyos comentarios bíblicos son siempre enriquecedores, propone distinguir en el Antiguo Testamento dos «formas de ser» de Dios. Por una parte, *Elohim*, Dios del universo, y por otra parte, YAHVEH, nombre insustituible, Señor de la Alianza. Y nuestro autor cree que este matiz aporta una nueva lectura del libro de Job. Es con el terrible *Elohim* (o *El Shaddai*, Dios todopoderoso) con quien Job se enfrenta, no con el Señor de la Alianza.

Elohim apunta la idea de superioridad y de fuerza. Se le atribuye toda manifestación de poder. *Elohim* es, pues, temible como la cumbre inaccesible de las montañas. YAHVEH implica la noción de presencia, de relación personal. En la Biblia, Enós, hijo de Set, fue el primero en invocar el nombre de YAHVEH (Génesis 4:26). Por el contrario, la explicación de este nombre fue confiada a Moisés con ocasión de la célebre teofanía sobre el monte Horeb (Éxodo 3). Podemos retener el concepto de eternidad. Con este nombre sagrado, Dios rehuye definirse. Resulta imposible compararlo con nadie. Es misterioso, aunque personal. Una persona es un ser dotado de voluntad, de inteligencia, cuya responsabilidad es labrarse un camino. Y, efectivamente, él es quien toma la iniciativa de la Alianza, contrato de vida y de amor.

Elohim preside las leyes impersonales que rigen el universo. Las leyes son rígidas, ineludibles, inmutables. La única influencia que

puede ejercerse sobre ellas consiste en respetarlas. Cualquier transgresión comporta, inevitablemente, una reacción. La ley carece de sentimientos. En ese sentido, es ciega. Depende de la propia estructura de las cosas.

En consecuencia, las leyes determinan tanto el bien como el mal según sean observadas o transgredidas. Cuanto mayor es la desobediencia, más aumenta el desorden. Satanás se esmera en ello con empeño, sin dudar en atacar a los mejores, como Job. Nos ocuparemos de esto más adelante.

5. CONCLUSIÓN

Hasta ahora, hemos visto que:

- a) El libro de Job afirma que el inocente también sufre.
- b) La doctrina de la retribución expresa sólo una parte de la verdad. El sufrimiento no es siempre un castigo justo.
- c) Si bien es cierto que puede corregir el carácter y fortalecer la personalidad, resulta difícil admitir que el sufrimiento ha sido creado por Dios para servir como prueba. Las explicaciones que los amigos de Job proponen son desaprobadas por Dios.
- d) El libro de Job describe la intromisión de un enemigo llamado Satanás. Su acusación es pérfida, envenenada, letal; porque nadie puede probar su falsedad sin dejar al enemigo un margen de maniobra, una cierta libertad. Y aparece entonces la prueba dolorosa.
- e) El libro no explica el origen del mal. No aprenderemos en él nada nuevo sobre Satanás y sobre las relaciones que existen entre él y Dios.
- f) Pero, escuchando a Dios, Job descubre a YAHVEH más allá de *Elohim*. Job había hecho a Dios responsable de todo. Este pensamiento, causa de un profundo malestar, se añadía a todos sus dolores. Finalmente, toma conciencia de que fuerzas opuestas a YAHVEH contrarrestan el orden aquí abajo. Su comprensión de Dios se hace más sutil. Su fe se ilumina. Se arrepiente.

¹² (N. del T.) Job 1:1, versión de Cantera-Iglesias.

¹³ TERRIEN, Samuel, *op. cit.*, pp. 270, 271.

- g) Job se convierte así en el Antiguo Testamento en uno de los mejores tipos de Jesucristo. El recuerdo de su vida pasada podría servir para describir la vida de Jesús (Job 29:14-25). Como Job, Jesús sufrió injustamente víctima de los ataques de Satanás. Con la única diferencia, del todo esencial, de que Dios había puesto un límite al ataque de Satanás contra Job; y no ha puesto ningún límite en el caso de su Hijo amado. Así, se ha aprobado que por Job y, sobre todo, por Jesús, la acusación del enemigo no siempre está fundada. Es posible servir a Dios por amor, sin intereses creados.
- h) Nos hallamos, pues, alejados de los resortes, generalmente profundos y a menudo inconscientes, de la religión concebida en demasiadas ocasiones como una serie de ritos destinados a ejercer presión sobre Dios para obtener favores o conjurar la mala suerte.

Capítulo 5

El papel de Satanás

El libro de Job nos ha permitido descubrir a Satanás sosteniendo una ardua discusión con Dios. ¿Tiene Dios un antagonista? En este punto de nuestro estudio sobre el sufrimiento, la pregunta adquiere una importancia crucial. Es, pues, necesario analizarla con detalle. Especialmente porque sobre este tema han circulado las más absurdas leyendas.

En el pasado, las personas solían ver seres extraordinarios en todas partes. En el trueno, oían retumbar furiosamente la voz de Dios. Por el contrario, el suave murmullo de una fuente evocaba en ellos el alegre balbuceo de las ninfas. Bajo la tierra, en las raíces de los árboles, se extendía un reino encantado de diligentes enanos, artífices de maravillas. La frontera entre el mundo visible y el invisible, habitado por los espíritus, era extremadamente sutil.

Favorecido por estas concepciones, Satanás fue presentado como un personaje aterrador, cuyo retrato dependía más de la imaginación que de los textos sagrados. Grandes artistas vincularon su nombre a este tipo de imágenes. Pensemos en Florentino, en Miguel Ángel, en Dante... o en las vidrieras de algunas catedrales góticas, pero sobre todo en el terror promovido entre la multitud por las representaciones mórbidas de una imaginación enfermiza.

En el siglo IV de nuestra era, una secta cristiana había conferido a la expectoración la dignidad de un acto religioso porque, al escupir, sus adeptos podían liberarse de los espíritus que habrían inhalado inconscientemente. «Los demonios eran entonces, para la cristiandad, lo que son actualmente los microbios para nosotros; pero microbios inteligentes y depravados, capaces de provocar la pérdida del alma».¹ En cualquier parte se descubrían apariciones de malos espíritus. Gregorio Magno, en el siglo VI, cuenta la his-

¹ MONOD, Wilfred, *La fin d'un christianisme*, París: Fischbacher, 1903, p. 110.

toria de una monja que se dispuso a comer, sin haberse persignado, y que tuvo motivos para arrepentirse, ya que se tragó un demonio con la lechuga.

A lo largo de los siglos, se fue manteniendo una angustia indescriptible, que atenazaba las entrañas y que no se ha desvanecido del todo. Los líderes espirituales establecían su autoridad sobre el pueblo organizando el miedo. Sus predicciones estaban impregnadas de las agonías del infierno y de la omnipresencia del Diablo. Los demonios eran los responsables de todas las aflicciones. Pero éstos tenían acólitos: los hechiceros y hechiceras. ¡Cuántos crímenes se cometieron contra ellos!

Al principio fueron excomulgados y después condenados a la hoguera. En 1231 apareció la constitución del papa Gregorio IX, que aportaba una base jurídica a estas costumbres homicidas surgidas de las pasiones populares. Los brujos fueron tratados en general como los herejes. El papa Juan XXII encomendó a los inquisidores la tarea de perseguirlos. Y esta misión fue desempeñada de modo impecable.

El mismo Lutero experimentó la influencia de la concepción medieval de Satanás, al que consideraba como el verdugo de Dios, el instrumento de su cólera, un hermoso ángel caído que había recibido de Dios el dominio sobre el cual ejercía su poder.

Con Calvino, la concepción del diablo se precisa. Poderoso pensador, consigue evitar las consideraciones pueriles con las que habían sido revestidos los textos de la Escritura. Insiste en la sumisión de Satanás a Dios y, en relación con los hombres, limita su función a la de tentador. Satanás y sus acólitos son seres reales, externos a nosotros, ángeles caídos que se han convertido en forjadores de perdición. Sin embargo, al enmendar las leyes de Ginebra, Calvino no se ocupó de las ordenanzas contra los hechiceros. En 1693, el teólogo holandés Bekker sería el primero en denunciar la locura criminal con que se les hostigaba.²

Con el desarrollo de las ciencias experimentales han cambiado muchas cosas. Se ha descubierto la relación causa efecto, se

² Cf. LEMAITRE, Auguste, *Foi et Vérité*, Ginebra: Labor et Fides, 1954, p. 203.

han puesto al día un buen número de leyes de la naturaleza física y psíquica, se ha descubierto el papel de los microbios. Los límites de lo sobrenatural han retrocedido. Donde antes se invocaba a la magia, a menudo el misterio ha desaparecido.

Ha llegado un momento en el que en muchos círculos se ha dejado de creer en el diablo. Su mayor acierto consiste en convencernos de su inexistencia. De un solo golpe, el péndulo se ha inclinado hacia el otro extremo. ¿Qué sucede en realidad? Intentemos hacer un análisis de acuerdo con las Escrituras.

1. LA ENSEÑANZA DEL ANTIGUO TESTAMENTO

En hebreo, *satán* es un nombre corriente. Significa: adversario, oponente, que lleva la contraria. Por ejemplo, al rey Hadad, de Edom, se le llama el *satán* de Salomón (1 Reyes 11:14).³ De un modo más preciso, este término designa al adversario ante un tribunal, es decir, al acusador. A veces se dan giros inesperados, incluso divertidos.

Por ejemplo, en Números 22:22, leemos que el ángel de Jehová se puso en el camino de Balaam «por adversario suyo». Estas tres palabras traducen el hebreo «como *satán*». Chouraqui traduce: «Un mensajero de YHWH acecha contra él en el camino haciendo de *satán*». Vemos, pues, como el ángel de Dios hace de Satanás porque se opone a Balaam en plena infidelidad. La misma palabra, en este caso, adopta incluso la función de un nombre propio.

Desde las primeras páginas de la Biblia, descubrimos la perversa influencia de la serpiente sobre Eva, en el jardín del Edén (Génesis 3). El Nuevo Testamento la identifica con precisión: «al gran dragón, a la serpiente primordial que se llama diablo y Satanás y extravía a la tierra entera» (Apocalipsis 12:9). Esperaríamos explicaciones más detalladas sobre este extraño personaje. Pero, en realidad, recibimos muy poca información. Únicamente tres textos registran alusiones precisas y explícitas a Satanás como un personaje sobrenatural: Job 1 y 2, 1 Crónicas 21:1 y Zacarías 3:1.

³ Véase también 1 Samuel 29:4; 2 Samuel 19:22; Salmos 74:18.

Job 1 y 2

Respecto al libro de Job, se ha pretendido que los hijos de Dios, de los cuales Satanás formaba parte (2:1), eran los hombres de nuestra creación. Es cierto que «presentarse delante de Jehová» es una expresión clásica para referirse al encuentro de los hombres con los representantes oficiales de Dios, los sacerdotes (Deuteronomio 19:16 y 17; Éxodo 22:8 y 9; 18:13-24).

Estas reuniones se llevaban a cabo tres veces al año (Éxodo 23:17; 34:23). Pero es evidente que en el libro de Job la expresión «hijos de Dios», empleada a veces para referirse a los hombres (Isaías 43:5-7), señala aquí a seres procedentes de una creación anterior a la de Adán, ya que ellos mismos daban gritos de alegría en el momento en que Dios procedía a ésta (Job 38:7; cf. Salmos 82:1).

Por otra parte, el prólogo del libro plantea el problema del sufrimiento desde una perspectiva que sobrepasa al hombre. Tiendo a pensar, como Sertillanges, que: «Este libro es como una requisitoria y me atrevería a decir, como un examen de conciencia de Dios hecho por el hombre». ⁴ Satanás detenta un poder que llega a contrarrestar los planes de Dios. No podemos equipararlo a un hombre cualquiera. Es el adversario de Dios.

1 Crónicas 21:1

«Satán se alzó contra Israel e instigó a David a hacer un censo de Israel.»

El rey sintió la influencia de las naciones vecinas. En lugar de contar exclusivamente con Dios, se propuso reforzar su ejército con la intención de ensanchar su dominio. De ahí el recuento de sus hombres. Se trataba de una infracción contra la teocracia. Él mismo no tardó en arrepentirse: «He cometido un grave error.

⁴ SERTILLANGES, A. D., *Le problème du mal*. Edición española: *El problema del mal*, Ediciones y Publicaciones Españolas (Colección Pax Romana), 1951, 1999, p. 217.

Ahora, Señor, perdona la culpa de tu siervo, porque he hecho una locura» (2 Samuel 24:10).

Los hechos son éstos. Ahora bien, el libro de Samuel afirma que es Jehová quien incita a David (2 Samuel 24:1); el libro de Crónicas acusa a Satanás (1 Crónicas 21:1), y David asume él mismo la responsabilidad de la falta (2 Samuel 24:10). ¿De quién es la culpa? ¿De Dios, de David o de Satanás? Vamos a ver cómo es posible aclarar esta aparente contradicción.

«Con frecuencia se dice que Dios hace lo que él no impide. Hinchado con pensamientos de orgullo y suficiencia propia, David fue inducido por el maligno a tomar este censo de Israel. Dios no se interpuso, sino que permitió que los motivos indignos de David se tradujeran en acción. Cuando el Señor permite que el mal siga su curso, eso se presenta con frecuencia como si sucediera por su intervención activa, aunque es en realidad la fuerza del mal la que generará resultados indeseables (véase Romanos 1:18, 24, 26, 28)». ⁵

Obviamente, Satanás ha inspirado a David, David se ha dejado convencer y Dios ha abandonado a David a sus indignos planes. Una de las particularidades del Antiguo Testamento es la de poder describir este proceso como lo hace el libro de Crónicas, acusando a Satanás, o como lo presenta el libro de Samuel, acusando a Dios. A fin de cuentas, el verdadero responsable es David, quien, situado entre dos influencias, ha escogido la mala. Su confesión demuestra que ha sido plenamente consciente.

Zacarías 3:1

«Después me enseñó al sumo sacerdote, Josué, de pie ante el ángel del Señor. A su derecha estaba Satán acusándolo. El Señor dijo a Satán: El Señor te llama al orden, Satán.»

Esta visión data de finales del siglo VI antes de Jesucristo, tras el regreso del pueblo de Dios de su cautiverio en Babilonia. Estamos ante el tribunal de Dios. Josué, destinado a ejercer el sacerdocio

⁵ *Comentario Bíblico Adventista del Séptimo Día*, Mountain View: Publicaciones Interamericanas/Pacific Press Publishing Association, 1984, vol III, p. 188.

tras la restauración del templo, comparece ante el ángel del Eterno. Y Satanás se coloca a su derecha para acusarlo.

Josué está vestido con un traje sucio (Zacarías 3:3), símbolo de su condición de pecador. Satanás denuncia la infidelidad de Israel para oponerse a su restauración. Verdaderamente el pueblo es culpable. Pero la humillación del exilio ha producido frutos de arrepentimiento. Por eso el ángel de Jehová reprende a Satán. Dios viene a perdonar. Mostrando su misericordia, ordena despojar a Josué de sus ropajes indignos y revestirle con lujosas vestiduras.

Satanás asume el papel de un acusador público. Lo que dice es verdad. Representa en este caso una justicia fría, impersonal, sin corazón. Es malvado porque quiere oponerse a la misericordia divina. Toda esta visión tiene como objetivo mostrar el triunfo de la gracia sobre una concepción errónea de la justicia.

En definitiva, la figura de Satanás apenas está esbozada en el Antiguo Testamento. Es el ángel de la justicia que persigue al hombre culpable (Zacarías), el príncipe de las tinieblas que inspira decisiones contrarias a la voluntad del Altísimo (Crónicas) o aquél que desdeña al mismo Dios, como incapaz de hacerse amar sinceramente de una forma desinteresada (Job). Pero su influencia provoca siempre tragedias, puesto que perturba los planes de amor de Dios. Se trata de un ser dañino cuyo origen y naturaleza aún ignoramos. Desde este punto de vista, dos pasajes muy conocidos reclaman nuestra atención.

Ezequiel 28:11-17

«Me vino esta palabra del Señor: Hijo de Adán, entona una elegía al rey de Tiro. Así dice el Señor: Eras cuño de perfección, colmo de sabiduría, de acabada belleza; estabas en un jardín de dioses, revestido de piedras preciosas: cornalina, topacio y aguamarina, crisólito, malaquita y jaspe, zafiro, rubí y esmeralda, de oro afiligranado tus zarcillos y dijes, preparados el día de tu creación. Te puse junto a un querube protector de alas extendidas. Estabas en la montaña sagrada de los dioses, entre piedras de fuego te paseabas. Era irreprochable tu conducta desde el día de tu crea-

ción hasta que se descubrió tu culpa. A fuerza de hacer tratos, te ibas llenando de atropellos, y pecabas. Te desterré entonces de la montaña de los dioses y te expulsó el querube protector de entre las piedras de fuego. Te llenó de presunción tu belleza y tu esplendor te trastornó el sentido.»

La introducción de este oráculo no deja ninguna duda sobre su destino: se alude al rey de Tiro. La arqueología ha sacado a la luz las colosales figuras de toros y de leones alados con rostro humano extraídas de las ruinas de las ciudades asirias. Han sido descubiertos también los famosos ídolos de Nínive, visibles hoy en el museo del Louvre. Se supone que estas obras de arte representaban seres sobrenaturales, lo que explicaría el uso que hizo de ellos Ezequiel en diversos lugares de su libro. Su aplicación a los reyes está completamente de acuerdo con el estilo de la época.

Sin embargo, un examen atento del pasaje citado nos permite descubrir tras la descripción del monarca pagano a aquel a quien la Biblia llama Satán. Tertuliano (155-220), célebre apologista cristiano conocido por su aguda inteligencia, escribe que el profeta se dirige al demonio en la persona del rey de Tiro.⁶ Su interpretación encaja perfectamente con los hábitos literarios del Antiguo Testamento. Se escogía de buen grado a hombres o acontecimientos como tipos o símbolos de realidades trascendentes: Adán, Abel, José, Job... son tipos de Cristo. En cuanto al rey de Tiro, es un tipo de Satanás.

Desde ese momento, nuestro texto provee informaciones muy valiosas. Contrariamente a la imaginería popular, Satanás no es una divinidad maléfica opuesta al Dios justo y bueno. Debemos renunciar a ver en él un anti-Dios. Como todos los ángeles, ha sido creado. Sólo Dios es absoluto e inmortal (1 Timoteo 6:15). Satanás ha tenido un principio y tendrá un fin. Al principio «ocupaba una de las más elevadas posiciones del universo, la de querubín cubridor del trono divino. Siempre en presencia del Señor de gloria, este ángel vivía, pues, en un continuo resplandor luminoso».⁷

⁶ TERTULIANO, *Contra Marción*, II, 4.

⁷ VAUCHER, Alfred F., *L'histoire du salut*. Edición española: *La historia de la salvación*, Madrid: Safeliz, 1988, pp. 137 y 138.

Pero un día fue hallada en él la iniquidad. Su corazón se enalteció a causa de su belleza y su sabiduría fue corrompida, haciendo surgir la violencia y el pecado. Desde ese momento, el gobierno de Dios fue socavado. Se opusieron a él temibles enemigos. Este hecho está convenientemente registrado, sin ninguna explicación psicológica o racional.

«El origen del mal sigue siendo lo más secreto e inexplicable que existe. Lo hemos dicho ya; todos los intentos de una explicación racional del mal carecen de fundamento. Es imposible una ontología del mal. Y está bien que sea imposible, ya que sería una justificación de éste».⁸

Si nuestra curiosidad no está plenamente satisfecha, aceptemos al menos que se ha empezado a descender una esquina del velo. El origen del mal se remonta más allá de nuestra creación. Surgió entre los ángeles. Su iniciador es un querubín protector, que ponía el sello a la perfección. Examinaremos ahora el segundo texto relacionado con nuestro tema.

Isaías 14:12-15

«¿Cómo has caído del cielo, lucero hijo de la aurora, y estás derribado por tierra, agresor de naciones? Tú, que decías en tu corazón: “Escararé los cielos, por encima de los astros divinos levantaré mi trono, y me sentaré en el Monte de la Asamblea, en el vértice del cielo; escalaré la cima de las nubes, me igualaré al Altísimo”. ¡Ay, abatido al Abismo, al vértice de la sima!»

En su primer significado, este pasaje, de apreciable valor poético, prevé la muerte del rey de Babilonia e imagina su acogida en el reino de las tinieblas. Los reyes muertos presentan al orgulloso potentado sus irónicos homenajes. De forma muy significativa, se sugiere así que Dios sigue siendo el señor y que los más grandes de la tierra no escapan, a fin de cuentas, a la temible guadaña. Un

⁸ BERDIAEFF, N. A., *Essai de métaphysique eschatologique*, París: 1946, p.163.

poeta diría mucho tiempo después: «Y la guardia que vela a las puertas del Louvre, no defiende a nuestros Reyes».⁹

Los antiguos practicaban con agrado el diálogo con los muertos. No retrocedían ante el empleo de imágenes que nos parecen exageradas. Por ejemplo, el rey de Babilonia es comparado al planeta Venus, en latín Lucifer, que significa «portador de luz». Este planeta, conocido por su luminosidad, era el primero en brillar por la noche, y el último en apagarse por la mañana. Debe destacarse que el apóstol Pedro se refiere a Jesús de una forma parecida, «el lucero de la mañana»¹⁰ (2 Pedro 1:19).¹¹

Nuestro pasaje fue aplicado por primera vez a Satanás por Orígenes (186-254 a.C.), célebre teólogo de Alejandría. De ahí deriva el nombre de Lucifer aplicado a menudo al diablo. Ezequiel hizo del rey de Tiro un tipo de Satanás. Varios de los rasgos que se le atribuyen son inaplicables a un simple hombre. Sólo podrán realizarse verdaderamente en la caída del ángel de luz.

2. LAS ENSEÑANZAS DEL NUEVO TESTAMENTO

Si en el Antiguo Testamento las alusiones a Satanás son excepcionales, no es éste el caso del Nuevo Testamento, que lo menciona ochenta veces. Jesús, inmediatamente después de su bautismo, es conducido por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo (Mateo 4:1). Esta especie de combate singular entre el Hijo de Dios y el enemigo contradice de modo indiscutible a aquellos que niegan la existencia de Satán.

Sin embargo, es imposible dar una forma personal a Satán. El diablo repulsivo de la tradición, con cuernos y una larga cola, no resulta nada seductor. Provoca más bien una sonrisa. Por otra parte, el apóstol Pablo nos advierte: Satanás se disfraza de ángel de luz (2 Corintios 11:14).

⁹ MALHERBE, François de, *Poésie*, XI, *Consolation à Monsieur Du Périer, gentilhomme d'Aix-en-Provence, sur la mort de la fille*.

¹⁰ *Phôsphoros*, en griego, es el equivalente del latino *lucifer*, y significa «portador de luz».

¹¹ (N. del T.) Versión de Cantera-Iglesias.

Es siempre en el ser interior, en el seno de la conciencia, donde la tentación toma cuerpo. «Sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte» (Santiago 1:14 y 15).¹² Hemos de destacar que la palabra griega traducida como concupiscencia significa primeramente deseo. Y poner límites al deseo es difícilísimo.

Los Evangelios sinópticos

En los Evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas), Satanás aparece como el señor de un reino que se extiende sobre toda la tierra (Marcos 3:23-26). Le sirve un ejército de demonios que atormenta a los hombres (Marcos 3:22). En esa época, no siempre eran capaces de distinguir entre una enfermedad y una posesión diabólica. Cualquier enfermedad se atribuía a la nefasta influencia de los espíritus malignos, y especialmente a Satanás (Lucas 13:16; Hechos 10:38; Lucas 11:14). Satanás domina el mundo y lo somete al mal. Pero Jesús ha venido para abolir el reino de Satán e instaurar el reino de Dios (Mateo 12:27 y 28). Toda su vida sobre la tierra es una lucha sin cuartel para vencer por medio del Espíritu a las fuerzas del mal.

Finalmente, Satán es quien organiza la gran conspiración que acabará llevando a Jesús a la cruz (Lucas 22:3; Juan 13:27). El Maestro es plenamente consciente de ello. Por eso declara a los príncipes de los sacerdotes, a los magistrados del templo y a los ancianos, que vienen a detenerlo: «ésta es vuestra hora, cuando mandan las tinieblas» (Lucas 22:53). Pero, en definitiva, el ministerio de Cristo inflige al diablo una humillante derrota (Lucas 10:18; Juan 12:31). Virtualmente, ya ha sido juzgado (Juan 16:11).

¹² (N. del T.) Versión de Reina-Valera, revisión de 1960, que emplea el término «concupiscencia», al igual que la traducción francesa de Louis Segond citada por el autor.

De modo que, como en el Antiguo Testamento, el bien y el mal no se oponen bajo la forma de un dualismo absoluto. La concepción de un dios del bien y un dios del mal es antibíblica. Hay un solo Dios, aquél de quien Jesucristo ha dicho: «Nadie [es] bueno sino sólo Dios» (Marcos 10:18).¹³ En consecuencia, el mal no tiene ninguna realidad en sí. El mal absoluto no existe en modo alguno. El mal está hecho de cosas buenas, puestas en desorden, de forma contraria a los principios divinos. El mal existe sólo cuando lo hacemos «creación» del hombre sin Dios.

El evangelio de Juan

En el evangelio de Juan, como en los sinópticos, se describe al mundo como la presa de un maléfico poder sobrenatural, llamado el diablo (Juan 8:44; 13:2) y Satanás (13:27). Jesús lo llama el príncipe de este mundo (12:31; 14:30; 16:11). Su intención es hacer fracasar la obra de Dios, vencer a Jesús, pero no tiene influencia sobre él (14:30). Por el contrario, como hemos indicado anteriormente, está vencido y ha sido juzgado ya (16:11).

A los judíos, que se consideran herederos de Abraham porque son sus hijos, Jesús les replica que son hijos del diablo (8:39-47). Jesús viene a traer la verdad a los hombres (1:17), pero el diablo es un mentiroso y el padre de la mentira (8:44).

La primera epístola de Juan

Encontramos de nuevo estas ideas en la primera epístola de Juan, cuyo planteamiento teológico presenta como trasfondo el conflicto entre la luz y las tinieblas (1Juan 1:5 a 2:11). Juan contrapone el espíritu de verdad al espíritu de error (4:6). Los hombres se hallan divididos en dos campos opuestos, los hijos de Dios y los hijos del diablo (3:10). Quien comete pecado es del diablo (3:8), como Caín, que mató a su hermano porque era del Maligno (3:12).

¹³ (N. del T.) Versión de Cantera-Iglesias.

Nuestra situación es grave porque el mundo entero está bajo la jurisdicción del Maligno (5:19). Sin embargo, el que es nacido de Dios se guarda a sí mismo, y el Maligno no le toca (5:18). Así pues, los hijos de Dios no están indefensos frente a los ataques de Satanás.

Las epístolas del apóstol Pablo

El apóstol Pablo enseña que Satán trata de seducir a los cristianos como la serpiente sedujo a Eva en el jardín de Edén (2 Corintios 11:1-3). Además, denuncia el poder de Satanás sobre el hombre para atormentarlo. El mismo Pablo dice que lleva en su carne un aguijón, en el cual reconoce «un emisario de Satanás, para que me abofeteé y no tenga soberbia» (2 Corintios 12:7). Tal vez se refiera al Satán de Job. El apóstol denuncia también el antagonismo radical entre Cristo y Satanás: «No os dejéis uncir a un yugo desigual con los infieles [...] ¿qué concordia [tiene] Cristo con Belial?». ¹⁴ El nombre de Belial se emplea aquí probablemente debido a la influencia de la literatura de Qumrán, hallada a orillas del mar Muerto.

Con frecuencia, el apóstol pone en guardia a sus lectores contra la influencia de los poderes ocultos: «porque la lucha nuestra no es contra hombres de carne y hueso, sino la del cielo contra las soberanías, contra las autoridades, contra los jefes que dominan en estas tinieblas, contra las fuerzas espirituales del mal» (Efesios 6:12). No faltarán seguramente espíritus evolucionados que verán en estas palabras la herencia de un oscurantismo o de una mitología inaceptables para el hombre moderno, y que deberían ser ya eliminados del Evangelio de una vez por todas. Resulta evidente que el apóstol, al hablar de autoridades, de «jefes que dominan estas tinieblas» no se refiere a los que nosotros llamamos los grandes de este mundo, sino a diversas clases de seres

¹⁴ 2 Corintios 6:14 y 15. Versión de Luis Alonso Schökel, *Biblia del Peregrino*, Bilbao: Egea-Mensajero, 1993.

invisibles que actúan en el universo. Lo que no excluye la relación entre las autoridades visibles y los poderes invisibles.

Desde ese momento, se comprende que el racionalismo que alimenta al mundo se encoja de hombros despreocupadamente e ironice sobre la necedad de aquellos que todavía creen en estas patrañas. A menos que, por el contrario, ya que el mundo moderno está lleno de contradicciones, este texto de Pablo convenga a los antropósofos, los espiritistas, Nueva Era y otras formas de ocultismo que proliferan hoy en todas partes, incluso en ambientes cultos, como reacción contra un racionalismo exagerado.

Pero cuando la Biblia nos habla de los demonios –y lo hace en boca de Jesucristo– nunca es para que nos dediquemos a explorar ese otro mundo, por el placer, tal vez apasionante, de conocerlo, o bien por la orgullosa voluntad de someterlo. La Palabra de Dios nos impide negar la existencia de ese mundo invisible, pero nos prohíbe explícitamente adentrarnos en él (Deuteronomio 18:9-14). Desde el principio de su ministerio apostólico, Pablo se ha encontrado con la maléfica actuación de Satanás (1 Tesalonicenses 2:18; 3:1-5). Encarcelado en Cesarea tras su tercer viaje misionero, el apóstol explica al rey Agripa que el Señor lo ha escogido para invitar a los judíos y a los paganos a convertirse del poder de Satanás al de Dios (Hechos 26:18). Será todavía Satanás quien dará poder al anticristo para cumplir milagros y prodigios antes del regreso de Cristo, con el fin de desviar a los hombres de la verdad y conducirlos a la injusticia (2 Tesalonicenses 2:5-12).

Pedro y Judas

«Despejaos, espabilaos, que vuestro adversario el diablo, rugiendo como un león, ronda buscando a quien tragarse. Hacedle frente firmes en la fe, sabiendo que vuestros hermanos en el mundo entero están pasando por idénticos sufrimientos.» (1 Pedro 5:8 y 9)

El apóstol Pedro acaba de recomendar a sus lectores que confíen a Dios todas sus inquietudes. Una confianza así no exime de una actitud sensata y prudente. La exhortación a la vigilancia es la prueba de ello. Se impone por causa del diablo, que aguarda el

mínimo desfallecimiento para saltar sobre nosotros como un león sobre su presa. Pedro lo hace responsable de los sufrimientos que azotan el mundo. Por consiguiente, la fidelidad a Cristo aviva su odio.

La segunda epístola de Pedro se refiere al juicio reservado a los ángeles caídos: «Dios no perdonó a los ángeles que pecaron; al contrario, los precipitó en las lóbregas mazmorras del infierno, guardándolos para el juicio» (2 Pedro 2:4). Judas hace la misma revelación: «a los ángeles que no se mantuvieron en su rango y abandonaron su propia morada los tiene guardados para el juicio del gran día, atados en las tinieblas con cadenas perpetuas» (Judas 6). A pesar de su laconismo, estos dos pasajes resultan muy valiosos por su alusión formal a la caída de los ángeles. Se encuentran en las tinieblas esperando una condenación más severa y más definitiva.

Apocalipsis

Este libro nos ofrece detalles muy importantes:

«En el cielo se trabó una batalla. Miguel y sus ángeles declararon guerra al dragón. Lucharon el dragón y sus ángeles, pero no vencieron y desaparecieron del cielo definitivamente; al gran dragón, a la serpiente primordial que se llama diablo y Satanás y extravía a la tierra entera, lo precipitaron a la tierra y precipitaron a sus ángeles con él.» (Apocalipsis 12:7-9)

Seguramente, éste es el pasaje que ofrece la información más elaborada y completa de toda la Biblia sobre Satanás. Sirve como hilo conductor para unir entre sí todos los textos que hemos mencionado. Confirma la interpretación según la cual el oráculo sobre el rey de Tiro y sobre el rey de Babilonia contiene un tipo de Satanás. En efecto, Satanás es un ángel que se ha rebelado, ha caído de su posición de gloria y se ha precipitado con sus acólitos sobre la tierra, donde se obstina en seducir a los seres humanos, mientras los acusa ante Dios, día y noche (12:10). Después de su victoria sobre Eva, no cesa de empujar a la humanidad fuera de los caminos trazados por Dios.

Encarnado en el dragón del color del fuego, con siete cabezas y diez cuernos, rugiendo de rabia, organiza una dura oposición contra el reino de Dios. Pero llegará el momento en que será vencido definitivamente y arrojado en el lago de fuego y de azufre que lo devorará (20:9). Así pues, la aniquilación de Satanás ha sido predicha formalmente.

3. SATANÁS Y EL MAL

Hemos pasado revista a las principales declaraciones de la Biblia sobre Satanás sin encontrar en ellas al diablo de la tradición. Creado por Dios, no es el dios del mal, un anti-Dios. Incluso cuando se suelta de la cadena, no va más allá del extremo de ella. Este punto es fundamental, pero difícil de comprender. Es necesario decir que el mal no tiene causa en sí. Dicho de otro modo, el mal no es la causa del mal. Si el mal fuera la causa del mal, sería necesario admitir desde la eternidad un principio del mal coetáneo de Dios. En una palabra, un dios del mal. Afortunadamente, éste no es el caso. La Biblia es tajante respecto a ello. No hay dos dioses. Profundicemos en estas ideas.

El mal absoluto no existe. La Biblia lo compara con las tinieblas y éstas son ausencia de luz. Para hacer desaparecer la oscuridad, basta con hacer brillar la luz. No se puede vaciar la oscuridad de una habitación con un recipiente. Tomemos otra imagen. Pensad en un hermoso lienzo de un gran maestro. Sucede un percance y la tela se agujerea. ¡Qué desgracia irreparable! Y, sin embargo, ¿qué es el agujero? No es nada más que el lugar donde estaba el lienzo pintado por un artista. El agujero no tiene una realidad desgraciada más que por aquello que lo rodea. Si fuera posible aislar el agujero, desaparecería. Aislar el mal es aniquilarlo.

Paradójicamente, la única realidad del mal procede del bien. El agujero en el cuadro existe porque existe el cuadro. No habría ceguera sin la existencia del ojo, ni sordera si no existiera el oído. Un homicida sería incapaz de cometer un crimen sin inteligencia ni destreza física. No dejan de sorprendernos, a menudo, todas las capacidades que es necesario desplegar para hacer daño.

Un pensador escribió: «El mal se concreta en el bien, sólo tiene realidad efectiva por el bien. Nunca encontramos el mal, sino a alguien o alguna cosa donde se encuentra el mal. Sea un genio descarriado o una gran alma perversa, Satanás es la prefiguración de estos poderes que ejercen su virtud en el mal, si puede decirse así. El universo es una inmensa colada de bien que el mal atraviesa con astucia».¹⁵

No obstante, lejos de ser solamente una ausencia, una carencia, el mal es una privación. El ojo ha sido creado para asegurar la vista. Un ojo ciego está privado de la función que justifica su existencia. No se encuentra en su estado normal. De este modo, el mal implica un juicio en relación con una norma, con un ideal. Quien atribuye al azar todo lo que existe, carece de fundamento si habla del mal. Todo aquello que priva al hombre de una vida radiante y feliz, y por consiguiente le hace sufrir, constituye el mal. El mal absoluto no existe, pero el bien, puesto en desorden, no logra ya su propósito. En eso reside la positividad del mal, en el hecho de que lo sintamos. No puedo perder la vista sin sufrir.

Tomemos como ejemplo un maravilloso concierto de Johann Sebastian Bach. Cada nota está en su lugar. Los acordes son perfectos, el ritmo impecable. Su belleza es indescriptible. Pero, ¿qué sucedería si modificáramos el orden de las notas? Si viviera, el genial compositor se lamentaría amargamente. Y, sin embargo, la obra no tendría una nota de más ni una de menos. Un simple desorden puede transformar una obra maestra en una cacofonía.

Ahora bien, como ya hemos visto, aquél a quien la Biblia llama el diablo y Satanás se obstina en quebrantar el orden de la creación. Al principio, todo era muy bueno (Génesis 1:31). En todo reinaba la armonía. Cada elemento funcionaba de acuerdo con su razón de ser. Pero un día se produjo el accidente. Dios dejó de ser el único administrador. Y apareció la muerte, ineluctable, prometida ya al recién nacido como única certeza.

¹⁵ SERTILLANGES, A. D., *op. cit.*, pp. 8, 9; PURY, Roland de, *Job ou l'homme révolté*, pp. 32, 33.

4. CONCLUSIÓN

Recapitulemos. Según la Biblia, el mundo se explica a través del Creador, absolutamente único: «Así dice el Señor [...] Yo soy el primero y yo soy el último; fuera de mí no hay Dios» (Isaías 44:6). Lógicamente, pues, debemos admitir que el mal debe explicarse a partir de ese Dios único. El mismo Satanás no es más que una criatura de Dios. Su único poder procede de su creador. Por tanto, el mal no tiene realidad absoluta. Es el resultado de un desorden en el bien. La Biblia no explica nada más sobre el origen de Satanás. En cambio, es más explícita en lo que se refiere a la intervención del mal en el seno de la humanidad. Trataremos más profundamente esta cuestión.

Capítulo 6

El mal, signo de nobleza y de decadencia

Las pruebas que nos afligen en la vida nos obligan a plantearnos el problema de nuestro destino. ¿Cómo podríamos interesarnos por todo excepto por nosotros mismos? Es imposible sobrellevar todos los reveses del destino sin extrañeza ni reacción. El hombre que acepta el transcurso sombrío y fatal de la existencia sin un movimiento de curiosidad ni un sobresalto de energía es un muerto viviente. Incluso si el enigma se vislumbrara indescifrable, no renunciaríamos a intentar desentrañarlo.

El texto que vamos a estudiar se atribuye a menudo a una imaginación mitológica o a la ingenuidad popular. En realidad, la ingenuidad consiste más bien en considerar ingenua esta enseñanza. Tal vez, para comprenderlo, hagan falta ojos para ver y oídos para oír, como decía Jesús.

1. EL HOMBRE, IMAGEN DE DIOS

«Y creó Dios al hombre a su imagen» (Génesis 1:27). En hebreo esta expresión significa mucho más que en castellano. La imagen participa de la realidad, de la cual es como una proyección. Así pues, al crear al hombre, Dios le hace participar de su naturaleza. En consecuencia, el hombre sólo puede vivir plenamente respetando su dependencia de Dios. El apóstol Pablo presentó esta idea en su discurso ante el Areópago de Atenas: «[Dios] Quería que lo buscasen a él, a ver si al menos a tientas lo encontraban, por más que no está lejos de ninguno de nosotros, pues en él vivimos, nos movemos y existimos. Así lo dicen incluso algunos de vuestros poetas: “Sí, estirpe suya somos”» (Hechos 17:27, 28).

Como hijo de Dios, al hombre se le ha conferido una gran responsabilidad. Un sencillo ejemplo ilustra este propósito. «La se-

milla posee la capacidad de germinar, implantada por Dios; sin embargo, abandonada a su suerte, no tendría poder para brotar. El hombre tiene que hacer su parte para estimular el crecimiento del grano, pero fuera de eso, no puede hacer nada. Debe depender de Aquél que ha ligado la siembra y la siega con los eslabones maravillosos de su poder omnipotente».¹

Contrariamente a lo que quisieran hacernos creer hoy, el hombre no es Dios. No podrá serlo nunca. En cambio, el Creador le ofrece la grandeza de vivir con él en una relación como la de un hijo con su padre. El evangelista Lucas lo afirma abiertamente: Adán es hijo de Dios (Lucas 3:38).

Un rango tan elevado implica una amplia responsabilidad. Adán y Eva deben guardar el jardín (Génesis 2:15), cultivarlo y dominar los animales (Génesis 1:28-31). Nada menos que una significativa participación en el poder creador.

La capacidad de dar la vida procede también de la maravillosa relación que nos une al Creador. Pero la grandeza de la que estamos hablando confiere un privilegio que se puede perder. Jesús nos lo hace comprender por medio de la extraordinaria parábola del hijo pródigo: «Un hombre tenía dos hijos; el menor le dijo a su padre: Padre, dame la parte de la fortuna que me toca. El padre les repartió los bienes. No mucho después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo como un perdido» (Lucas 15:11-13).

Lo que sigue es bien sabido. Abandonado pronto por todos, el joven muere el polvo. Torturado por el hambre, decide regresar a la casa familiar con la esperanza de ser aceptado allí como siervo. Pero el padre, angustiado por la ausencia de su hijo, aguarda sin descanso su regreso. Lo reconoce desde lejos y corre a su encuentro. Después, organiza una gran fiesta para celebrar el acontecimiento. Entonces el hijo recupera su verdadero lugar.

Esta historia, que puede aplicarse a muchas situaciones diferentes, alude también a Adán. Adán, escogido por Dios como rey

¹ WHITE, Ellen, *Education*. Edición española: *La educación*, Asociación Publicadora Interamericana / Pacific Press Publishing Association, 1978, p. 104.

de la creación: «Creced, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad los peces del mar, las aves del cielo y todos los vivientes que reptan sobre la tierra» (Génesis 1:28). Sin comprender aún todo lo que va a perder, el hombre da la espalda a su Señor. Adán es el primer hijo pródigo. Esta es la caída original con las incalculables consecuencias que de ella se desprenden.

No acusemos a Dios de haber fracasado en hacerse amar. Intentemos más bien comprender la actitud del hombre. Situado por Dios, desde la creación, en la noble condición de hijo, disfrutaba de los derechos propios del hijo y, especialmente, de la libertad. Si hubiese sido creado esclavo, no hubiera podido reclamar su parte de la herencia. La grandeza del hombre implicaba, pues, un riesgo. Pero Dios ha preferido asumir este riesgo antes que crear un esclavo.

2. CON CAUTELA

Ahora bien, se tomaron precauciones para alejar el peligro. Al principio se trataba de una vigilancia. El hombre debía cultivar el jardín y guardarlo. Esto demuestra que acechaba un riesgo. Adán y Eva habían sido debidamente prevenidos. Sin duda alguna, Dios temía la influencia de Satanás.

Aquí nos enfrentamos a un problema complicado: ¿por qué Dios permite a Satanás actuar en la tierra? La Biblia no da ninguna respuesta directa a esta pregunta. Pero el apóstol Pablo aporta una observación muy valiosa. Veamos lo que dice: «A mí, el más insignificante de todos los consagrados, me concedieron este don: anunciar a los paganos la inimaginable riqueza del Mesías y aclararles a todos cómo se va realizando el secreto escondido desde siempre en Dios, creador del universo. Así, desde el cielo, por medio de la Iglesia, se dan a conocer a las soberanías y autoridades las múltiples formas de la sabiduría de Dios, contenidas en el proyecto secular que llevó a efecto mediante el Mesías, Jesús Señor nuestro. Gracias a él tenemos esa libertad de acercamiento, con la osadía que da la fe en él» (Efesios 3:8-12).

Así, la creación del mundo de los hombres, nuestro mundo, señala el «secreto escondido desde siempre en Dios», en relación con los poderes del más allá, a quienes Pablo denomina «soberanías y autoridades». Se trata de una alusión evidente al conflicto descrito en el capítulo anterior. Y Dios ha elegido a la Iglesia para manifestar la diversidad de su sabiduría. Debemos esforzarnos en apreciar toda la trascendencia de esta afirmación.

La revelación del libro de Job nos ayuda a vislumbrar todo el mal que Satán se esfuerza en infligir, no sólo a los hombres, sino a Dios, ya que la prueba resulta necesaria para justificar que Job ama verdaderamente a Dios y que Dios es realmente amado. Desde ese momento, descubrimos las verdaderas dimensiones de nuestro combate contra el mal. Este conflicto no se produce sólo en el ámbito de nuestra naturaleza humana. No tenemos que luchar sólo contra nosotros mismos.

No hemos de luchar únicamente contra los demás, contra el mundo conocido que nos rodea. La perspectiva del apóstol es aún más amplia. Cada una de nuestras luchas, sea a nuestros ojos pequeña o grande, anodina o dramática, es un episodio del gran combate que se libra en otro lado y en todas partes, entre las tinieblas y la luz, en un universo cuyas dimensiones escapan a nuestra comprensión.

Nuestro combate es, pues, tremendamente importante. Su gravedad no debe ser subestimada. Podríamos decir que nuestra vida está comprometida en una especie de aventura cósmica, en un mundo mucho más extenso y misterioso que aquél en el que el hombre sitúa nuevos satélites o lanza sus cohetes.

Mucha gente se siente atraída por este mundo desconocido. Buscan establecer contactos con poderes invisibles, sin sospechar que juegan con fuego. Mencionaré dos ejemplos para ilustrar esta idea. Acabo de hablar por teléfono con una mujer que vive una pesadilla. Padece problemas económicos y está enferma. Todo le va mal. Tras haber consultado a una vidente, está convencida de ser víctima de una persona que practica vudú. Desde ese momento, vive angustiada; invoca a «sus muertos» en demanda de ayuda y no sale sin llevar un diente de ajo en

el bolsillo. Sufre, en fin, una profunda depresión, un verdadero calvario.

Me encuentro con una joven amiga, puericultora. Estos últimos días fue invitada por sus compañeros a quedarse después de las clases. Asiste a una sesión de ocultismo, en torno a una mesa, para consultar a los espíritus.

Son dos ejemplos reales a los que podría añadirse un número ilimitado de situaciones. Así pues, no debemos tomarlos a la ligera. Este mundo misterioso existe. Vivimos en un inmenso campo de batalla donde, como en las guerras modernas, no hay «retaguardia» ni «vanguardia», y donde todos estamos comprometidos y amenazados.

Dios prohíbe formalmente todo contacto con ese mundo. «No haya entre los tuyos quien queme a sus hijos o hijas, ni vaticinadores, ni astrólogos, ni agoreros, ni hechiceros, ni encantadores, ni espiritistas, ni adivinos, ni nigromantes. Porque el que practica eso es abominable para el Señor» (Deuteronomio 18:10-12). Éste es el eco de la tarea de guardar el jardín encomendada al hombre en Edén.

Para vencer en el combate sobrenatural al que nos enfrentamos, hacen falta fuerzas que nosotros no tenemos. Son necesarias otras armas distintas de las humanas. Necesitamos algo más que nuestro valor, nuestra fuerza de carácter o nuestro dominio propio. Todo esto es insuficiente. Sin las armas de Dios, estamos vencidos de antemano, abocados a la derrota, puesto que tenemos que enfrentarnos con algo más grande y más fuerte que nosotros.

Evidentemente; pero no más grande y más fuerte que Dios. «Someteos a Dios —dice Santiago—; resistid al diablo y os huirá. Acercaos a Dios y él se os acercará» (Santiago 4:7 y 8). Por su parte, el apóstol Juan escribe: «Hijos, vosotros sois de Dios y ya lo habéis vencido, porque el que está con vosotros es más fuerte que el que está con el mundo» (1 Juan 4:4). El apóstol Pablo no es menos claro: «Dejad que os robustezca el Señor con su poderosa fuerza. Poneos las armas que Dios da para resistir a las estrategias del diablo; porque la lucha nuestra no es contra hombres de carne y hueso, sino la del cielo contra las soberanías, contra las autori-

dades, contra los jefes que dominan en estas tinieblas, contra las fuerzas espirituales del mal. Por eso os digo que cojáis las armas que Dios da, para poder hacerles frente en el momento difícil y acabar el combate sin perder terreno» (Efesios 6:10-13).

En realidad, Dios mismo se ha comprometido en el combate, y lo dirige con sus propias armas. Nuestra lucha es el combate de Dios y no solamente el combate por Dios. Él mismo ha entrado en la pelea. Está tanto en la tentación que soportamos como en la prueba de la que somos víctimas. En el lenguaje del Nuevo Testamento, la misma palabra significa tentación y prueba. Tal vez yo no sea más que un microscópico soldado raso, con sus éxitos y sus fracasos, en la guerra cósmica desatada. No importa; porque, si llevo las armas de Dios, venceré.

La verdad es que se trata de una seguridad apasionante. Pero resulta todavía más sorprendente saber que nuestra victoria asegura también la victoria de Dios. Las fuerzas invisibles que reinan en los lugares celestes deben descubrir por medio de la Iglesia la diversidad de la sabiduría del Señor. Nos preguntamos con frecuencia por qué Dios ha creado el mundo. Antes, yo respondía: Dios ha creado porque es creador. Su naturaleza es crear, como la naturaleza del agua es mojar y la del fuego quemar. Ahora comprendo que Dios ha creado a nuestra humanidad para encomendarle una ingente tarea frente al universo donde él es cuestionado. Nuestra misión consiste en contribuir a divulgar la pluralidad de su sabiduría. Sí, Dios cuenta con nosotros. No sin ofrecernos su poder y rodearnos con su amor.

3. EL ENEMIGO Y LOS DOS ÁRBOLES²

Retomemos el hilo de nuestras ideas. El hombre fue creado por Dios, lo más grande posible. Una relación filial lo unía al Creador como padre. En ella radican a la vez su grandeza y el riesgo de reclamar una autonomía mortal. De ahí se deduce la actitud de

² Título de un estudio, presentado por PURY, Roland de, en *Présence de l'Éternité*, Neuchâtel: Delachaux et Niestlé, 1946, pp. 29-42. Tomaremos su reflexión, que es muy apropiada.

alerta. Pero la precaución divina frente al riesgo no se detiene aquí. Los árboles del jardín de Edén están cargados de un significado esencial. Vamos a intentar comprenderlo. Son portadores de una verdad que hay que descubrir. La revelación contiene el secreto de todas las cosas y precisa las condiciones de nuestra salvación.

Recordemos que todo era «muy bueno» (Génesis 1:31) y, especialmente, el paraíso de Dios (Apocalipsis 2:7). El Eterno había dado esta orden al hombre: «Puedes comer de todos los árboles del jardín; pero del árbol de conocer el bien y el mal no comas; porque el día en que comas de él, tendrás que morir» (Génesis 2:16 y 17). Así pues, tenía amplia libertad. El hombre podía disponer de la creación entera con una única restricción; no podía comer del árbol del conocimiento del bien y del mal.

El árbol de la vida, situado en medio del jardín (Génesis 2:9), indica claramente al hombre que él no tiene la vida por sí mismo. Si Dios es Dios porque no ha recibido nada de nadie (Romanos 11:35), el hombre es un ser creado porque lo ha recibido todo del Eterno. Recibe permanentemente la vida, el movimiento y el ser (Hechos 17:28). Para vivir, debe recibir la vida, tomar y comer el fruto del árbol de la vida. Éste es el precio de su eternidad. No es inmortal por naturaleza. Este árbol representa la comunión con Dios, sin la cual la única perspectiva es la muerte. Desde que esta comunión se interrumpió, fue prohibido el acceso al árbol de la vida. Dios dijo: «¡No vaya ahora a alargar su mano y tome también del árbol de la vida, coma de él y viva eternamente!» (Génesis 3:22).³ Y se colocaron querubines para guardar el camino del árbol de la vida.

No hemos de dudar en reconocer en este árbol un símbolo de Cristo. Fuimos creados en él, por él y para él (Colosenses 1:16). Todo lo que ha sido creado contenía vida en él (Juan 1:3 y 4). Cristo es nuestra vida (Filipenses 1:21). Si lo aceptamos por fe como nuestro Salvador, nuestra vida está escondida con él en Dios. De hecho, obtenemos la vida eterna. Cuando Cristo, nuestra vida, se manifestó, es decir en la parusía, entonces nosotros aparecemos también con él en la gloria (Colosenses 3:1-4). Apocalipsis se-

³ (N. del T.) Versión de Cantera-Iglesias.

ñala la presencia del árbol de la vida en la tierra nueva, donde reinará la justicia (22:2).

Si el árbol de la vida invita a mantener la relación con aquel que es fuente de vida, el árbol del conocimiento del bien y del mal precisa la diferencia entre la criatura y el creador. Sin duda alguna, nuestro Padre, que está en los cielos, ha hecho de esta diferencia un maravilloso vínculo de parentesco. Diferencia que también implica una dependencia. Una frontera que no debe traspasarse separa a Adán de Dios. «Dios mismo no puede suprimir esta diferencia. Cuanto más colme al hombre de sus dones, tanto más será él quien dé y el hombre quien reciba. La diferencia persiste eternamente: Dios da la vida; Adán la recibe [...] Dios también puede concederle a Adán todas las libertades, excepto la de prescindir de él [...] Éste es el mundo del que va a intentar apoderarse el enemigo: un mundo donde todo es bueno porque todo procede de Dios».⁴

Mientras respeta la ineludible frontera, el hombre no puede pecar y el Maligno no tiene ninguna influencia sobre él. La única alternativa de la serpiente consiste en separar al hombre de Dios haciéndole traspasar ese límite. Por esa razón el mundo organiza cada vez más la distracción del hombre. La palabra «distracción» proviene de un verbo latino que significa «separar». Desde el momento en que nos separamos de Dios, estamos predispuestos a la tentación.

«La serpiente era el animal más astuto de cuantos el Señor Dios había creado; y entabló conversación con la mujer: ¿Conque Dios os ha dicho que no comáis de ningún árbol del parque? La mujer contestó a la serpiente: ¡No! Podemos comer de todos los árboles del jardín; solamente del árbol que está en medio del jardín nos ha prohibido Dios comer o tocarlo, bajo pena de muerte. La serpiente replicó: ¡Nada de pena de muerte! Lo que pasa es que sabe Dios que, en cuanto comáis de él, se os abrirán los ojos y seréis como Dios, versados en el bien y el mal.» (Génesis 3:1-5)

⁴ PURY, Roland de, *op. cit.*, pp. 32, 33.

Conocemos por el Apocalipsis que la serpiente es una encarnación de Satanás. Su astucia reside en hacer surgir la duda respecto a la palabra de Dios: «¿Dios lo ha dicho realmente esto?» Además, no se refiere a la orden en sí misma, sino a la intención de ésta, insinuando que Dios teme perder su autoridad. Es un juicio de intenciones. Dios aparece así como un tirano celoso. Para Él, resulta dramático saber cuánto le necesitamos y ver cuestionada esta necesidad. ¿Cómo convencernos sin dejar en el aire dudas acerca de su amor? ¿Esta historia del árbol, no revela acaso un incidente superfluo? ¿No podríamos ser los únicos dueños? ¡Imposible! El hijo disfruta de todas las libertades, salvo de la de renegar de su filiación.

«Entonces la mujer cayó en la cuenta de que el árbol tentaba el apetito, era una delicia de ver y deseable para tener acierto. Cogió fruta del árbol, comió y se la alargó a su marido, que comió con ella.» (Génesis 3:6)

La tradición ha convertido este árbol en un manzano. La confusión procede del parecido de las palabras en la traducción latina, donde mal es *malus* y manzana es *malum*. En realidad, no sabemos nada sobre la naturaleza de este árbol y su fruto. Precisamente, para descifrar el texto, es necesario reflexionar sobre el sentido de las palabras tal como se nos dan, ya que no faltan los contrasentidos.

Escuchemos, por ejemplo, al psicoanalista Erich Fromm: «En ningún lugar se sugiere que esta desobediencia ha tenido como resultado la corrupción del ser humano. Al contrario, es ella quien constituye la condición *sine qua non* de la conciencia de sí mismo y de la capacidad de elegir, de manera que, en el fondo, este primer gesto de rebelión representa al mismo tiempo el primer paso del hombre hacia la libertad. A decir verdad, esta desobediencia entraba incluso, parece, en los planes de Dios».⁵ Si Erich Fromm hubiera leído el comentario del apóstol Pablo (Romanos 5:12-17),

⁵ FROMM, Erich, *Le coeur de l'homme, sa propension au bien et au mal*, París: Petite Bibliothèque Payot, p. 15 (edición española: *El corazón del hombre*, Madrid: Fondo de Cultura Económica de España, 1980).

que dice que por la desobediencia de Adán muchos se convirtieron en pecadores, no hubiera escrito esta falsedad.

El nombre del árbol aporta, probablemente, la clave del enigma. Se le llama el árbol del conocimiento del bien y del mal y su fruto es el fruto de este conocimiento. La falta cometida contra este conocimiento no es de naturaleza moral sino religiosa. No está fundada en una distinción entre el bien y el mal, sino en la comunión con Dios y la aceptación de su voluntad. Tiene como consecuencia la modificación de la relación del hombre con Dios. Es un pecado contra el Espíritu de Dios.

Por medio de este Espíritu, el hombre estaba en contacto directo con Dios. Podía recibir todos los consejos indispensables para su crecimiento. De este modo, la propia sabiduría de Dios estaba a su disposición. El límite inherente a su estado de criatura encontraba una compensación justa. Tenía libre acceso a la plenitud de Dios. Por desgracia, la caída consiste en la interrupción de esta beneficiosa comunión. Y todo el Nuevo Testamento describe su restablecimiento ofrecido en Jesucristo. El cristiano se convierte, con Jesucristo, en un solo espíritu (1 Corintios 6:17). Después de la resurrección, el último Adán se convierte en un espíritu de vida (1 Corintios 15:45). Entonces el Espíritu asegura a nuestro espíritu que nosotros somos hijos de Dios (Romanos 8:16). Es el regreso a la casa del Padre.

La serpiente enaltece la inteligencia sojuzgada por el instinto y cautivada por la concupiscencia, subordinada a poderes innobles. La caída es un atentado contra el Espíritu. Comer el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal consiste en franquear los límites de nuestra condición humana. La clave del conocimiento no está en nosotros, sino en Dios. Si nos tomamos la libertad de definir el bien y el mal sin referencia a Dios, ocupamos su lugar, nos hacemos dioses. Esta es la idolatría que toda la Biblia condena y que consiste en poner nuestra voluntad antes de la de Dios. Es así como nos separamos de Él, en quien, sin embargo, tenemos la vida, el movimiento y el ser (Hechos 17:28). La muerte es, pues, la consecuencia inevitable. Desde este punto de vista, la epístola a los Hebreos puede afirmar que el diablo tiene el impe-

rio de la muerte (2:14). La muerte es el territorio exclusivo del hombre sin Dios.

«El pecado original, el pecado que engendra la muerte, el pecado del que derivan todos los pecados y todas las abominaciones de la tierra, no es más que ese estado de fascinación en el que nos mantiene la mentira del enemigo: la vida consiste en ser Dios. La vida consiste en ser nuestro propio dios. Este hombre como Dios, este hombre muerto, este hombre bajo el poder del enemigo, es el que nosotros somos, y a quien vemos vivir y actuar en la historia, y realizar sobre todo su obra maestra, su acto supremo, el día en que clava en la cruz a aquél cuyo lugar ha ocupado.»⁶

El conocimiento, sustraído a Dios en lugar de ser vivido en comunión con él, se degrada. Como un curso apacible de agua que súbitamente se transforma en torrente impetuoso, se convierte en capaz de curar y de matar a la vez. El centro de gravedad se desplaza de la sabiduría al vientre. El apóstol Pablo describe a los hombres en estado de caída: «Cuyo dios [es] el vientre, y se glorían de lo que es su vergüenza, que apetecen lo de la tierra» (Filipenses 3:19).⁷ «Hombres de instintos y sin espíritu», dice Judas 19. Según Pablo, «los entregó Dios a una conciencia indigna [que los lleva a] hacer indecencias» (Romanos 1:28).⁸

Sin duda conviene precisar que, al hablar del vientre, Pablo no apunta a la sexualidad de una forma específica. En su pluma, la palabra vientre puede referirse tanto a los excesos en la mesa, como a la depravación. Pero estaremos ciertamente más cerca de su pensamiento al concebir al hombre atraído por todo lo material desde que el Espíritu ya no lo domina.

La advertencia es clara: «el día en que comas de él, tendrás que morir» (Génesis 2:17). No es que Dios intervenga entonces para hacernos morir, sino que nosotros rompemos el vínculo vital que nos une a él. Éste es el engaño de aquel a quien Jesús llama «padre de la mentira» (Juan 8:44). Y que se convierte entonces, des-

⁶ PURY, Roland de, *op. cit.*, pp. 37, 38.

⁷ y ⁸ (N. del T.) Versión de Cantera-Iglesias.

de el principio, en el homicida. Prometiéndolo al hombre que se convertirá en dios, Satanás oculta una mentira dentro de una verdad. Porque, después de la caída, Dios mismo dice: «El hombre es ya como uno de nosotros, versado en el bien y el mal» (Génesis 3:22).

Jesús también pregunta: «¿No está escrito en vuestra ley: “Yo os digo que sois dioses”?» (Juan 10:34). Somos dioses cuando pretendemos vivir sin Dios, cuando rechazamos la relación de parentesco que Dios nos propone por su gracia. Y la mentira de la serpiente consiste en hacernos creer que eso será la vida cuando en realidad será la muerte. Recordémoslo, sólo Dios, porque es Dios, no tiene que recibir nada de nadie (Romanos 11:35). En cambio, nosotros debemos esperar todo de él. El hombre muere por querer ser independiente. Dios mismo irá hasta la muerte, en su Hijo amado, para desenmascarar la mentira. Su sacrificio consigue manifestar su amor. ¿Cómo se podría obligar a amar? Sólo el amor puede atraer al amor. Es así como la simiente de la mujer (Génesis 3:15), es decir, Jesucristo, aplasta la cabeza de la serpiente. El Hijo de Dios remonta la pendiente descendida por el hombre. Adán ha querido convertirse en Dios. Jesús, que lo era, ha querido convertirse en hombre. Descendiendo hasta nosotros, nos permite ascender hasta Dios, nuestro Padre, que está en los cielos.

Sin embargo, la promesa hecha por Dios inmediatamente después de la caída va acompañada de un diagnóstico de la situación que se ha originado. Si la ley expresa la condición del orden, la desobediencia a la ley produce inevitablemente el desorden. «Maldito el suelo por tu culpa: comerás de él con fatiga mientras vivas; brotará para ti cardos y espinas, y comerás hierba del campo. Con sudor de tu frente comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella te sacaron; pues eres polvo y al polvo volverás.» (Génesis 3:17-19)

Dios le dice a la mujer: «Mucho te haré sufrir en tu preñez, parirás hijos con dolor, tendrás ansia de tu marido, y él te dominará» (Génesis 3:16). La noción de sufrimiento aparece aquí por primera vez en la Biblia. Entra en la existencia del hombre porque los planes de Dios no han sido respetados. «El sufrimiento y la muer-

te son pruebas no sólo de la existencia de Dios, sino más bien de la necesidad de Dios para su criatura. Más aún, el sufrimiento y la muerte se convierten en una confirmación del amor de Dios, una demostración sobrecogedora de que sólo él era bueno y podía hacernos vivir. Todo lo permitido, todas las alegrías: la alegría de trabajar, la alegría de vivir... se han convertido ahora en necesidades, obligaciones, cargas. El tedio, precursor de la desesperación infernal, impregna todo aquello de lo que el hombre se ha apropiado. Los dolores del alumbramiento, la dureza del trabajo, la interminable pena de los hombres y, para terminar, la muerte; todo esto es el desarrollo normal de la caída, la cosecha ineludible de lo que el Maligno ha sembrado.»⁹

Es muy importante advertir que el hombre no está solo en su encuentro con la muerte. Arrastra consigo a toda la naturaleza, que le había sido confiada. Él era su administrador y rey. Gracias a la sabiduría de lo alto, la armonía debía ser preservada. En cambio, como afirma todavía el apóstol Pablo: «La humanidad [...] aun sometida al fracaso (no por su gusto, sino por aquél que la sometió), esta misma humanidad abraza una esperanza: que se verá liberada de la esclavitud de la corrupción» (Romanos 8:20 y 21). Jesús denuncia también la acción diabólica de aquel que siembra la cizaña entre el trigo. El señor ha sembrado una buena semilla. «Mientras todos dormían llegó su enemigo, sembró cizaña entre el trigo y se marchó. Cuando brotaron los tallos y se formó la espiga apareció también la cizaña. Los obreros fueron a decirle al propietario: Señor, ¿no sembraste en tu finca semilla buena? ¿Cómo resulta entonces que sale cizaña? Él les declaró: Es obra de un enemigo.» (Mateo 13:25-28)

Después de la caída, la voluntad de Dios no se cumple ya en la tierra como en el cielo (Mateo 6:10). En consecuencia, Dios ya no gobierna. La tierra es invadida progresivamente por el poder de las tinieblas, entregada a la maldad del Príncipe de este mundo. Entretanto no tomemos conciencia de ello, el drama no puede hacer otra cosa que prolongarse. La sutileza del enemigo con-

⁹ PURY, Roland de, *op. cit.*, pp. 39, 40.

siste en hacernos creer que nosotros tenemos el mando. El hombre se cree libre cuando en realidad está en manos de un usurpador. Para salvarnos, Dios debe procurar que sintamos nuestra esclavitud, que sea dolorosa. El mundo caído nos parecerá entonces una prisión. «Porque Dios encerró a todos en la rebeldía, para tener misericordia de todos» (Romanos 11:32). «Mira y aprende que es malo y amargo abandonar al Señor, tu Dios, sin sentir miedo, oráculo del Señor de los ejércitos» (Jeremías 2:19). Roland de Pury afirma que la mayor desgracia sería que el hombre no sufriera al estar dominado por el enemigo.¹⁰

En definitiva, todo el misterio del mal se dilucida en el plano espiritual. La posibilidad del mal depende del límite original: como ser creado, el hombre depende de su creador. Pero esta dependencia ha sido transformada por Dios en filiación. La criatura recibe la grandeza del hijo. Si Adán no se hubiera convertido en «hijo pródigo», su grandeza no se habría empañado de ninguna manera. Su naturaleza no se hubiera torcido en absoluto. El mal, signo de nobleza en virtud de la libertad del hijo, se convierte entonces en un signo de decadencia porque, lejos de la casa del padre, el hijo se sume en la miseria. El mayor deseo del padre es acoger de nuevo a sus hijos: «Seré un padre para vosotros y vosotros para mí hijos e hijas, dice el Señor soberano de todo» (2 Corintios 6:18).

¹⁰ PURY, Roland de, *op. cit.*, p. 40.

Capítulo 7

Comprender a Dios

Hemos apuntado ya que el sufrimiento no siempre es merecido. Adquiere entonces un cariz escandaloso, especialmente para aquellos que reconocen en Dios al creador bueno y todopoderoso. Por otra parte, la Biblia revela también la presencia de un enemigo, surgido del poder de Dios, pero en rebelión contra él. Satanás actúa ahora como el príncipe de nuestro mundo. Y los hombres se dejan condicionar por él, consciente o inconscientemente. Así progresa el desorden entre nosotros.

En el punto en el que estamos, me parece útil precisar la naturaleza de las relaciones que el Eterno mantiene con nosotros. Algunos pasajes insisten en su alteridad: Dios está en el cielo. Otros, por el contrario, lo muestran muy cercano a nosotros.

1. DIOS DEL CIELO, POR ENCIMA DE NOSOTROS

Dios es «en el principio», es el Creador incomparable de todo lo que existe. Isaías exalta su majestad: «¿con quién compararéis a Dios? [...] El que habita sobre el círculo de la tierra [...]; el que tendió como toldo el cielo [...]. El Señor es un Dios eterno y creó los confines del orbe» (Isaías 40:18, 22, 28). Un día, a instancia suya, se le construyó una casa. Se supone que habría de vivir en el templo, pero Salomón se apresura a restablecer la verdad: «Aunque ¿es posible que Dios habite en la tierra? Si no cabe en el cielo y lo más alto del cielo, ¡cuánto menos en este templo que he construido!» (1 Reyes 8:27).

Por supuesto, Dios se revela: «Lo revelado es nuestro y de nuestros hijos para siempre, para que cumplamos todos los artículos de esta ley» (Deuteronomio 29:28) «Dios está en el cielo y tú en la tierra» (Eclesiastés 5:1). Su esplendor es tan grande que el hombre no puede verlo y vivir (Éxodo 33:20). Cuando se presenta a Moisés, en la zarza ardiente, algunas precauciones se imponen:

«No te acerques. Quitate las sandalias de los pies, pues el sitio que pisas es terreno sagrado» (Éxodo 3:5). Ésta es la trascendencia de Dios, hecha de poder, de majestad, de luz, de alteridad.

2. DIOS CON NOSOTROS

Sin embargo, disponemos de testimonios fehacientes acerca de la presencia de Dios junto a diversos personajes bíblicos. Se acerca a ellos en cualquier momento y les habla amigablemente. Para escucharlo no hace ninguna falta alzarse hacia el cielo. Los hombres lo encuentran allí donde están, en su jardín, en la carretera, junto a un arroyo, en una zarza. «El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob –escribía Jacques de Senarclens, decano de la facultad de teología de Ginebra– no es el Dios impreciso y lejano de los filósofos espiritualistas, demasiado respetable para estar mezclado en nuestros asuntos. Se encuentra siempre entre nosotros y, cuando el hombre lo rechaza, aparece súbitamente en el lugar mismo del drama para valorar personalmente la situación».¹

No nos faltan ejemplos. Adán y Eva, después de la caída, «oyeron al Señor Dios, que se paseaba por el jardín tomando el fresco. El hombre y su mujer se escondieron entre los árboles del jardín, para que el Señor Dios no los viera. Pero el Señor Dios llamó al hombre: ¿dónde estás?» (Génesis 3:8, 9). La primera pareja hubiera preferido sin duda que Dios se quedara lejos. Hay momentos en que la ausencia de Dios es más agradable que su presencia. Mientras permanece alejado, molesta poco.

No, Dios no es una especie de abstracción impersonal. Se presenta a Abraham para concertar su alianza con él: «Yo soy Dios Todopoderoso, y haré una alianza contigo: haré que te multipliques sin medida» (Génesis 17:1, 2). En el vado de Yabboq, lucha con Jacob durante toda la noche y cambia su nombre por el de Israel, porque aquél ha alcanzado una victoria decisiva. En Horeb, la montaña de Dios, el nómada Moisés recibe la revelación a tra-

¹ SENARCLENS, Jacques de, *La personne et l'oeuvre de Jésus-Christ*, Ginebra: Labor et Fides, 1958, p. 8.

vés de una zarza que arde sin consumirse. Dios está aquí, se queda siempre a la puerta; cerca de la puerta. Sólo que no la fuerza. Quiere que la abramos nosotros mismos. Moisés tuvo que «desviarse»² de sus ocupaciones para ver (Éxodo 3:4). Dios está aquí; aunque hace falta que prestemos atención. Pero, a menudo, estamos distraídos, ausentes, con oídos que no oyen y ojos que no ven.

A veces sucede incluso que emprendemos la huida ante él, como Elías tras su terrible encuentro con los profetas de la reina pagana Jezabel. Pero Dios se encuentra con Elías en la cueva donde éste se ha refugiado: «¿Qué haces aquí, Elías?» (1 Reyes 19:13) El Dios de la Biblia no se atrinchera en el esplendor de los cielos. Participa de las dificultades de sus siervos y se dirige a ellos, a veces directamente, a veces por medio de sus mensajes. Pero su presencia, casi familiar, no resulta cómoda. Si se acerca a nosotros por amor, no es nunca en un compromiso incompatible con su santidad. Su proximidad no excluye su inmensidad; su amor no le impide ser también «fuego devorador» (Hebreos 12:29).

3. DIOS ESCONDIDO

Al acercarse a nosotros, Dios se rodea de misterio. Veamos, por ejemplo, el santuario que ordena construir en el desierto, a la salida de Egipto, para vivir en medio de su pueblo (Éxodo 25:8). Después de más de cuatro siglos bajo la dominación extranjera, se impone una revisión. La idea de Dios debe ser aclarada, purificada. Israel tiene todavía la vista enturbiada por las imágenes paganas. El verdadero Dios debe manifestarse. Entonces, las grandes líneas del plan concebido para la salvación del hombre son presentadas concretamente en diversos aspectos del santuario. Y la primera verdad reside precisamente en el hecho de que Dios está presente. Ahora bien, el lugar mismo en el que permanece es un lugar secreto. Es en el lugar santísimo, entre dos querubi-

² (N. del T.) Versión de Cantera-Iglesias.

nes situados sobre la tapa del arca de la alianza, donde YAHVEH se encuentra con su pueblo. Cualquier acceso a este lugar está prohibido, excepto para el sumo sacerdote, autorizado a penetrar en él una vez al año, mientras el pueblo, angustiado, le espera orando en el atrio.

Así, Dios se esconde al mismo tiempo que se manifiesta. Se ve la cuando se desvela. El profeta Isaías, extraordinario cantor de la soberanía divina, no duda en escribir, mostrando el contraste: «Tú eres el Dios escondido, el Dios de Israel, el Salvador» (Isaías 45:15).³ El salmista, por su parte, se muestra consternado: «¿Por qué te quedas lejos, Señor, y te escondes en el momento del aprieto?» (Salmos 10:1). «¿Hasta cuándo, Señor, seguirás olvidándome, hasta cuándo me esconderás tu rostro? ¿Hasta cuándo he de estar cavilando con el corazón apenado todo el día? ¿Hasta cuándo va a triunfar mi enemigo?» (Salmos 13:2 y 3). «¿Hasta cuándo, Señor, estarás escondido y arderá como fuego tu cólera?» (Salmos 89:47).

El salmista recuerda que la liberación se hace esperar a veces durante mucho tiempo. En esas circunstancias, el Eterno parece velar su rostro. Se esconde. El alma del creyente oscila entonces entre la esperanza y la desesperación. Se trata del conflicto entre la fe en Dios y la evidencia de una situación catastrófica. El gran interés de estos pasajes consiste en mostrar que, para el escritor sagrado, existe una auténtica incompatibilidad entre Dios y el infortunio. Cuando la desgracia sobreviene, Dios parece estar ausente.

En relación con este pensamiento, Simone Weil, que nos ha descrito su inolvidable búsqueda de Dios, escribe: «La desdicha hace que Dios esté ausente durante un tiempo, más ausente que un muerto, más ausente que la luz en una oscura mazmorra. Una especie de horror inunda toda el alma y durante esta ausencia no hay nada que amar. Y lo más terrible es que si, en estas tinieblas en las que no hay nada que amar, el alma deja de amar, la ausencia de Dios se hace definitiva. Es preciso que el alma continúe

³ (N. del T.) Versión de la *Biblia del Peregrino*, traducción de Luis Alonso Schökel.

amando en el vacío, o que, al menos, desee amar, aunque sea con una parte infinitesimal de sí misma. Entonces Dios vendrá un día a mostrarsele y a revelar la belleza del mundo, como ocurrió en el caso de Job. Pero si el alma deja de amar, cae en algo muy semejante al infierno».⁴

Según la escritura, Dios se esconde más a menudo de lo que pensamos y de lo que quisiéramos. Nadie duda que Moisés disfrutó de una gran intimidad con el Señor: conversaba con él como un hombre con su amigo. Y, sin embargo, Dios no quiso que Moisés viera su cara. El gran hombre es invitado a ocultarse en el hueco de un peñasco mientras pasa el Señor (Éxodo 33:18-23). Él no verá de Dios más que su «espalda», su «rastros», su «estela»... Sin embargo, está seguro de haber visto a Dios con una especie de pavimento de zafiro, como el mismo cielo, bajo sus pies (Éxodo 24:10).

Es indudable que Elías se muestra muy atento y muy obediente a lo que el Señor le ordena frente a la ruindad de Acab y de Jezabel. Y, sin embargo, el Señor no le descubre su poder cuando se refugia, en la cueva, en plena zozobra espiritual (1 Reyes 19:8-15). No hay duda, tampoco, de que Pablo ha disfrutado de una revelación privilegiada. Arrebatado hasta el tercer cielo, oyó palabras inefables que a un hombre no le está permitido expresar (2 Corintios 12:2-4). Y, sin embargo, afligido por un punzante aguijón en su carne, el apóstol ha rogado tres veces al señor que se lo quite (2 Corintios 12:7 y 8), pero la intervención de Dios se limita a una afirmación tranquilizadora: «Te basta con mi gracia, la fuerza se realiza en la debilidad».

En situaciones parecidas, la espera de los creyentes podría ser cruelmente defraudada. Pero, visto de cerca, todo es menos desalentador de lo que parece al principio. Ver «un rastros», como en el caso de Moisés, infunde la certeza de que hay alguien por allí. Las zarzas crepitan, anunciando la proximidad del Señor. Pronto se reanudará la conversación. Porque ser sensible a un murmullo, como Elías, es percibir lo que la Palabra de Dios tiene

⁴ WEIL, Simone, *A la espera de Dios*, Madrid: Trotta, 1983, p. 77.

de más auténtico y, paradójicamente, de más fuerte. Llevar un aguijón, como debe hacerlo san Pablo, es más fácil en la medida en que recibe la seguridad de estar inmerso, a pesar de todo, en la gracia del Señor. El rostro de Dios acompaña a Moisés, Elías, Pablo y a todos aquellos que forman con ellos la gran nube de testigos cuya fe resiste a la ausencia. En el fondo, la fe ¿no es acaso el corolario de la ausencia? En presencia de alguien, se recurre a los sentidos, no a la fe.

Estamos confrontados a una extraña tensión difícil de comprender, más difícil aún de describir, entre Dios que no está plenamente presente y Dios que hace señas como para decirnos: «¡Estoy aquí, no desesperes, no pierdas la confianza, incluso si las circunstancias me impiden, de momento, ser plenamente todo y en todos!».

Mi corazón ya está confortado; pero mi razón sigue haciéndose preguntas. ¿Dios no es omnipresente, presente siempre y en todas partes? Sí, sin duda; a través de las leyes que ha creado. Luego, de una forma impersonal. Pero regresemos a la experiencia de Elías en la cueva adonde lo ha llevado su desaliento. «Sólo quedo yo, y me buscan para matarme». Entonces, Dios dice: «Sal y ponte de pie en el monte ante el Señor. ¡El Señor va a pasar! Vino un huracán tan violento, que descuajaba los montes y hacía trizas las peñas delante del Señor; pero el Señor no estaba en el viento. Después del viento vino un terremoto; pero el Señor no estaba en el terremoto. Después del terremoto vino un fuego; pero el Señor no estaba en el fuego. Después del fuego se oyó una brisa tenue; al sentirla, Elías se tapó el rostro con el manto, salió afuera y se puso en pie a la entrada de la cueva» (1 Reyes 19:10-13).

Este texto es claro, y su revelación muy valiosa. Como ser personal, Padre de los hombres, Dios no está en los terremotos, en la tempestad o en los incendios. No hemos de buscarle en los cataclismos. Además, este texto es maravilloso. Qué paciencia y qué perseverancia no le hacen falta al Dios vivo para que una conciencia humana sea capaz de apreciar su revelación, no en el tumulto de las fuerzas de la naturaleza sino en el suave murmullo

que viene a acariciar al alma abatida y a ayudarla a creer en una invisible ternura.

No olvidemos que, al prohibir al hombre hacerse representaciones de Dios, el segundo de los diez mandamientos no apunta solamente a la fabricación de ídolos de piedra, de yeso o de plata. Se refiere también a las ideas. Porque ídolo e idea son palabras que derivan de la misma raíz. Todas las definiciones, todas las descripciones de Dios son peligrosas. Se advierte así tanto a los filósofos y a los teólogos como a los artistas. Asumimos un gran riesgo al hablar de Dios.

Sin duda alguna, estamos abordando un tema difícil, incluso escabroso. Con razón para los judíos el nombre de Dios es impronunciable, formado por cuatro consonantes sin vocales. Nuestra inteligencia humana, natural, es estructuralmente incapaz de concebir a Dios. Sólo la fe puede aprehenderlo (Hebreos 11:6). Cualquier teoría cerrada acerca de Dios, que es infinito, lo aprisiona. Aquí se impone, más que en cualquier otra parte, la humildad.

Atrevámonos, a pesar de todo, a comprenderlo mejor. En la creación, sólo el hombre dispone de libertad. Incluso si Dios conoce anticipadamente nuestro destino, nosotros lo concebimos y lo vivimos libremente, como el resultado de nuestras elecciones, de nuestras decisiones. No existe nada comparable en el mundo material. El hombre se realiza según su libertad, la materia vive automáticamente, según su naturaleza. Funciona de acuerdo con un mecanismo preestablecido, imperturbable.

Como escribe también Simone Weil: «No es que la providencia de Dios esté ausente. Es por su providencia por lo que Dios ha querido la necesidad como un mecanismo ciego [...]. La materia es total pasividad y, por consiguiente, total obediencia a la voluntad de Dios. Para nosotros, un modelo perfecto [...] Nada es tan bello como la gravedad en los pliegues fugaces de las olas del mar o en los casi eternos de las montañas. El mar no es menos bello a nuestros ojos porque sepamos que a veces los barcos zozobran. Por el contrario, resulta aún más bello. Si modificara el movimiento de sus olas para salvar a un barco, sería un ser dotado de discernimiento y capacidad de elección y no ese fluido per-

fectamente obediente a todas las presiones exteriores. Es esa obediencia perfecta lo que constituye su belleza».⁵

François Varone, antiguo director del seminario diocesano de Sion, en Friburgo (Suiza), ha escrito un libro con ideas sugerentes, y a veces atrevidas, titulado *El Dios ausente. Reacciones religiosas, atea y creyente*. Veamos cómo describe él el estado de la creación: «Dios crea para hacer existir, dejar existir y entregar a la existencia. Su don de creación es y sigue siendo siempre radicalmente primero, incondicionado. Dios no hace, pues, depender su creación de la calidad del acontecimiento que vaya a surgir de ella. Existen los dramas físicos: catástrofes, accidentes. Y existirán los dramas morales: violencia, miserias, humillaciones».⁶

La creación conlleva una buena parte de necesidad mecánica motivada por la pasividad de la materia, a la que Simone Weil llama su obediencia. No olvidemos entretanto –y es esencial– que Dios había dotado al hombre de la sabiduría necesaria para reinar en el mundo en una armonía perfecta. El drama moral depende de la caída, que ha privado al hombre de su relación directa con el Creador. ¿Es inconcebible que el drama físico proceda de la misma causa? ¿Cómo podría un piloto incompetente, inexperto, distraído o enfermo, asegurar al avión un vuelo apacible y sin problemas? Convertido en pecador, el hombre encargado por Dios para conducir el mundo ya no está en condiciones de desempeñar correctamente su tarea. Se parece a un piloto incompetente.

«No es sorprendente que seres inocentes sean asesinados, torturados, desterrados, reducidos a la miseria o a la esclavitud, encerrados en campos de concentración o en calabozos, puesto que existen criminales capaces de llevar a cabo esas acciones. No es sorprendente tampoco que la enfermedad imponga largos sufrimientos que paralizan la vida y hacen de ella una imagen de la muerte, puesto que la naturaleza está sometida a un juego ciego de necesidades mecánicas».⁷

⁵ WEIL, Simone, *op. cit.*, pp. 79 y 81.

⁶ VARONE, François, *El Dios ausente. Reacciones religiosas, atea y creyente*. Santander: Sal Terrae, 1987, p. 92.

⁷ WEIL, Simone, *op. cit.*, p. 76.

Hablando del Dios vivo, que ha hecho el cielo, la tierra, el mar y todo lo que se encuentra en ellos, Pablo añade: «En las pasadas edades él dejó que cada pueblo siguiera su camino; aunque siempre se dio a conocer por sus beneficios, mandándoos desde el cielo estaciones fértiles, lluvias y cosechas, dándoos comida y alegría en abundancia» (Hechos 14:15-17).

La ausencia de Dios es el desarrollo mecánico de las leyes físicas y morales, que Dios no puede interrumpir constantemente para corregir los errores humanos. La presencia de Dios es, a pesar de todo, el testimonio permanente de lo que él es; haciendo el bien y acabando todas las cosas para que, incluso de un mal, pueda hacer salir un bien (Génesis 50:20).

Para el hijo pródigo, el padre permanece escondido en su hogar. No por indiferencia, sino por respeto. Corresponde al hijo cambiar libremente su decisión por una nueva iniciativa. El padre no espera otra cosa. Pero, para no comprometer la libertad de su hijo, debe esperar a que el arrepentimiento produzca su efecto. Por contra, qué alivio, qué alegría para él lanzarse al encuentro de su hijo desde que lo distingue a lo lejos. Cuando se esconde, Dios retiene su amor, oteando la ocasión de volver a mostrarlo de nuevo.

4. DIOS TODOPODEROSO

Así pues, Dios, a veces, se esconde. Ocupa su trono en el cielo aureolado por una luz eterna. Lo que no le impide estar también en la tierra, entre nosotros. Pero no siempre presente de modo explícito. Cuando Dios se esconde, es como si estuviera ausente. Y alguien que no está no puede ser considerado responsable. Y, sin embargo, ¿no es él el Todopoderoso, el autor invisible de todo lo que sucede? ¿No es a Dios a quien atribuimos generalmente el nacimiento y la muerte? Nos hallamos aquí frente a una faceta nueva del enigma del sufrimiento. No podemos en modo alguno pasar por alto el famoso dilema: o Dios puede y no quiere, o quiere pero no puede.

Si tiene la posibilidad de impedir la desgracia y no lo hace, es porque no quiere. ¿En qué se convierte entonces su amor? Por el

contrario, si quiere, por amor, impedir el infortunio y no lo hace, es porque no puede. Pero entonces, ¿en qué se convierte su omnipotencia? Sin embargo, ¿qué sería de un Dios sin omnipotencia?

El problema es más delicado de lo que parece a simple vista. Nos exponemos a convertirnos en prisioneros de nuestras propias palabras. Si, en virtud de su omnipotencia, Dios es concebido como la causa real y personal de todo lo que sucede, desaparece toda la autonomía de la criatura. La libertad del hombre se desvanece. Hay que ensalzar a Dios por el bien y acusarlo por el mal. Caemos entonces en el panteísmo. En cambio, esta enseñanza está en flagrante contradicción con la revelación bíblica en que la criatura aparece como responsable del mal.

De hecho, una ojeada a una concordancia griega del Nuevo Testamento muestra que la expresión «todopoderoso» se emplea muy pocas veces. Aparte de 2 Corintios 6:18, la encontramos sólo en Apocalipsis. Sin embargo, este extraordinario libro desvela sobre todo la destrucción del mal, la transformación de nuestro mundo en Reino, en el cual se despliega totalmente la omnipotencia de Dios y reina de modo soberano, para la felicidad de los hombres y de los ángeles. El significado de la omnipotencia es esencialmente escatológico. Dicho de otro modo, Dios se afana en restablecer su reino, encubierto temporalmente a causa de la rebelión de sus hijos.

Éste es también el sentido del texto de Pablo: «Y seré para vosotros un padre, y vosotros seréis para mí hijos e hijas, dice [el] Señor todopoderoso» (2 Corintios 6:18)⁸. Estamos en plena prospectiva. Extraordinaria visión de futuro donde Dios será al fin «todo en todos» (1 Corintios 15:28).⁹

Indudablemente, no pensamos poner en duda el poder de Dios: «Porque él lo dijo, y existió; él lo mandó, y surgió» (Salmos 33:9); «El Señor todo lo que quiere lo hace, en el cielo y en la tierra, en los mares y los océanos» (Salmos 135:6). Él es «el Señor de los

⁸ (N. del T.) Versión de Cantera-Iglesias.

⁹ (N. del T.) Versión de la *Biblia del Peregrino*, traducción de Luis Alonso Schökel.

señores» (Salmos 136:3), *El Shaddai*, el Dios todopoderoso (Génesis 17:1). «El sentido exacto de este nombre divino permanece oculto en el misterio. La idea de omnipotencia corresponde entretanto a la transmitida por la mayoría de textos donde aparece esta palabra (cf. Isaías 13:6; Joel 1:15). Distintas hipótesis etimológicas conducen a traducciones como “Dios de la tempestad”, “Dios de las montañas”, o “aquel que se basta a sí mismo”». ¹⁰ Jesús afirma que para Dios todo es posible (Mateo 19:26) y Pablo lo llama «único soberano, rey de reyes y señor de señores, único que posee la inmortalidad, que habita en una luz inaccesible, a quien nadie ha visto ni puede ver. A él honor y dominio eterno» (1 Timoteo 6:15,16).

Todo se complica en cuanto intentamos definir la omnipotencia. ¿Puede Dios hacer que el pasado no haya existido? ¿Puede cumplir lo que no cumplió? ¿Podría hacerlo mejor de lo que lo hace? ¿Puede hacer que un círculo sea cuadrado? ¿Puede hacer que el mal sea bien? En este tipo de debates, las discusiones son interminables y estériles.

Como observó acertadamente el teólogo suizo Emil Brunner: «El conjunto natural de lo creado supone, en cierto modo, que Dios ha condicionado o limitado su omnipotencia [...] Dios se limita a sí mismo al crear algo que no es él mismo, un ser a quien confiere una autonomía relativa. Dios se impone a sí mismo este límite; por consiguiente, sigue siendo libre de abolirlo. Él lo ha creado, él se limita para que un ser creado pueda encontrar un lugar a su lado; que en él y a él pueda revelarse y comunicarse». ¹¹

El límite en cuestión no es impuesto a Dios desde afuera, sino desde dentro, por su propia voluntad. Luego, en principio, la omnipotencia de Dios es absoluta. Pero, de hecho, Dios sólo puede hacer lo que quiere. «Nuestro Dios está en el cielo, lo que quiere lo hace» (Salmos 115:3).

¹⁰ MICHAELI, Frank, *Le livre de la Genèse*, París: Delachaux et Niestlé, 1960, p. 42.

¹¹ BRUNNER, Emil, *La doctrine chrétienne de Dieu. Dogmatique*, Ginebra: Labor et Fides, 1964, t.1, p. 272.

Ahora bien, a veces el límite entre querer y poder se hace muy tenue. Tomemos un ejemplo muy sencillo. Cuando yo enseñaba, apreciaba a mis alumnos. Estaba contento cuando podía ponerles buenas notas. Un día tuve que calificar un examen completamente erróneo. El alumno no había trabajado lo suficiente. No pudo obtener su diploma y fue dramático. Pensemos en mi posición. En principio, nada ni nadie me impedían cerrar los ojos ante los errores concediendo a pesar de todo una nota suficiente. Nada ni nadie, excepto mi conciencia. Yo podía pero no quería. Debido al mal trabajo, no podía. A causa de mi conciencia, yo no quería. Mi poder estaba limitado por la mala calidad del trabajo, porque mi voluntad no podía falsear la realidad. Así, con frecuencia, el querer y el poder están estrechamente ligados. Salvando las distancias, le sucede lo mismo a Dios. Su poder está implicado en su voluntad.

Apliquemos esta observación a la historia de Job. A todas luces, Dios habría podido «taparle la boca» a Satanás. Pero por el bien final de todos no podía quererlo. Como hemos advertido ya, Dios está, en la práctica, condicionado por la libertad de sus criaturas, tanto en el cielo como en la tierra. Él debe a veces querer, en realidad, situaciones que en principio lo contrarían; y con las que sin duda es el primero en sufrir. Obviamente, Dios tiene en cuenta las circunstancias.

El ejemplo más sublime, en el que la limitación de Dios por sí mismo alcanza su plenitud, creo que es la cruz de Jesucristo, donde Dios da al mundo a su Hijo amado. Allí, Dios se abandona a la oposición de los hombres entregándoles a aquél en quien él ha puesto todo su afecto. Nada contradice más la concepción humana de la omnipotencia, ya que todos los hombres lo rechazan. Pero, como dice también Emil Brunner: «Dios es hasta tal punto soberano sobre la marcha del mundo que utiliza la resistencia máxima a su voluntad para cumplir su revelación y manifestar su dominio».¹²

San Pablo lo había entendido perfectamente. Veamos su testimonio: «Mirad, cuando Dios mostró su saber, el mundo no reco-

¹² BRUNNER, Emil, *op. cit.*, t. 1, p. 276.

noció a Dios a través del saber; por eso Dios tuvo a bien salvar a los que creen con esa locura que predicamos. Pues mientras los judíos piden señales y los griegos buscan saber, nosotros predicamos un Mesías crucificado, para los judíos un escándalo, para los paganos una locura; en cambio, para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Mesías que es portento de Dios y saber de Dios: porque la locura de Dios es más sabia que los hombres y la debilidad de Dios más potente que los hombres» (1 Corintios 1:21-25). Sí, Dios ha escogido lo débil del mundo para humillar a los fuertes. De su terrible derrota surge su victoria definitiva.

Lo que la fe espera es que Dios esté en condiciones de cumplir perfectamente el propósito de su amor salvador. La omnipotencia divina es la facultad en virtud de la cual él ejecuta de manera victoriosa el plan de la salvación. La Escritura nos lo muestra siempre paciente, perseverante, sufriente. Espíritu de amor y de bondad, en lucha con temibles necesidades, trabaja hasta la muerte para subyugarlas. El combate de la fe consiste para el creyente en entrar con él en esta lucha.

Jesús nos enseña a orar para que venga el reino de Dios (Mateo 6:10). Esto prueba que Dios no reina. No, Dios no reina sobre nuestra tierra impregnada de sudor y de sangre, y que, a pesar de las flores y las mariposas, permanece bañada en lágrimas. Si fuera efectivamente todopoderoso, su voluntad se haría sobre la tierra como en el cielo. Y no tendríamos que orar para que venga este tiempo nuevo, este mundo nuevo. Porque el reino de Dios no es el mejor de los mundos posibles aquí abajo, sino la renovación total de la creación, la reparación de todos los desgarrs, el consuelo de todos los duelos, la destrucción de todos los destructores.

El futuro es de Dios. En esa dirección, él puede todo lo que se ajusta a su voluntad. Nuestra esperanza no es problemática. Rechaza toda incertidumbre, desarraiga todo temor. Porque viene el reino de la omnipotencia divina. En Cristo descubrimos una visión nueva de Dios, donde la fuerza aparece en la debilidad. Después de la cruz, la resurrección. Tras la ruina del mundo, nuevos cielos y nueva tierra donde habitará la justicia. Oímos ya el

ruido de una llave hurgando en la cerradura de una puerta que pronto se abrirá. Alguien se ocupa de nosotros. La humanidad no está huérfana.

5. DIOS SUFRE

En general, los teólogos han admitido, a lo largo de los siglos, que Dios no experimenta ni pasión ni sufrimiento. Impregnado por las grandes ideas de la filosofía griega, el pensamiento cristiano ha pretendido a menudo que Dios es «apático», es decir, incapaz de sentir emociones. Como si atributos como el movimiento, el cambio y el sufrimiento no pudieran alcanzarle. San Agustín dice de él: «Dios tiene un celo sin envidia, se enoja sin alterarse, tiene piedad sin sufrir, se arrepiente sin tener necesidad de recuperarse de ningún mal, es paciente sin padecer».¹³

Desde luego, cuando el hombre, incluso siendo inspirado, habla de Dios, hay que hacerle un lugar importante al antropomorfismo. Esto resulta especialmente cierto cuando se describen sus atributos corporales, sus acciones, sus sentimientos. No puede ser de otro modo; y es tanto más destacable cuando, incluso en las representaciones antropomórficas más atrevidas, los autores bíblicos nunca presentan un Dios cuya conducta y cuyos sentimientos comportarían reproches y falta de respeto hacia los hombres. Incluso las alusiones a su cólera, a sus celos, a su venganza, a su odio, tienen siempre un motivo moral en relación con la infidelidad de su pueblo. Se trata de expresiones de su santidad, con la preocupación de salvaguardar su soberanía, su justicia y su honor. Dios no participa jamás en las debilidades y en los pecados de los hombres.

Por el contrario, quien lee la Biblia sin ninguna idea preconcebida no puede dejar de percibir el interés apasionado que muestra en su creación. Ha cumplido con el hombre hasta asumir los riesgos que lo han conducido a la cruz del Calvario. Después de

¹³ Citado en el *Dictionnaire de théologie catholique*, artículo «Anthropomorphisme».

la caída, busca a Adán y Eva para emprender su regeneración. Son numerosas las circunstancias en que comparte el sufrimiento de sus hijos. No hay nada más conmovedor que oírle decir: «He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos» (Éxodo 3:7).

Más tarde, los profetas parecen competir al describir la profundidad de los sentimientos de Dios hacia su pueblo. «Pero con benevolencia eterna me apiadaré de ti» (Isaías 54:8).¹⁴ Refiriéndose a Efraín declara: «Se me conmueven las entrañas y cedo a la compasión» (Jeremías 31:20). «La misericordia del Señor no termina y no se acaba su compasión» (Lamentaciones 3:22). «Me da un vuelco el corazón, se me revuelven todas las entrañas. No cederé al ardor de mi cólera» (Oseas 11:8 y 9).

Qué agradable es, en plena prueba, poder volverse hacia él con la seguridad de que se compadece. Un Dios insensible, amorfo, apático, no sabría ser mi Padre celestial. Necesito poder entregar mi corazón a su ternura y mis lágrimas a su consuelo. El Dios de la Biblia, mi Dios, no es impasible frente al sufrimiento. No está arropado por una dignidad sin entrañas. Sufre conmigo, lleva conmigo mi sufrimiento. Hasta que éste desaparezca, definitivamente, en su reino de gloria.

6. DIOS HECHO CARNE

Todo lo que el Antiguo Testamento nos enseña acerca de Dios, se precisa y se personaliza en el Nuevo Testamento. Llegamos así a la revelación más conmovedora. En verdad, todo el peso del testimonio de las Escrituras tiene que ver con la voluntad del Altísimo de encontrarnos aquí donde estamos, en nuestra condición efímera, a menudo envenenada con preocupaciones y con penas. Dios no está de un lado y el hombre del otro, cada uno en su territorio. Por definición, las religiones quieren tender puentes entre el hombre y Dios. En realidad, según la Biblia, es Dios quien viene al encuentro del hombre.

¹⁴ (N. del T.) Versión de Cantera-Iglesias.

En plena angustia, el pueblo de Israel dirigió al cielo una patética oración: «Señor, ¿por qué nos extravías lejos de tus caminos [...] Vuélvete, por amor a tus siervos [...] Hace tiempo que somos los que tú no gobiernas, los que no llevamos tu nombre. ¡Ojalá rasgases el cielo y bajases...» (Isaías 63:17 y 19). ¿No es precisamente lo que Dios hizo en reiteradas ocasiones? David lo había comprendido ya. Liberado de sus enemigos, escribió las palabras de un sublime cántico: «Yahveh es mi peña, mi defensa y mi libertador, Dios mío, mi roca en que me acojo; mi escudo, mi cuerno de salvación, mi baluarte y mi refugio. [...] Los cielos inclinó, descendió luego» (2 Samuel 22:2, 3 y 10).¹⁵ No acabaríamos nunca de citar los textos que describen este movimiento de Dios viniendo hacia nosotros.

Como bien dijo Jacques de Senarclens: «Dios no nos deja huir delante de él; nos alcanza y viene a colocarse a nuestro lado para resolver nuestro propio problema. La palabra gracia, de la cual se han dado a menudo explicaciones vagas y abstractas, designa en realidad este increíble desplazamiento de Dios para entrar él mismo personalmente en nuestro combate y triunfar con nosotros».¹⁶

«Y la Palabra se hizo carne», escribe el apóstol Juan (Juan 1:14).¹⁷ Son pocas palabras, muy sencillas, para decir algo inmenso. La Palabra que estaba con Dios, y que era Dios, ha descendido hasta nosotros, para vivir en nuestra propia condición. En él, la solidaridad de Dios con nosotros alcanza su punto límite, de modo que él lleva nuestras enfermedades, nuestros pecados, nuestras luchas, nuestros sufrimientos. Hasta la renuncia total en la cruz. Con Jesús, el cielo se ha encontrado con la tierra. ¿Cómo ha comprendido él nuestros sufrimientos?

¹⁵ (N. del T.) Versión de Cantera-Iglesias.

¹⁶ SENARCLENS, Jacques de, *op. cit.*, p. 13.

¹⁷ (N. del T.) Versión de Cantera-Iglesias.

7. DIOS Y LOS ACONTECIMIENTOS

¿Debemos ver la mano de Dios en los acontecimientos? ¿Dependen de Él? Se trata de una pregunta aparentemente trivial y, sin embargo, de gran trascendencia. Si la respuesta es afirmativa, ¿qué sucede con la libertad del hombre, con su responsabilidad? ¿No es el hombre entonces como un corcho en el agua? ¿Cómo comprender el escándalo del mal? ¿Dios no es responsable? Si, por el contrario, negamos la presencia de Dios en los acontecimientos, ¿de dónde proceden éstos? ¿Existe otra fuerza inicial, otra fuente de energía? Nos arriesgamos a caer en el dualismo antibíblico. Si Dios está ausente de los acontecimientos, ¿cómo se explican algunos milagros y, sobre todo, las profecías de la Biblia? ¿Quién puede garantizar todavía la victoria final de Dios?

Hemos de reconocer que esa disyuntiva es falsa. Bíblicamente, se puede afirmar todo, tanto la presencia como la ausencia de Dios en los acontecimientos. Ciertamente, todo procede de él. Sin él nada existe. Lo hemos visto ya. Pero a menudo sucede que el hombre, ascendido por Dios a la categoría de colaborador, no está a la altura de los objetivos del Creador. «Elige la vida, y viviréis tú y tu descendencia, amando al Señor, tu Dios, escuchando su voz» (Deuteronomio 30:20). Es un llamamiento apremiante. Pero Dios permite a las naciones seguir sus propios caminos (Hechos 14:16).

Desde ese momento, se impone una distinción fundamental: no hay que confundir la voluntad de derecho con la voluntad de hecho. La primera corresponde al ideal divino. La segunda está determinada por las circunstancias. Esta última es la adaptación de Dios a las acciones de los hombres en función de su libertad. Por un lado, el Dios trascendente, y, por el otro, el Dios inmanente. Por un lado, el Dios personal, el Padre del cielo, y, por el otro, el Dios legislador, impersonal, que gobierna todas las cosas en función de sus leyes y de nuestras elecciones.

En la realidad cotidiana, no puede hacerse nada sin Dios. Todo lo creado recibe la vida de él. Incluso el que se conduce mal lo hace con las fuerzas recibidas del Creador. Quitad a Dios y lo qui-

taréis todo. Pero cuando triunfa el mal, la Biblia afirma que Dios ya no reina. Es Satanás quien usurpa su lugar. Jesús le llama el príncipe de este mundo. Debemos, pues, orar para que venga el reino de Dios. Entonces, según la hermosa expresión propuesta por el apóstol Pablo, Dios será de nuevo «todo en todos» (1 Corintios 15:28).¹⁸

8. DIOS Y LOS ACONTECIMIENTOS SEGÚN JESÚS

Los pajarillos y nuestros cabellos (Mateo 10:29-31)

Jesús exhorta a sus apóstoles a confesar su nombre delante de los hombres. Tal vez surgirán dificultades, incluso persecuciones. Debemos asumir el miedo de los hombres con la seguridad de que nuestro destino está en las manos de Dios. Al mencionar las amenazas, desdichadamente reales, Jesús añade: «¿No se venden un par de gorriones por unos cuartos? Y, sin embargo, ni uno solo caerá al suelo sin que lo disponga vuestro Padre. Pues de vosotros, hasta los pelos de la cabeza están contados».

Esta traducción sugiere claramente que ningún pájaro cae al suelo sin que Dios lo quiera. Sin embargo, la expresión «que lo disponga» no se encuentra en el original, que dice «sin vuestro Padre» y no «sin que lo disponga vuestro Padre». He aquí, pues, en mi opinión, el mensaje que Jesús quiere transmitir: nuestro Padre del cielo no es insensible a lo que sucede en la tierra. Incluso los acontecimientos más insignificantes, como la caída de un pájaro o de un cabello, le afectan.

Comprendido así, este texto no ofrece ningún apoyo a aquellos que hacen intervenir la voluntad de Dios cuando nos hallamos ante situaciones adversas. Se descartan así muchas preguntas dolorosas. Es inútil preguntarse si Dios ha querido la desgracia, la enfermedad, la angustia que nos abruma. Resulta inútil suponer

¹⁸ (N. del T.) Versión la *Biblia del Peregrino*, traducción de Luis Alonso Schökel.

al Señor cómplice de todas las violencias que desgarran el mundo. Dejemos ya de acusar a Dios.

Jesús dice «ni uno sin vuestro Padre». Ni uno sin significa con. Donde se produce la aflicción, se nos promete la presencia del Señor. Dios está junto a nosotros, con todas nuestras desgracias, efímeras o irresolubles. A veces, él devuelve el aliento al pájaro herido, que reanuda el vuelo. A veces, él conforta, al acercarse la muerte, y recoge el último aliento. Con Dios, incluso la muerte adquiere sentido.

Dos acontecimientos trágicos (Lucas 13:1-5)

Lucas ha reunido en el capítulo 12 de su evangelio varios discursos del Maestro referidos a la salvación de los hombres. Son discursos impregnados de realismo. No nos confundamos: hacerse cristiano no nos resguarda automáticamente de las dificultades. Sin embargo, la presencia del Señor está asegurada, incluso en plena tormenta. Lucas cita al respecto la historia de los pajarillos que acabamos de comentar. Añade el ejemplo de los lirios del campo: «ni hilan ni tejen, y os digo que ni Salomón en todo su fasto estaba vestido como cualquiera de ellos». ¿Por qué preocuparse entonces? Jesús opone a las preocupaciones, no la negligencia o la pereza, sino la fe. Lo esencial es no adormecerse. Más aún cuando la venida de Cristo a un mundo rebelde provoca una tensión dramática. Bienaventurados aquellos que se esfuerzan en discernir las señales de los tiempos (Lucas 12:54-56).

Después de esta exhortación a la vigilancia, Lucas relata dos incidentes a partir de los cuales Jesús precisó sus ideas sobre las situaciones dolorosas. Se ha producido una revuelta en Jerusalén. La policía de Pilato ha apresado a un grupo de galileos que habían venido a ofrecer sacrificios. La guarnición romana los ha ejecutado. Tomando la palabra, Jesús pregunta: «¿Pensáis que los galileos eran más pecadores que los demás porque acabaron así? Os digo que no; y si no os enmendáis, todos vosotros pereceréis también» (Lucas 13:2 y 3).

Después del martirio de los inocentes, se menciona un accidente estúpido: se ha desplomado la torre de Siloé y ha matado a dieciocho personas: «¿Pensáis que eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén? –pregunta el Maestro–. Os digo que no; y si no os enmendáis, todos vosotros pereceréis también» (Lucas 13:4 y 5). Estas dos historias se sitúan en la línea de los sermones pronunciados por los amigos de Job. En su trama encontramos de nuevo el argumento de la retribución: quien sufre está pagando por sus faltas. Esta es la actitud general de las religiones.

No insistimos acerca de la presencia impersonal de Dios en el núcleo de cualquier acción, buena o mala, por medio del juego mecánico e imperturbable de las leyes. Ni de la cuestión de que incluso el mal se realiza con las fuerzas positivas que Dios da. Pero importa aquí subrayar la postura categórica que Jesús adopta. Para él, Dios estaba ausente tanto de la masacre como del accidente. Los galileos no han sido ejecutados por la voluntad del Altísimo, ni las víctimas de la torre han sido aplastadas por aquella. La desgracia que ha golpeado a estos hombres no tiene nada que ver con su culpabilidad. Jesús prohíbe severamente el juicio sin indulgencia que a menudo estamos tentados de emitir sobre las víctimas de una tragedia. Nuestro sufrimiento no es la medida de nuestra culpabilidad. Esta falsa teología es injusta para los desventurados, y peligrosa para los más afortunados, ya que los confirma en una seguridad engañosa.

En cambio, y esto es esencial, un sufrimiento implica siempre una llamada al arrepentimiento. En efecto, si la prueba no procede necesariamente de nuestras faltas personales, el pecado es quien, en verdad, ha introducido la muerte en la tierra (Romanos 5:12). El hombre ha recibido tanta autonomía que Dios mismo no puede, sin su colaboración, mantener el equilibrio y la armonía en la creación. Todo está ligado a todo. La falta de los unos recae sobre los otros. Quien no fuma es intoxicado por quienes fuman. Dependemos estrechamente unos de otros. Conviene pensar bien en ello. Todo ser proviene de dos seres, estos dos de cuatro, estos cuatro de ocho, y así sucesivamente. Así pues, todo hombre

es la punta de una pirámide de hombres y una especie de resultado de lo vivido por todos ellos. En consecuencia, el sufrimiento no es un castigo divino reservado a una acción en particular, sino que es siempre el resultado de la caída del género humano. Debemos tomar conciencia de que nuestro mundo es un mundo extraviado. Si no, nada puede impulsarnos hacia unos nuevos cielos y una nueva tierra.

Lo repetimos: «Dios encerró a todos en la desobediencia para tener misericordia de todos» (Romanos 11:32).¹⁹ Si nuestra vida transcurriera en el bienestar, seríamos víctimas de una ilusión fatal, sin preguntarnos por la existencia de otra realidad. Sin el arrepentimiento, moriremos todos igualmente. El arrepentimiento, según su nombre griego, es un cambio de mentalidad, otra visión del mundo y de la vida, una transformación completa de nuestro ser interior. Pero, cuando el interior cambia, el exterior lo sigue. «Porque cual es su pensamiento en su corazón, tal es él»²⁰ (Proverbios 23:7).

Un ciego de nacimiento (Juan 9)

Todo lo que acabamos de decir es corroborado por otro relato que aporta el apóstol Juan. Jesús y los suyos se encuentran con un hombre ciego de nacimiento. Es una buena ocasión para plantear la pregunta: «Maestro, ¿quién tuvo la culpa de que naciera ciego: él o sus padres?» Éste es nuestro problema, un problema sobre el cual hay desacuerdo, no sólo de una religión a otra, sino incluso entre hombres de la misma confesión. ¿Por qué la adversidad golpea a los hombres? Si el hombre ha nacido con sus dolencias a causa del pecado, ¿de dónde viene este pecado? ¿De sus padres? El Antiguo Testamento afirma que los hijos no escapan a las consecuencias de las acciones desafortunadas de sus padres (Éxodo 20:5, 34:7) y la herencia es un hecho comproba-

¹⁹ (N. del T.) Versión de Cantera-Iglesias.

²⁰ (N. del T.) Versión de Reina-Valera, revisión de 1960.

do, al menos desde el punto de vista físico. Pero, en el plano moral, Dios dice formalmente que no hace recaer las faltas de los padres sobre sus hijos, porque «el que peca es el que morirá» (Ezequiel 18:4).

Debemos reconocer no obstante que la herencia de las faltas de nuestros padres no se transmite en función de la gravedad de las faltas cometidas. Por ejemplo, el alcoholismo es sin duda alguna una falta desagradable, pero reconocido hoy como una triste enfermedad, cuyas causas diversas no son siempre imputables al alcohólico. Sin embargo, sus consecuencias hereditarias pueden ser muy graves. Por el contrario, no pocas faltas morales o espirituales mucho más terribles, como el orgullo, no tienen ninguna incidencia directa sobre la herencia física.

Por otra parte, la ecuación «sufrimiento igual a pecado» estaba tan arraigada que, en algunos círculos rabínicos, llegaban a preguntarse si el niño no podría haber cometido pecados en el seno materno.²¹ A menos que aquí hubiera una referencia a la reencarnación. No podemos explayarnos ahora en esta teoría. Exigiría una dilatada exposición que no tiene cabida en el marco de nuestro estudio. Citemos al menos algunas líneas de Lanza del Vasto, poco susceptible de prejuicio desfavorable puesto que vivió mucho tiempo en India como discípulo de Gandhi, de quien más tarde fue portavoz en Francia.

Sobre la reencarnación, Lanza del Vasto escribe: «Quiero hablar de esta explicación que consiste en decir que nosotros no vivimos una sola vida, sino varias; y que a través de esta serie de vidas, acumulamos méritos o deméritos. Nuestros deméritos acumulan castigos en las vidas siguientes, mientras que nosotros no recordamos ni siquiera los crímenes que cometimos. Pero esta explicación, bastante clara, no satisface nuestra concepción de la Divinidad, porque reduce la justicia divina a una especie de experimento con vasos comunicantes, a una especie de equilibrio

²¹ Cf. MOLLA, Claude F., *Le quatrième évangile*, Ginebra: Labor et Fides, 1977, p.129.

mecánico y natural».²² No hay duda de que nosotros no podemos admitir una pedagogía en la cual el castigo sería infligido después de olvidar la falta.

Por lo demás, la enseñanza de la Biblia sobre la muerte excluye radicalmente el regreso a otras vidas aquí abajo. Porque, dice el Sabio, los muertos «jamás tomarán parte en lo que se hace bajo el sol. [...] pues no se trabaja ni se planea, no hay conocer ni saber en el Abismo adonde te encaminas» (Eclesiastés 9:6, 10). El autor de la epístola a los Hebreos no es menos preciso: «Como es destino humano morir una vez y después ser juzgado» (Hebreos 9:27).²³ Si existiera la reencarnación, habría que mirar el mundo como una cárcel donde Dios haría sufrir a los hombres. El Evangelio, por el contrario, nos muestra una cruz, y esta cruz revela que Dios ha sufrido por los hombres. Así pues, nosotros no pagamos en esta vida las faltas cometidas en otra.

Jesús se expresa también en el mismo sentido. A la pregunta relacionada con las causas de la ceguera, su respuesta es tajante: «Ni él ni sus padres». Punto. Eso es todo. Se desestima la propuesta. Imposible ser más claro, más categórico. Como si exclamara más o menos: «Dejad de una vez por todas de razonar como lo hacéis, porque estáis equivocados».

Puesto que la causa se encuentra repartida por la humanidad entera, en todos los tiempos y en todas las latitudes, es imposible circunscribirla. Lo esencial es actuar de manera que él deje de participar en el pecado. Como dijo Jesús: «Si no os arrepentís, todos pereceréis lo mismo».²⁴ En lugar de perders en conjeturas sobre las causas del sufrimiento, esforzados más bien en descubrir su finalidad: No «¿por qué?», sino «¿para qué?».

Jesús puntualiza: «Para que se manifiesten en él las obras de Dios». Las obras del Padre se manifiestan a la vez en las enseñanzas del Hijo y en sus milagros, signos de la gloria de Dios. El

²² LANZA DEL VASTO, *Commentaire de l'Évangile*, París: Denoël, 1951, pp. 383 y 384.

²³ (N. del T.) Versión la *Biblia del Peregrino*, traducción de Luis Alonso Schökel.

²⁴ (N. del T.) Versión de Cantera-Iglesias.

milagro no va a presionar a la muchedumbre a reconocer en Jesús al Mesías. Sucede todo lo contrario. Al relato que sigue no le falta ironía. Los fariseos hacen esfuerzos grotescos para negar la evidencia. Pero, ¿qué sucede con el ciego?

Jesús cubre sus ojos con un lodo hecho con tierra y con saliva. Resulta sorprendente. La mayoría de las veces le basta dar una orden directamente o a distancia: «Carga con tu camilla y vete a tu casa» o «Ve, que tu hijo sigue vivo». ¿Por qué este unguento sobre los ojos enfermos? ¿Para ajustarse a la farmacopea de la época? Seguramente no. ¿Para referirse al acto creador de Dios modelando al hombre del polvo de la tierra (Génesis 2:7)? Tal vez. Pero hay más: el lodo que el ciego debe retirar de sus ojos con agua del estanque de Siloé representa la imagen del mal, del cual la ceguera es la consecuencia. En cuanto al agua de Siloé, apunta hacia Cristo, ya que el evangelista precisa que Siloé significa «el Enviado» (Juan 9:7).

Volvamos al texto: «Entonces escupió en tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego y le dijo: Ve a lavarte en la piscina de Siloé (que significa “el Enviado”). El ciego fue entonces a lavarse y volvió con vista» (Juan 9:6-8). El enviado es Jesús. Y Jesús es la luz de los hombres, aquél que ilumina. Debido a la caída, nacemos todos ciegos, considerando la existencia actual como la última realidad. En cambio, se nos ofrece otra vida, incorruptible, eterna, en el reino de Dios. En definitiva, el ciego de nacimiento constituye un tipo del hombre en general, que necesita a Cristo para acceder a la luz.

Repudiado por los hombres más religiosos de su tiempo, el enfermo, ya curado, se encuentra con su benefactor, quien le dice: «¿Tú crees en el Hijo del Hombre?» El respondió así: “¿Y quién es, Señor, para que crea en él?” Jesús le dijo: “Lo estás viendo: es el que habla contigo» Y él dijo: “Creo, Señor”. Y lo adoró» (Juan 9:35-38). Había recibido en su carne la señal de aquéllo que la gracia divina perfeccionaba entonces en él, como ella desea hacerlo en cada uno de nosotros.

«Jesús añadió: Yo he venido a este mundo para abrir un proceso; así, los que no ven, verán, y los que ven, quedarán ciegos»

(Juan 9:39). El verbo «ver» encierra aquí un doble sentido: ver con los ojos, y discernir por medio de la fe. Por otra parte, de forma natural, los hombres, sea cual sea la extensión y la profundidad de su conocimiento, yacen en las tinieblas. Ignoran su situación ante Dios y su verdadera razón de existir. Algunos reconocen su ceguera al encontrar a Cristo. Entonces, su existencia se transfigura. Otros, desgraciadamente, se obstinan en la ilusión de la lucidez, mientras pasan al lado de lo esencial.

Comprendido así, el sufrimiento, incluso escandaloso, puede contribuir a la eclosión de la gloria de Dios en nuestro interior, como lo hizo en el ciego de nacimiento (Juan 9:3, 38). En otro contexto muy distinto, el apóstol Pablo preguntaba a los gálatas: «¿Habéis padecido tanto, inútilmente? (¡Si es que ha sido inútilmente!)» (Gálatas 3:4).²⁵ Por su parte, Santiago exhorta: «Hermanos, en el sufrir y en la paciencia tomad por modelo a los Profetas que hablaron en nombre del Señor. Llamamos dichosos a los que tuvieron aguante. Habéis oído hablar del aguante de Job y ya veis el final que le dio el Señor, porque el Señor es compasivo y misericordioso» (Santiago 5:10, 11). Incluso siendo injusto, el sufrimiento puede ser útil.

²⁵ (N. del T.) Versión de Cantera-Iglesias.

Capítulo 8

Jesús solidario

1. SE COMPADECE

Una palabra expresa con claridad los sentimientos que Jesús experimentó hacia sus conciudadanos a lo largo de su ministerio en la tierra: compasión. Mientras recorría las ciudades y pueblos, enseñando en las sinagogas y predicando la buena nueva del reino, sanaba a los enfermos e imposibilitados. «Viendo al gentío –escribe Mateo– le dio lástima de ellos, porque andaban maltrechos y derrengados como ovejas sin pastor» (Mateo 9: 35-37).

Un tiempo después, cruzando Jericó, escuchó a dos ciegos que gritaban: «¡Ten compasión de nosotros, Señor, Hijo de David! [...] Jesús se detuvo, los llamó y les dijo: ¿Qué queréis que haga por vosotros? Le contestaron ellos: Señor, que se nos abran los ojos. Jesús sintió lástima y les tocó los ojos; al momento recobraron la vista» (Mateo 20:29-34).

Poco antes de su arresto, en la conclusión de un discurso que debió de resultarle muy doloroso, pero provocado por la dureza de corazón de sus oyentes, exclamó: «¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que se te envían! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos como la clueca reúne a sus pollitos bajo las alas, pero no habéis querido!» (Mateo 23:37). Podemos percibir la ternura que emana de este lamento, a pesar del juicio expresado. La gracia nunca exime de juicio. El juicio siempre va acompañado de la gracia.

2. LLORA

Desde este punto de vista, el versículo más corto de la Biblia es también el más elocuente: «Jesús lloró» (Juan 11:35).¹ Frente a

¹ (N. del T.) Versión de Cantera-Iglesias.

él, una cueva cerrada con una losa. Dentro, su amigo Lázaro, sepultado desde hacía cuatro días, en plena descomposición. ¿Por qué, pues, llorar en el mismo instante en que iba a vencer a la muerte? Jesús experimenta entonces el dolor de todos nuestros duelos. Camina con Marta y María en el valle sombrío de la muerte. La tristeza oprime su corazón. La angustia de la muerte le domina. Pero resuena la orden: «¡Lázaro, sal fuera!». Y la vida se pone de nuevo en marcha, representando una victoria que pronto será total: «[el] último enemigo que quedará anulado [será] la muerte» (1 Corintios 15:26).²

3. NOS LIBERA

Desde el principio de su predicación en Galilea, Jesús fue inducido a concretar la naturaleza de su misión. Fue en Nazaret, donde había sido educado. Según su costumbre, entró el sábado en la sinagoga y leyó en el libro del profeta Isaías una profecía que se refería a él: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido para que dé la buena noticia a los pobres. Me ha enviado para anunciar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos, para proclamar el año de gracia del Señor» (Lucas 4:18, 19).

El año de gracia que se menciona corresponde a un año de jubileo que, en el ámbito social, comportaba una serie de medidas destinadas a restablecer la igualdad entre los más privilegiados y los menos afortunados: barbecho de las tierras, remisión de las deudas, liberación de los esclavos, redistribución del patrimonio. Una especie de revolución permanente y no violenta para evitar una desigualdad excesiva entre los ricos y los pobres. En realidad, ese sistema nunca funcionó. Si Jesús ha enfocado su ministerio desde ese punto de vista, no ha sido desde luego con intención política. Ni mucho menos. Estas cuatro medidas deben trasladarse al plano espiritual.

² (N. del T.) Versión de Cantera-Iglesias.

La remisión de las deudas corresponde al perdón (Mateo 6:12), la liberación de los esclavos a la curación o regeneración (Mateo 6:13), la redistribución del suelo a la restauración del reino de Dios (Mateo 19:27-30). En cuanto al barbecho de los terrenos, podemos entenderlo como la seguridad ofrecida al cristiano de que no le faltará lo necesario (Mateo 6: 25-34). Podemos quedar extenuados trabajando para librarnos de la necesidad. Jesús aconseja buscar primeramente el reino y la justicia de Dios. El resto –dice– os lo darán por añadidura (Mateo 6:33).³

En resumen, Jesús desea ofrecernos seguridad, arrebatándonos de la influencia de aquél que se ha erigido como príncipe de este mundo. El apóstol Pedro lo expuso con claridad a Cornelio cuando fue conducido a su casa en Cesarea: «[...] Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él» (Hechos 10:38).

4. ES ANUNCIADO

La solicitud de Cristo por todos los que sufren estaba anunciada en la profecía que le describe como desfigurado por la prueba (Isaías 52:14), sin aspecto atrayente, menospreciado y abandonado de los hombres, como un hombre de dolores acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultan los rostros, despreciado y desestimado (Isaías 53:2,3). Y el texto añade: «Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores» (53:4).

Afortunadamente, Mateo nos explica en el Nuevo Testamento esta extraña declaración. Jesús había sanado a la suegra de Pedro. La misma tarde, le presentaron toda clase de enfermos que, según el evangelista, fueron curados «para que se cumpliese lo que dijo el profeta Isaías: Él tomó nuestras dolencias y cargó con nuestras enfermedades» (Mateo 8:14-17). Esta era la solidaridad del Señor. Nada de lo que afectara a los hombres le parecía insignifi-

³ (N. del T.) Versión de la *Biblia del Peregrino*, traducción de Luis Alonso Schökel.

cante. Además, ponía su empeño en hacer todo lo posible para consolar el sufrimiento. Es así como cumplía la conocida profecía de Isaías.

5. LLEVA EL YUGO CON NOSOTROS

Aún hoy, ningún sufrimiento deja indiferente a Jesús. Su invitación a los afligidos ha traspasado el tiempo. Irradia siempre bondad: «Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, porque soy manso y humilde de corazón, y hallaréis reposo para vuestra alma. Pues mi yugo es llevadero, y mi carga, ligera» (Mateo 11: 28-30).⁴

¿A qué fatiga se refiere? ¿Se trata del peso cotidiano de la vida? ¿De las imposiciones de los fariseos? Hay que pensar más bien en los rigores del judaísmo, en su conjunto. «Lían fardos pesados y los cargan en las espaldas de los demás, mientras ellos no quieren empujarlos ni con un dedo» (Mateo 23:4). Los apóstoles han comprendido bien que no hay que imponer «a esos discípulos una carga que ni nosotros ni nuestros padres hemos tenido fuerzas para soportar» (Hechos 15:10). Se nos dirige una invitación apremiante y optimista a que renunciemos a cualquier otro Maestro que no sea el Salvador. En su reino, los fieles podrán por fin secar sus lágrimas y olvidar sus penas.

La perspectiva de un futuro como ése recibe, sin embargo, un aliento en el presente. Jesús es formal. Antes de abandonar a los suyos les hace una promesa esperanzadora: «Paz es mi despedida; paz os deseo, la mía; y no os la deseo como la desea el mundo. No estéis agitados ni tengáis miedo» (Juan 14:27). «Pues sí, os aseguro que lloraréis y os lamentaréis vosotros mientras el mundo estará alegre; vosotros estaréis tristes, pero vuestra pena acabará en alegría [...] y esa alegría vuestra no os la quitará nadie» (Juan 16:20, 22).

⁴ (N. del T.) Versión de Cantera-Iglesias.

«Esta tristeza de los discípulos, que se expresa por medio del llanto y el lamento, no se explica sólo por la pérdida brutal de un ser al que amaban [...] sino también por la situación que van a conocer. Van a perder la seguridad, el punto de apoyo que era Jesús a su lado. Se encontrarán solos porque están todavía en el mundo pero ya no son del mundo (cf. 17:16, 15:19). La comunidad joánica de finales del siglo primero, a la que pertenece nuestro autor, conoce también la soledad y la persecución (cf. 15:18, 16:4). Es objeto del odio del mundo, ya que su sola presencia contesta la autoridad de éste. El mundo se alegrará; porque la crucifixión de Cristo le ha parecido la expulsión definitiva de ese cuerpo extraño que cuestiona sus criterios para juzgar, sus leyes y su forma de vivir. La eliminación de la comunidad de los discípulos significa para él el final de todas las secuelas de la obra de Cristo.»⁵

Jesús sabía, pues, que sus amigos padecerían aflicciones. Él se presenta sin embargo como aquél que consuela y sostiene. Se ofrece a llevar el yugo con nosotros. Con un compañero así, estamos seguros de obtener en todas las circunstancias una ayuda verdaderamente eficaz. Ya que, al ponerse bajo el yugo con nosotros, nos consuela tomando nuestras penas sobre él.

Una noche, un cristiano tuvo un sueño. Se paseaba por la playa con el Señor y pasaba revista al conjunto de su vida. En cada escena, veía en la arena las huellas de dos pares de pasos, los suyos y los de Jesús, que le acompañaba. Al final del recorrido, volvió la vista atrás y vio que en algunas ocasiones desaparecía un par de huellas. Curiosamente, eso correspondía precisamente a los períodos más difíciles de su existencia.

Consternado, preguntó al Maestro: «Señor, cuando decidí seguirte, me prometiste estar siempre conmigo. Sin embargo, advertido que en los períodos más dolorosos de mi vida sólo hay un par de huellas en la arena. ¡No lo entiendo! ¿Por qué me abandonaste cuando más te necesitaba?».

⁵ MOLLA, Claude F., *Le quatrième évangile, Ginebra: Labor et Fides, 1977*, p. 220.

El Señor respondió: «Querido hijo mío, te amo y no te abandonaré nunca. Cuando llegó la prueba y tú sufrías tanto, las huellas que has visto en la arena eran las mías, porque yo te llevaba en mis brazos».

Es sólo una parábola, pero traduce acertadamente las promesas de Cristo. No nos dejemos corroer con el pensamiento de que Dios nos abandona cuando sufrimos. No olvidemos nunca las últimas palabras de Cristo a sus discípulos antes de la ascensión: «Mirad que yo estoy con vosotros cada día, hasta el fin del mundo» (Mateo 28:20).

Capítulo 9

Sufrió

Cuando estalló la guerra de 1914, un joven pastor acababa de publicar un breve tratado, con el título *Sufrió*, que contenía seis sermones para la semana de Pascua. En 1932, convertido en profesor de teología en París, Wilfred Monod redactaba el prefacio de la séptima edición de esta obra; prueba, sin duda, de que en ella se encontraba consuelo. Este hombre de Dios dedicó la mayor parte de su vida a reflexionar sobre el drama del sufrimiento.

En 1934, publicaba lo que él denominó su testamento espiritual: dos mil ochocientos sesenta y siete páginas, en tres volúmenes, con el título de *El problema del bien*. Al final de un camino a veces doloroso, escogía finalmente este título. Pensándolo bien, frente a la realidad tal como se presenta, resulta sorprendente encontrar todavía tanto bien en la tierra. Dios, que dispone verdaderamente todas las cosas con el fin de arrancar al hombre de la prueba, es quien merece la gloria.

No puedo resistir el deseo de dejarme guiar por las principales reflexiones sobre el sufrimiento de Cristo, tal como lo comprendió el pastor Wilfred Monod.

1. EL SUFRIMIENTO INEVITABLE

«Y por eso Jesús, para consagrar al pueblo con su propia sangre, murió fuera de las murallas» (Hebreos 13:12).

Todo lo que vive se halla sumido en el dolor. Su intensidad varía, pero nadie escapa de él. Si se oyen gritos de rebelión y de blasfemia, otro grito los domina a todos: «Pero Jesús, lanzando un fuerte grito, expiró» (Marcos 15:37). Así pues, Jesús sufrió. Este es el hecho con toda su crudeza. Aquel que llevaba la impronta de Dios (Hebreos 1:3) y en quien habitaba toda la plenitud de la divinidad (Colosenses 2:9), aquel en quien el Padre había depositado todo su afecto (Mateo 3:17) y que es debidamente reconocido como sin

pecado, este ser excepcional sufrió. Porque el sufrimiento es inevitable aquí abajo. Si la adversidad debiera ser atribuida a Dios, el suplicio del calvario habría conducido a los hombres a repudiar a un Dios tal, haciendo sufrir a un hombre tal. Pero una lectura correcta de los evangelios evidencia que la muerte de Jesús debe imputarse a la maldad de los hombres. Podríamos decir que Dios se ha inclinado ante el peso de la historia. Sin embargo, en lugar de dejarse dominar por este acontecimiento, Dios lo inscribe en su plan de salvación. Como en la historia de José, vendido por sus hermanos, los hijos de Jacob, Dios obtiene un bien de un mal.

Jesús ha cumplido sin restricciones la voluntad de su Padre en todos los ámbitos. El resplandor de su santidad es incontestable. Por tanto, el sufrimiento no puede atribuirse al pecado cometido por la víctima. Si el hombre ideal ha sufrido, es porque el sufrimiento aquí abajo no es siempre la consecuencia de nuestros actos. Parece ligado a la existencia humana. Además, si hubiera de verse en nuestras desgracias la prueba de que la vida es absurda, la cruz del Calvario habría suscitado la desesperanza. No, el sufrimiento nunca es una prueba de que Dios nos haya abandonado. No, el sufrimiento no debería arrebatar nos nunca la fe en Dios. Sea físico o moral, el sufrimiento imprime a nuestro destino una nota de semejanza con la vida de Cristo (cf. Juan 15:18-20).

2. EL SUFRIMIENTO TOLERABLE

«Pues, una vez probado él personalmente por lo que ha padecido, puede ayudar a los que están siendo probados»¹ (Hebreos 2:18).²

Así pues, el sufrimiento no se ha deslizado sobre Jesús como las gotas de lluvia en el mármol. Jesús fue probado por medio del sufrimiento. Evidentemente, en su cuerpo. Pero también en su corazón, ya que fue abandonado por los suyos. Y más aún en su fe. Satanás se apodera del corazón de Judas (Juan 13:2, 27) y emprende su gran ofensiva. Desata la justicia humana contra el Justo;

¹ La misma palabra, en griego, significa «ser tentado» o «ser probado».

² (N. del T.) Versión de Cantera-Iglesias.

al pueblo sagrado contra el Santo. La multitud grita: «¡Crucifícalo!». Y, en la figura de los apóstoles, es la Iglesia naciente quien le abandona. Vemos pues, unidos para perderle, a un pagano en la figura de Pilato; un judío en la de Caifás y un cristiano en Judas.

Todo ello a pesar de sus claras y reconfortantes enseñanzas, a pesar de sus milagros estimulantes y al final de un ministerio fecundo. Al final de su vida de abnegación. ¡Qué atolladero! ¿No se trata del más amargo de los fracasos? Nuestra mente se conmueve y nuestro corazón suspira. Pero, en el fondo, ¿no significa esto que nuestros propios sufrimientos encuentran un fiel eco en la profundidad de los cielos aparentemente impasibles? Si las manos del Hijo de Dios llevan las huellas de los clavos que las han horadado, es porque la humanidad no ha sido abandonada a sus sufrimientos. Sabe que es comprendida y amada.

«Que el Mesías se instale por la fe en lo íntimo de vosotros», dice san Pablo (Efesios 3:17); entonces vosotros seréis «más que vencedores por medio de aquél que nos amó» (Romanos 8:37).³ Y el mismo apóstol afirmó: «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece» (Filipenses 4:13).⁴ «Todo lo puedo. Este es el lema del cristiano que vislumbra este misterio de vida y de amor. Todo lo puedo contra el sufrimiento, porque Jesucristo ha triunfado sobre él. Cuando la prueba progresa contra el cristiano, reconoce en él a aquél que la venció en la cruz. Llega la tentación. Jesús ahuyentará a su antiguo enemigo. El dolor, en todas sus formas, desde el momento en que percibe a su vencedor, se postra a sus sagrados pies».⁵

3. EL SUFRIMIENTO ÚTIL

«Aun siendo Hijo, aprendió sufriendo lo que es obedecer» (Hebreos 5:8).⁶

^{3 y 4} (N. del T.) Versión de Reina-Valera, revisión de 1960.

⁵ MONOD, Wilfred, *La fin d'un christianisme*, París: Fischbacher, pp. 37 y 38.

⁶ (N. del T.) Versión de la *Biblia del Peregrino*, traducción de Luis Alonso Schökel.

Cristo fue obediente hasta la muerte, incluso hasta la muerte en la cruz. Fue obediente. Esta palabra resuena extraña en nuestros oídos. En nuestra forma de entender la vida, la obediencia es impopular. Reclamamos más bien la libertad, olvidando a menudo los derechos de los demás. Sin embargo, la vida humana pierde toda su dignidad sin la obediencia, que cumple con el deber en todas sus formas. Jesús no habría sido grande sin obedecer.

Pero él tuvo que aprender la obediencia por todo lo que sufrió. Y aquí surge el misterio. Incluso para él, y a pesar de su relación privilegiada con Dios, la obediencia no fue fácil. Tanto en el desierto de la tentación, donde descubrió la naturaleza de su ministerio, como en el huerto de Getsemaní, donde comprendió lo que sería su muerte, Jesús sufrió una cruel turbación. En el desierto, vio el estrecho sendero por el que debería ascender. En el huerto, tuvo que aceptar la derrota y la afrenta. Al percibir su muerte, gruesas gotas de sangre se deslizaron por su rostro.

Para obedecer, Jesús tuvo que abdicar de sus prerrogativas reales y encomendarse a la misericordia divina. En el huerto de los olivos, antes de su prendimiento, se sometió, no sin aflicción, al menos una vez. En tres ocasiones pidió que la copa se apartara de sus labios. Cuando se presenta, el sufrimiento puede también despojarnos de nosotros mismos, generando la verdadera humildad y enseñándonos a contar con Dios, el único capaz de hacer converger todas las cosas para el bien de aquellos que lo aman (Romanos 8:28). Entonces la fe da sentido a nuestra vida.

Así, el sufrimiento se hace útil, porque pone de manifiesto lo mejor de nosotros y, sobre todo, introduce en nosotros algo bueno. Ésta es sin duda la interpretación más precisa que podemos dar a los textos que insisten en la idea de que Dios educa a sus hijos (Hebreos 12:4-11; cf. nota 7 del capítulo 2). Educar no es castigar. Es conducir a la verdadera libertad, en el perfecto dominio de uno mismo.

El ejemplo de Jonás lo ilustra con acierto. Encargado por Dios de una misión sagrada, se escabulle y emprende la huida. Mientras navega hacia Tarsis en lugar de dirigirse a Nínive, su barco es azo-

tado por un furioso temporal. Sugiere entonces a los marineros que lo arrojen al mar. Pero el Eterno interviene: Jonás es recogido por un gran pez. Vivo, desde el interior del abismo, clama a Dios: «En el peligro grité al Señor y me atendió» (Jonás 2:2). Gracias a esta prueba, Jonás regresa a su deber.

4. EL SUFRIMIENTO NECESARIO

No fue el azar quien levantó la cruz de Jesús sobre el calvario. La cruz fue la suprema manifestación de las fuerzas misteriosas que actúan en el seno de la historia para completar la historia de la salvación. ¿Qué significado tendría la historia del mundo si no fuera la historia de la redención? El mundo es un enigma; la cruz constituye su clave. Desde este punto de vista, la cruz era necesaria. «¿No tenía el Mesías que padecer todo eso para entrar en su gloria?». Ésa es la pregunta que Jesús hace a los discípulos de Emaús (Lucas 24:26). Pero, ¿por qué era necesario? Porque el mundo es el que es después de que el pecado se instalara en él.

Cuando apareció el hombre sobre la tierra, apareció en el cielo el humo de los sacrificios. ¡Tan intensa es la sed de perdón! Este anhelo sólo puede satisfacerse en Cristo, y especialmente en Cristo crucificado. Él no era sólo la encarnación de Dios para nosotros; era también la encarnación de la humanidad cerca de Dios. Cristo no sufrió pues en lugar de la humanidad; es la humanidad entera quien ha sufrido en él. Cristo no era más que uno con los hombres.

Así, a la espera de cantar la gloria del Cordero inmolado (Apocalipsis 5:6-10), consideramos, como el apóstol Pablo, todas las cosas como una pérdida comparadas con el superior conocimiento de Jesucristo, con el fin de ganar a Cristo y existir en él, aun participando en su sufrimiento (Filipenses 3:8-11). Porque él ha sufrido para nosotros física y moralmente. Cabría decir, con más precisión, que el sufrimiento es inevitable para el que camina con Dios, ya que forzosamente deberá enfrentarse a los ataques del enemigo.

5. EL SUFRIMIENTO Y LA VICTORIA GLORIOSA

«Por la dicha que le esperaba, sobrellevó la cruz, despreciando la ignominia, y está sentado a la derecha del trono de Dios» (Hebreos 12:2)

En el nacimiento de Jesús, el coro de ángeles entona un himno de alegría. Celebra el gran gozo que será para todo el pueblo (Lucas 2:10). Los pastores glorifican a Dios. Simeón da gracias (Lucas 2:25-32). Ana, la profetisa, alaba al Señor (Lucas 2:36-38). Juan el Bautista siente un gran gozo al oír la voz del Esposo (Juan 3:29). Después llega la hora en que la multitud, trastornada por la alegría, arroja sus vestidos al camino por el que Jesús debe pasar, gritando: ¡Hosanna! (Mateo 21:9).

El sermón de la montaña se inicia con el concepto de felicidad: bienaventurados incluso aquellos que lloran (Mateo 5:4). Y las intervenciones del Maestro acaban con la palabra «alegría»: «Os dejo dicho esto para que compartáis mi alegría y así vuestra alegría sea total» (Juan 15:11, 16:20-22).

Antes de entrar en Getsemaní, elevó la mirada hacia el cielo y dijo: «Ahora me voy contigo [...] que los inunde mi alegría» (Juan 17:13). Desde luego, no hay que confundir la alegría con la felicidad. La felicidad depende de los acontecimientos. La alegría surge de lo más profundo del alma. Por eso: «Jesús; [...] por la dicha que le esperaba, sobrellevó la cruz» (Hebreos 12:2).

«Alegría de haberlo dado todo para liberarnos a todos. Alegría de haber visto nuestra miseria y haber dicho: ¡Aboliré esta miseria! Y haberla abolido. Alegría de haber contemplado nuestros cementerios y haber dicho: ¡Destruiré la muerte! Y haberla destruido. Alegría de haber medido el pecado, su vergüenza, sus blasfemias, su terror, su repugnancia y sus crímenes, y haber dicho: ¡Aniquilaré el pecado! Y haberlo aniquilado. Alegría de haber buscado a la oveja perdida y haberla llevado en sus brazos. Alegría de haber ganado el amor del hijo pródigo y de haberlo conducido de nuevo a la casa del padre. ¡Alegría de la misericordia! ¡Alegría del sacrificio!».⁷

⁷ MONOD, Wilfred, *op. cit.*, pp. 94 y 95.

Salvando las distancias, esta alegría de Cristo debe ser también la nuestra. Gozo de amar a todos los que nos rodean y, si es necesario, sufrir por ellos, en el nombre de Jesús. Todos los que han amado a Jesús han sufrido; pero todos los que han sufrido por él le han amado más todavía. Todo hombre que peca rebaja el nivel de la humanidad. Por el contrario, todo hombre que entra en comunión con Cristo eleva el nivel de nuestro linaje. Cuando un rostro se asemeja al de Cristo, lleva a menudo la huella del sufrimiento. Pero este sufrimiento conduce a la gloria.

Cuando vuelva el Señor, reinará sobre todos los que le hayan servido durante la espera. Ya no podremos decir: «si vivimos, vivimos para el Señor, y si morimos, morimos para el Señor» (Romanos 14:8). Porque la muerte ya no existirá. Viviremos para el Señor porque la parusía nos habrá puesto a todos en la presencia de aquél a quien pertenecemos. Y, desde ahora, nos vamos transformando a la imagen del Señor con esplendor creciente (2 Corintios 3:18).

El sufrimiento de Cristo fue glorioso a causa de su victoria. Nuestro sufrimiento puede ser glorioso en la medida en que muestre la profundidad de nuestro compromiso.

6. EL SUFRIMIENTO MISTERIOSO

«Él, en los días de su vida mortal, ofreció oraciones y súplicas, a gritos y con lágrimas, al que podía salvarlo de la muerte» (Hebreos 5:7).

Con grandes gritos y con lágrimas, ofreció oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte. ¿Debe extrañarnos –pregunta Wilfred Monod– que el misterio de esta agonía haya despertado un día, diecinueve siglos después, esta protesta inicua pero sublime?:

*Si es cierto que en el Jardín sagrado de las Escrituras,
el Hijo del Hombre dijo lo que vemos referido,
mudo, ciego y sordo al grito de los hombres,
si el cielo nos abandonó como un mundo abortado,
el justo enfrentará su desdén a la ausencia,*

*y no responderá sino con un frío silencio
al eterno silencio de la Divinidad.*⁸

Es verdad, el silencio de Dios nos oprime. Fue una prueba para el mismo Jesús, como dan testimonio de ello, en primer lugar, su oración en Getsemaní: «Padre mío, si es posible, que se aleje de mí ese trago. Sin embargo, no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú» (Mateo 26:39); y, más aún, su invocación en la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mateo 27:46). Se impone una conclusión: si Jesús sufrió sin ser comprendido, sufrió también, a veces, sin comprender. Su desconcierto era tal que ya no discernía con claridad cuál era la voluntad de Dios respecto a él.

En la cruz, Jesús ofrece la revelación más inesperada y más sublime del Padre a quienes tienen ojos para ver. En Jesús, Dios aparece desarmado, expuesto, entregado, abandonado. Este amor excluye cualquier atisbo de hostilidad, tanto en la intención como en los medios. El poder de Dios, en Jesús crucificado, consiste en permanecer desarmado. Su gloria es su humillación. Su victoria es su no-violencia. Aquí, nosotros le conocemos únicamente en su renuncia. Su fuerza reside en su debilidad.

Después de la encarnación, Dios no ha hablado nunca el lenguaje que se esperaba de él. Jesús ha decepcionado a su precursor, a sus compatriotas, a sus apóstoles. Se esperaba un Dios triunfante, atronador, justiciero, vengador. Pero él ha decidido revelar lo menos conocido, lo más íntimo, lo más personal, lo más tierno: su amor. Y, en su agonía, sus enemigos le hostigaban: «¡Tú, el hacedor de milagros, muestra pues de qué eres capaz, es el momento!». Pero Jesús sigue sufriendo, revelando la infinita paciencia del amor.

Si en algún momento no sabemos ya dónde estamos y nos hallamos sumidos en una profunda oscuridad, podemos aún alzar los ojos hacia él con la seguridad de que seremos comprendidos.

⁸ Alfred de VIGNY, *Les destinées*, citado por MONOD, Wilfred, *op. cit.*, p. 120.

Nadie ha conocido como él el estremecimiento de creerse abandonado. Apresurémonos a añadir, sin embargo, que incluso en esa horrible noche ha aparecido la luz. Las últimas palabras de Cristo en la cruz rebosan confianza y serenidad: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu» (Lucas 23:46). A pesar del silencio implacable del Dios de los cielos, Jesús recobraba la comunión con su amado Padre. En el misterio de un dolor invencible, encontraba un punto de apoyo para su última plegaria de adoración. Misteriosa tensión entre el Dios impersonal, que actúa a través de las leyes inviolables, este Dios que es también un «fuego devorador»,⁹ y el Dios personal, tierno y misericordioso, nuestro Padre.

⁹ (N. del T.) El autor se refiere a la expresión contenida en Isaías 30:27.

Capítulo 10

La prueba de la fe

Los primeros cristianos comenzaron a predicar el Evangelio en un mundo muy preocupado por las desgracias de la vida. Muchos filósofos, poetas y oradores se proponían consolar al hombre ante el envejecimiento, el sufrimiento o la muerte. Sus palabras de ánimo no carecían de valor. El conocido «soporta y abstente» de los estoicos conserva toda su grandeza. Desde este punto de vista, debe aceptarse el sufrimiento para afianzar la virilidad, la virtud y el heroísmo. Pero los estoicos no explicaban por qué hay que ser valiente, virtuoso o heroico. ¿Por qué habría que añadirse el esfuerzo al dolor? Para desligarnos del mundo, se decía a veces. Pero en su lugar apenas se proponía nada.

1. EL TESTIMONIO DE PABLO

Apareció Cristo, que fundamentaba toda su predicación en la venida del Reino de Dios. La crucifixión desorientó a sus discípulos un instante. Pero la resurrección transformó su tristeza en gozo. Los tímidos adquirieron una firme audacia, los perseguidores se convirtieron en misioneros incansables. A partir de entonces, Pablo se atreve a escribir a los colosenses: «Ahora me alegro de sufrir por vosotros, pues voy completando en mi carne mortal lo que falta a las penalidades del Mesías por su cuerpo, que es la Iglesia» (Colosenses 1:24).

Para hombres como Pablo, existe un sufrimiento gozoso. Todavía hoy, por desconocido que sea el discípulo que sufre por Jesús, su Maestro, es el mismo Cristo quien padece en él. Porque este último añade en su carne, es decir, experimenta él mismo, el sufrimiento que falta a Cristo, para la edificación de su Iglesia.

Expresándose así, el apóstol Pablo se refiere indudablemente a la misión que Jesús ha conferido a su iglesia. Como el Maestro ya no está personalmente en la tierra, son sus discípulos quienes de-

ben acabar su obra. Si son fieles, no se librarán de conflictos. El mundo, que no acogió a su Maestro, no les será más favorable. Se entiende entonces que sus padecimientos se añaden a los de Cristo. Así es como puede metamorfearse nuestro infeliz destino. Dios estaba en Jesucristo (2 Corintios 5:19); está también con aquel que sirve a Jesucristo, aun en la prueba. El Señor le dice, como a Pablo: «Te basta con mi gracia» (2 Corintios 12:9).

Esta convicción se basa en la seguridad de una identificación espiritual entre la persona del Maestro y la del discípulo. Para san Pablo, cuando nosotros sufrimos por Cristo, es Dios mismo quien sufre y quien extiende, a través nuestro, su misterioso propósito de redención universal. Esta noción, que aparece a veces en los escritos de Pablo, constituye también la esencia de la primera epístola de Pedro.

2. LA EXHORTACIÓN DE PEDRO

La preocupación por las pruebas que sufren los cristianos aparece a lo largo de la primera epístola.¹ La exhortación tiene su fundamento, desde el principio, en el acto de salvación realizado por Jesucristo: «¡Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor, Jesús el Mesías! Por su gran misericordia nos ha hecho nacer de nuevo, para la viva esperanza que nos dio resucitando de la muerte a Jesús el Mesías; para la herencia que no decae, ni se mancha, ni se marchita, reservada en el cielo para vosotros, que, gracias a la fe, estáis custodiados por la fuerza de Dios; para la salvación dispuesta a revelarse en el momento final» (1 Pedro 1:3-5).

Lo que consuela o fortalece al hombre es la evocación de la misericordia de Dios y de su poder, manifestado en la resurrección. Estamos lejos del estoicismo que no tenía ninguna base. Nuestra esperanza, lejos de ser una vaga nostalgia o una hipótesis generosa pero frágil, descansa en la resurrección de Cristo, considerada por el apóstol Pedro como un hecho debidamente establecido. Nuestra esperanza está viva (1:21, 3:15). El Señor ha

¹ 1 Pedro 1:6; 2:19-25; 3:13-17; 3:18; 4:1, 12-19; 5:9.

hecho algo más que sufrir el primero, ha abierto el camino, dejándonos un ejemplo, para que sigamos sus huellas (2:21).

Según nuestra epístola, parece utópico querer vivir aquí abajo como cristiano sin encontrar dificultades. La situación cambia considerablemente respecto al establecimiento de la primera alianza, concertada con el pueblo de Israel a la salida de Egipto. Allí, las bendiciones se prometen a los que obedecen y las maldiciones pesan sobre los demás (Deuteronomio 27-30). «Hoy te has convertido en el pueblo del Señor, tu Dios» (Deuteronomio 27:10). «Si obedeces y escuchas la voz del Señor, tu Dios, poniendo por obra todos los preceptos que yo te mando hoy, el Señor, tu Dios, te encumbrará por encima de todas las naciones de la tierra» (Deuteronomio 28:1).

Desde otra perspectiva, Jesús pide a los suyos que tomen su cruz (Mateo 16:24). Y Pedro encarece: «Amigos míos, no os extrañéis del fuego que ha prendido ahí para ponerlos a prueba, como si os ocurriera algo extraño. Al contrario, estad alegres en proporción a los sufrimientos que compartís con el Mesías; así también cuando se revele su gloria, desbordaréis de alegría» (1 Pedro 4:12,13).

Esta diferencia merece nuestra más piadosa atención. Hasta cierto punto, la constitución de Israel como pueblo de Dios, instalado por él en un régimen teocrático en la tierra prometida, constituía un cambio importante. En esas condiciones, todo era posible. De ahí las promesas formales de Dios (Deuteronomio 30). Por el contrario, los cristianos proceden de toda nación, de toda tribu, de toda lengua y pueblo (Apocalipsis 14:6). Dispersos por toda la tierra, forman una verdadera diáspora. Por eso, con la eclosión de la Iglesia en el Pentecostés, hemos entrado en lo que Dios llama el fin de los tiempos (Hechos 2:16,17). Nuestro mundo condenado está en compás de espera. Avanzamos hacia el desenlace.

Evidentemente, no debemos concluir que Dios ya no bendice a sus hijos bajo la nueva alianza. Desde luego que no. Pero sus promesas tienen otra naturaleza. En la tierra, los hijos de Dios están destinados a vivir como «forasteros y emigrantes» (1 Pedro 2:11). Están destinados a sufrir pruebas (1:6), como peregrinos en el exilio (1:17), acusados de malhechores (2:12), desconocidos por to-

dos (2:15), llamados a sufrir injustamente (2:21), insultados (3:9) hasta el punto de tener que declarar ante los tribunales (3:15), juzgados como sospechosos en la sociedad (4:4), sufriendo conforme a la voluntad de Dios (4:19), acechados por el diablo (5:8 y 9), teniendo que sufrir por poco tiempo para ser restablecidos (5:10).

«En estas circunstancias —escribe Pierre Bonnard, que fue decano de la facultad de teología protestante de Lausanne— parece que el autor de la epístola ha querido recordar a sus lectores sobre todo que el sufrimiento que va a afligirles no será ni accidental ni extraño (4:12). No será absurdo, como diríamos nosotros hoy. La intención del redactor es, pues, dotar de sentido a la persecución o, más bien, desvelar a sus lectores el sentido de ésta. Así pues, la prueba no será fatal, en el sentido griego de fatalidad, ni arbitraria, ni accidental. Forma parte del propósito de Dios para la Iglesia y para el mundo. Se anunciaba ya en los sufrimientos de Cristo. Que no se sorprendan los cristianos del incendio que va a estallar».²

En un mundo en el que Satanás reina como príncipe, no se ven con buenos ojos los progresos del cristianismo. Y como es imposible servir a dos señores, quienes escogen a Cristo incomodan forzosamente a su enemigo. Resulta de ello una especie de encrucijada dolorosa para los fieles. Lo que está de acuerdo con la voluntad de Dios (4:19) no es que sus hijos sufran, sino que sean fieles, aunque sea pagando el precio de la prueba. La paciencia que así se reclama al creyente declara su pertenencia a Dios y rinde un homenaje conmovedor al Señor de los señores. El sufrimiento inmerecido no es gracia más que en la medida en que da la ocasión de mostrar la fidelidad al único Dios verdadero, creador de los cielos y de la tierra, y Padre de los hombres de buena voluntad.

La prueba de la fe nos une a la larga cohorte de testigos que, hoy como ayer, contemplan el oprobio de Cristo como una riqueza mayor que todos los tesoros del mundo. Dios no se avergüenza de ser llamado su Dios.

² BONNARD, Pierre, «Prólogo» en MARGOT, Jean-Claude, *Les épîtres de Pierre*, Ginebra: Labor et Fides, 1960, p. 11.

El valor de la oración

1. ¿POR QUÉ ORAR?

No vamos a pretender aquí adentrarnos en un estudio completo sobre la oración en su conjunto. Quisiéramos simplemente proponer algunas reflexiones sobre su conveniencia y su valor, en función de todo lo que hemos apuntado respecto a la acción de Dios en el mundo; en especial frente a todas las pruebas que nos afligen con intensidad. Si todos recibimos de él respuestas maravillosas, todos lamentamos también sus silencios, que nos ponen a prueba.

Es verdad que Dios responde a veces nuestras oraciones, para nuestro bien, en contra de nuestras peticiones. En ese caso, no recibimos lo que pedimos porque no hemos advertido qué convenía pedir. Dios corrige entonces nuestros errores de apreciación.

Pero frente a lo insoportable, como en la historia recogida por Wiesel, es difícil justificar a Dios. Esto plantea un grave problema, ante el cual podemos bajar la cabeza y callarnos humildemente, sin comprender y sin perder la esperanza. ¡Qué actitud más heroica! ¡Dichosos aquéllos que son capaces de ella! Pero, ¿está prohibido hacerse preguntas? «El Espíritu lo sondea todo, incluso lo profundo de Dios» (1 Corintios 2:10).

Nuestra preocupación tiene que ver con las oraciones que no han sido contestadas. Hay oraciones que son sagradas. Observemos el caso de los padres que oran por la conversión de sus hijos. Sus oraciones no siempre obtienen respuesta. ¿Podemos poner en duda la buena voluntad de Dios? ¿O se trata de una especie de inercia debida al reparto de responsabilidades decidido por él? Consideremos otro aspecto del problema.

¿Podríamos decir que Dios no salvó al niño de doce años ahorcado por las SS porque nadie se lo había pedido? ¿Qué sería de un Dios capaz de salvar a un niño de una muerte atroz, que se

abstiene de intervenir únicamente porque no se le ha pedido en oración? Y, de forma más precisa aún, ¿por qué nuestro Padre del cielo escucha nuestras oraciones para ayudarnos, cuando sabe de qué tenemos necesidad, antes de que se lo pidamos? (Mateo 6:8). ¿Por qué se complace más fácilmente si son muchos quienes solicitan su protección? ¿Por qué la oración ferviente del justo es muy poderosa? (Santiago 5:16). ¿Por qué orar sin cesar? (1 Tesalonicenses 5:17). Si la oración se limitara a una comunicación sin hilo con el Todopoderoso, todas estas preguntas nos dejarían absolutamente perplejos. No tenemos que informar a Dios ya que conoce, mejor que nosotros, nuestras auténticas necesidades.

Todo cambia cuando mejora la comprensión de la omnipotencia divina, con las limitaciones necesarias que ésta se impone a sí misma, sea en virtud del juego mecánico de las leyes que ha fundado, sea por consideración al libre albedrío confiado generosamente a los hombres. Seguramente, la vida es un misterio, pero ésta no es una razón para divinizar todas sus manifestaciones. No olvidemos la revelación de Dios a Elías, en la caverna del monte Horeb. Dios no se encierra en un cielo inaccesible desde el cual su voluntad fatal se abatiría sobre la libertad humana, como el águila sobre su víctima. En cierto modo, él gobierna en la oposición, esperando el advenimiento de su reino, en el cual será finalmente reconocido como Dios (cf. Apocalipsis 22:4). En resumen, la satisfacción de nuestras oraciones no depende únicamente de Dios.

Llegados a este punto, para comprender mejor el valor de la oración debemos recordar cómo ha querido Dios que fuera su relación con el hombre. Concediéndole la categoría de hijo (Lucas 3:38), lo ha hecho el rey responsable de la creación. Apreciamos la grandeza de este beneficio. De acuerdo con este privilegio, el orden y la armonía del universo sólo son posibles con la colaboración espontánea de las criaturas. Así pues, se impone el respeto a las leyes. El hombre debe actuar en estrecha simbiosis con el Señor. Sin esta forma de ver las cosas, la buena marcha del mundo está comprometida momentáneamente. Nunca se dirá demasiado. La Biblia entera lo proclama con fuerza.

Hacía falta, por parte del Todopoderoso, un amor inaudito para aceptar esta peligrosa contingencia. Era el precio que había de pagarse para evitar una relación con autómatas serviles. Dios asumió el riesgo de fundar una familia. Cuando ésta se desmoronó, después de la caída, puso todo en marcha para conseguir la reconciliación, buscando a los hombres y a las mujeres dispuestos a entrar con él en el combate de la fe.

Un singular relato del Antiguo Testamento da la impresión de que se requiere un mínimo de buenas voluntades para asegurar la supervivencia. Abraham se entera de que Sodoma y Gomorra van a ser destruidas, e intercede ante el Eterno. «El Señor contestó: Si encuentro en la ciudad de Sodoma cincuenta inocentes, perdonaré a toda la ciudad en atención a ellos. Abrahán respondió: Me he atrevido a hablar a mi señor, yo que soy polvo y ceniza. Supongamos que faltan cinco para llegar a los cincuenta inocentes, ¿destruirás, por cinco, toda la ciudad? Respondió el Señor: No la destruiré si encuentro en ella cuarenta y cinco». Abraham continúa hablándole y poco a poco disminuye hasta diez. Y Dios dice: «En atención a los diez no la destruiré» (Génesis 18:22-32).

¿Consideraremos arbitraria una decisión así? Me parece mejor otra hipótesis. En su búsqueda de hombres que trabajen con él, Dios no puede descender más allá de un umbral mínimo. Como la luz, cuya claridad está condicionada por el número de bombillas que empleamos. «Por la plenitud de su potencia, Jesús desea corroborar de tal modo a su pueblo que por su medio el mundo entero quede rodeado de una atmósfera de gracia».¹ Así pues, los discípulos de Cristo tienen como misión crear alrededor de ellos una atmósfera de gracia.

Desde ese punto de vista, la oración adquiere un relieve extraordinario. Vínculo vivo entre el pensamiento humano y el Espíritu divino, permite a Dios liberar una energía celestial para que se cumplan sus propósitos de amor. Dios no quiere subordinar titeres que le adoren angustiados, arrastrando su frente por el suelo.

¹ WHITE, Ellen, *Joyas de los testimonios*, Mountain View, California: Publicaciones Interamericanas / Pacific Press Publishing Association, 1971, t. 3, p. 149.

Liberemos, de una vez por todas, al Dios de Jesucristo de estas invenciones sórdidas del paganismo que han hecho correr ríos de sangre exigidos por divinidades sedientas de poder. Debemos, en cambio, entrar con entusiasmo en el combate de la fe, donde Dios consiente en tener necesidad de nosotros. Primero, de nuestro amor, de nuestro compromiso, de nuestra obediencia de corazón (Romanos 6:17), de nuestra oración. La oración no nos convierte en mendigos, sino en afiliados. Nos hace colaboradores con Dios (1 Corintios 3:9). Ora «ante tu Padre que está escondido –dice Jesús–; y tu Padre, que mira escondido, te recompensará» (Mateo 6:18). Estas últimas palabras están cargadas de significado. Tu Padre te recompensará. Es sorprendente.

2. ¿CÓMO ORAR?

Jesús no vacila en afirmar que Dios no precisa de nuestras oraciones para conocer nuestras necesidades (Mateo 6:8). Podríamos deducir que es inútil formular peticiones. Sin embargo, no es éste el caso. Jesús es explícito: «Pedid y se os dará» (Mateo 7:7). Algunos piensan que el único valor de la oración consiste en el reconocimiento de la soberanía del Eterno. Como si sólo fuera legítimo el grito: «¡Sea hecha tu voluntad, y no la mía!». Pero entonces olvidamos que Jesús pronunció estas palabras sólo después de haber suplicado a su Padre que alejara la copa de sus labios.

Desde luego, la oración no es una orden. Debe finalizar con una filial sumisión, nutrida de confianza en la sabiduría de Dios. Ahora bien, la oración no exige una abdicación pura y simple de nuestra personalidad. Eso estaría en contradicción con lo dispuesto al principio por el Creador. Para nosotros, nuestras peticiones son ya reveladoras. Hacen surgir lo que está escondido en el fondo de nuestra alma. «Dime lo que pides, y te diré quién eres». Preguntad a un niño para saber cómo complacerle. ¿Os pide una pelota o una chocolatina? Sus deseos os revelarán su naturaleza más íntima. Si nuestras oraciones no evolucionan con el tiempo, hemos de temer quedarnos peligrosamente anquilosados. Que cada cual se mire a sí mismo.

La consecuencia lógica que se desprende de lo que hemos tratado es que la oración no puede ser aprendida de memoria. Aunque la oración de los demás pueda inspirarnos, no basta para satisfacer nuestras necesidades. Para descubrir cómo evoluciona mi vida interior, debo estar atento a los deseos que surgen de lo más profundo de mi ser. Tengo que pedir.

¿Pedir, qué? Todo lo que Jesús podría pedir en nuestro lugar. Éste es el sentido de la recomendación de orar en el nombre de Jesús. Podemos pedir cualquier cosa, con tal de que respetemos la voluntad de Dios. Desde luego, ya que se trata de aliarnos con él para que su voluntad sea hecha tanto en la tierra como en el cielo. Si soy consciente de todas las trabas que se ponen aquí abajo a la voluntad de Dios, incluso si me niego a relegar a Dios a la categoría de un *Deus ex machina*, no por ello dudo en elevar hacia él la expresión de mis necesidades más básicas. Mi comunión con mi Padre celestial es así de espontánea. ¿No nos parecemos en eso a los niños? El niño no pierde los estribos, no se escandaliza, si no es siempre complacido. Su confianza no resulta afectada. El primer impulso del niño hacia sus padres consiste en pedir. Pedir es la consecuencia normal de la fe, ya que expresa la necesidad, refleja nuestro estado de carencia, favorece una toma de conciencia.

Y, sin embargo, la fe no basta para garantizar la concesión de las oraciones. A Jesús no le faltaba fe en el huerto de Getsemaní. Y Pablo no carecía tampoco de ella al pedir a Dios que le quitara el aguijón que hería su carne. A pesar de su evidente fe, Jesús y Pablo no recibieron lo que pedían. En cambio, Jesús curó a diez leprosos y sólo uno expresó su gratitud. ¿Podemos hablar de la fe de los otros nueve?

Sin querer, ni poder, eliminar un aspecto misterioso de la oración en que la razón debe rendirse, podemos presentar algunas reflexiones sobre las oraciones que no reciben respuesta. Después de su invitación a pedir, Jesús añade: «Buscad y encontraréis» (Mateo 7:7). Hemos visto que exponiendo nuestras aspiraciones al Señor, a veces con lágrimas, entramos con él en el combate de la fe, deseosos de unir nuestras fuerzas a las suyas para que se

cumplan sus propósitos. Pero, ¿somos siempre consecuentes a la respuesta? ¿Hemos hecho nuestra parte? ¿No hemos puesto obstáculos? ¿O hemos descuidado ciertos requisitos?

En la conclusión de su discurso sobre la oración (Mateo 6:14), Jesús no recomienda por casualidad perdonar a los hombres sus ofensas. Cualquier sentimiento de rencor interrumpe la comunión de nuestros pensamientos con el Espíritu Santo. Sucede así con todos los sentimientos y todas las acciones incompatibles con la santidad divina. De ahí la reflexión de Santiago: «Mucho puede la oración intensa del justo» (Santiago 5:16).

Repitamos la pregunta: «¿Somos verdaderamente consecuentes en nuestras oraciones?». Pedir la curación sin respetar las leyes de la salud, pedir la victoria sobre el pecado cuando se juega con fuego, pedir aprobar un examen después de haberse divertido en lugar de prepararlo, es pedir mal. «Pedís y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros placeres» (Santiago 4:3).² Reflexionad y advertiréis quizás que debéis modificar lo que pedís, o corregir vuestra actitud al pedir algo bueno. Es importante que Jesús pueda asumir las peticiones que presentamos en su nombre.

Aceptemos, en fin, sin falsa humildad, que el problema a menudo nos desborda. ¿Qué sucedería si, de golpe, de un extremo a otro de la tierra, Dios atendiera todas las oraciones sinceras? No podemos, desde el insignificante lugar que ocupamos, abarcar el universo de un vistazo. ¡Qué orgullo, qué fanfarronada, qué ofuscación, querer ponernos en el lugar de Dios!

Es verdad que a menudo estamos heridos, nuestro corazón está hecho jirones. ¿Qué hacer entonces? «Llamad –dice el Señor– y os abrirán» (Mateo 7:7). ¿No es esto una invitación a la acción, cuando la fe y la reflexión se resisten a acompañarnos? Después de su oración, que quedó sin respuesta, en Getsemaní, Jesús se adelantó hacia la comitiva que iba a prenderle (Juan 18:4). De Getsemaní al pretorio, y del pretorio al Gólgota. Y su oración fue atendida en la cruz, puesto que quería salvar el mundo.

² (N. del T.) Versión de Cantera-Iglesias.

Dios no arrancó el aguijón que hacía sufrir al apóstol Pablo, pero le dio energía para evangelizar a los paganos. La tierra se ha empapado de la sangre de los mártires, pero ha sido fecundada por ella. La realidad del pecado frustra a menudo las intenciones redentoras de Dios. Tomamos conciencia de ello con una sagrada emoción. El desorden del mundo es espantoso. Pero también puedo observar, admirado, cómo Dios se las ingenia a pesar de todo para hacer surgir un bien del mal (Génesis 50:20) y encaminar todas las cosas al bien de quienes le aman (Romanos 8:28).

Frente a la enfermedad, toda rebelión agrava el estado del paciente. La serenidad y la oración no sólo favorecerán su restablecimiento, sino que además fortalecerán su ser interior. Tal vez saldrá ennoblecido de la prueba, con otra forma de vida. Estará en mejores condiciones para considerar cada cosa según su verdadero valor. Además, hace falta que la aceptación sea activa.

Para que eso suceda, hace falta perseverar fielmente en la comunión con el Altísimo. Entonces, aunque arrecie la tempestad, la oración consolida y profundiza nuestra relación con Dios. Además, nos abre a su inspiración. La orientación de nuestra vida puede ser modificada.

¡Qué bueno es comprender el valor de la oración! Cuando se formula en el nombre de Jesucristo, nunca es inútil. Las palabras en sí mismas cuentan poco, como dijo el Maestro: «Cuando recéis, no seáis palabreros como los paganos, que se imaginan que por hablar mucho les harán más caso» (Mateo 6:7). Incluso a veces las palabras se desvanecen en nuestros labios. Entonces, «el Espíritu en persona intercede por nosotros con gemidos sin palabras» (Romanos 8:26). La comunión se restablece. Estamos de nuevo junto al Padre, trabajando con él para destruir el pecado que impide la concesión de nuestras peticiones, esforzándonos por apresurar el advenimiento del Señor.

Conclusión

Nuestro tema no está agotado. No lo estará nunca antes de la gran restauración de todas las cosas, cuando cesen las lágrimas de forma definitiva (Apocalipsis 21:4). He intentado, simplemente, clarificar algunos aspectos. Debido a mi ministerio, he tenido que enfrentarme al sufrimiento en múltiples ocasiones. Desearía haber sido capaz de transmitir un poco de la ternura conmovedora que siempre me ha inspirado.

Pero la experiencia me ha demostrado que esto no es suficiente. Como escribía al principio de este libro, hay que despojar a las pruebas de sus connotaciones envenenadas, que provocan a menudo las acusaciones luciferinas contra Dios, añadiendo entonces al dolor el tormento de creerse castigado injustamente. Lo confieso abiertamente: creo en la inocencia de Dios, creo en el amor de Dios. Sin amor, Dios ya no puede ser *mi* Dios. Aunque es necesario, desde luego, evitar confundir el amor con la condescendencia y la debilidad. El verdadero amor no es miope, ve a lo lejos.

El deseo de que esta exposición resultara comprensible nos ha llevado a presentar nuestros argumentos uno tras otro, intentando justificarlos bíblicamente. Sin embargo, tienen valor únicamente en un conjunto homogéneo. Por ello quiero recordarlos ahora enlazándolos entre sí.

NADIE SE LIBRA DEL SUFRIMIENTO

El sufrimiento es universal en virtud de la primera caída, que tiene consecuencias para todos los hombres. Desde entonces, se ha introducido en todos los ámbitos de la creación.

EL SUFRIMIENTO «EDUCATIVO»

Dios se sirve de él para hacernos sentir nuestras necesidades y advertirnos de los numerosos peligros que nos amenazan. En

cierto modo, aparece como una anticoncreación. Desde el momento en que se transgrede el principio de armonía establecido por Dios, el sufrimiento pone de relieve las condiciones necesarias para la vida. Dios no lo desea, puesto que nos revela la forma de evitarlo; pero es útil, ya que tiende a devolvernos al buen camino, el de la vida y la felicidad. Su valor es pedagógico y, desde este punto de vista, a pesar de todo entra en el designio divino.

EL SUFRIMIENTO INJUSTIFICABLE

Pero existe un sufrimiento escandaloso que no se justifica racionalmente. La prueba de Job constituye un ejemplo de éste. Al tiempo que Dios no tiene nada que reprocharle, las peores calamidades se abaten sobre él. El libro que narra esta historia tiene el mérito, en un principio, de reaccionar con fuerza contra la teología de la retribución. Nuestros problemas no son siempre la consecuencia de nuestras propias faltas. Este sufrimiento ya no es pedagógico. Constituye una prueba que puede incluso subvertirnos contra Dios. Ésta es la temible trampa que el sufrimiento tiende a nuestros pies. Presenta, por lo tanto, un peligro imprevisto.

El libro de Job esclarece también un aspecto inesperado de la prueba: pone en duda a Dios. ¿Es capaz de hacerse amar por lo que es y no por lo que da? Desde ese punto de vista, nuestra actitud frente a las pruebas puede prestar un servicio a Dios, acusado por Satanás de no ser amado por sí mismo. El hombre se acercaría a Dios únicamente por interés, con temor y, en consecuencia de forma calculada. La experiencia de Job prueba lo contrario. Hemos de saber que entre Dios y el hombre se ha inmiscuido un enemigo invisible, pero activo, acusador, que niega el amor, adversario a la vez del hombre y de Dios. Paradójicamente, el sufrimiento puede «justificar» a Dios y al hombre en lo que concierne al amor. La victoria suprema de la vida consiste en ser capaz de amar a pesar de todo, mientras se desmoronan, una tras otra, las razones para seguir creyendo.

UN DESORDEN CAUSADO POR EL ENEMIGO

De pronto, sentimos la necesidad de conocer mejor a este enemigo de Dios y del hombre. De ahí nuestra investigación sobre Satanás, que no es un dios del mal que rivaliza con el dios del bien, sino un «ser creado» privilegiado, que obtiene toda su inteligencia y todo su poder de Dios para oponerse a él. Expresa su carácter desorganizando las fuerzas de la creación, perturbando el orden natural para hacer desaparecer la armonía del cielo. Incluso su naturaleza sigue siendo un misterio. Pero su influencia ha sido debidamente revelada. Lo esencial es comprender que nuestro mundo está desencaminado. Se hace necesario un rescate.

El mal no comporta, pues, ninguna realidad absoluta. El mal absoluto no existe en absoluto. No existe ninguna divinidad del mal. Evitar todo dualismo es una nota distintiva de la Biblia. El mal es el resultado de un desorden del bien y únicamente es posible mediante energías que en sí mismas son positivas. Por lo tanto, un desorden no se explica. Todo desorden está desprovisto de inteligencia. Podemos descubrir el mal; debemos denunciarlo, pero no podemos explicarlo.

LO QUE ESTÁ EN JUEGO: LAS CONSECUENCIAS UNIVERSALES DEL SUFRIMIENTO

Diversos textos de la Biblia sugieren que el mal se manifiesta más allá de las fronteras de nuestro pequeño mundo. El apóstol Pablo menciona poderes que no han de confundirse con los gobernantes de aquí abajo. Él escribe «para que ahora, por medio de la Iglesia, se dé a conocer a los principados y potestades en los cielos la multiforme sabiduría de Dios, conforme al designio eterno que realizó en Cristo Jesús nuestro Señor» (Efesios 3:10 y 11).¹ El Señor cuenta, pues, con la Iglesia de Jesucristo para demostrar su sabiduría. Éste es el misterio de la creación. El hombre tiene una misión sagrada que cumplir cara al universo. Dios le ha

¹ (N. del T.) Versión de Cantera-Iglesias.

creado lo más grande posible, a su imagen, libre. Esta grandeza implica, no obstante, un riesgo: el mal uso de la capacidad de elegir. Los dos árboles del jardín de Edén, reales, pero plenos de contenido, informan a la pareja inicial de su verdadera situación. Dependientes del Eterno para la vida, los hombres deben recibirlo todo. Únicamente pueden recibir. Pero cuanto más reciben más dependen. Existe una sola limitación: la imposibilidad de vivir sin Dios. Emanciparse de Dios conduce a perder la vida. Romper este vínculo es condenarse a morir.

Por desgracia, el hombre se ha separado de Dios y la muerte ha hecho estragos, lenta o violenta, precedida de una larga comitiva de sufrimientos más o menos crueles. De una generación a otra, la degradación se ha instalado. Desde entonces, el mal ya no está solamente en el exterior. Lo encontramos arraigado en nosotros.

El instinto y el deseo, siempre invocados por la Escritura a propósito del pecado (Santiago 1:14), cobran vida en lo más profundo de nuestro ser. «¡Quítate de mi vista, Satanás!», decía un día Jesús al apóstol Pedro (Mateo 16:23). Resulta curiosa, ciertamente, esta identificación del hombre con Satanás cuando sus pensamientos son malos. Así, la complejidad del pecado es tal que nadie escapa a sus consecuencias. Por eso, incluso cuando recusa con fuerza nuestra responsabilidad personal en algunas pruebas, Jesús no deja de añadir: «pero si no os arrepentís, todos pereceréis lo mismo». Todos somos solidarios unos de otros, no sólo en el presente, sino ante toda la historia.

LOS REMEDIOS CONTRA EL SUFRIMIENTO

Hemos intentado comprender a Dios desde esta perspectiva. En su oración sacerdotal, Jesús dice a su Padre: «En esto consiste la vida eterna: en conocerte a ti, el único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesús, el Mesías» (Juan 17:3).² El verbo griego traduci-

² (N. del T.) Versión de la *Biblia del Peregrino*, traducción de Luis Alonso Schökel.

do como «conocer» comporta al menos tres significados: «reconocer», «comprender» y «estar en relación íntima con», es decir «participar de la naturaleza de». Reconocer a Dios es aceptarlo como Creador y Señor, restituirle su lugar. Comprender a Dios es justificarlo en su amor, a pesar de que las desgracias se multipliquen; disculparlo frente al sufrimiento; mantener con él una relación de confianza. En fin, participar de la naturaleza divina es vivir con él una comunión íntima y constante, con el objetivo de beneficiarnos de su sabiduría para vivir en la luz.

Me parece que lo más difícil es comprender a Dios. Hemos constatado sus «silencios», sus «ausencias», que no tienen nunca una connotación afectiva, pero que resultan del desorden cometido por las criaturas. ¿Me atrevería a decir que la opacidad del pecado actúa como una pantalla ante la omnipotencia y la omnipresencia divinas? Seguramente, nuestra lógica es incapaz de abarcar plenamente toda la realidad. Pero existen expresiones hechas que causan más daño que provecho.

La labor más urgente y también más sagrada consiste en asociarse para que venga el reino de Dios. En nuestra tierra, maravillosa y repulsiva, empapada de sudor y de sangre, bañada en lágrimas, Dios no reina, a pesar de las flores. Pero sigue siendo el único capaz de detener al mundo en su carrera hacia el abismo, instalando su reino eterno sobre las ruinas de nuestras locuras. Para actuar, reclama el consentimiento reflexivo y voluntario de todos los actores del drama. Su omnipotencia es ante todo escatológica. Su victoria es segura, garantizada ya por la resurrección de Cristo. El Señor viene.

Hemos dedicado dos capítulos a Jesús y hemos descubierto, tanto en su enseñanza como en su vida, una confirmación magistral de nuestras aseveraciones. Una vez más, no se conoce bien a Dios sino a través de Jesucristo. La fe nos pide que proyectemos sobre Dios todo lo que el evangelio nos dice de su Hijo. Desde ese punto de vista, una palabra domina sobre todas las demás: «Nadie [es] bueno sino sólo Dios» (Marcos 10:18).³ Se trata de una máxima

³ (N. del T.) Versión de Cantera-Iglesias.

consoladora y audaz, que me obliga a depurar la idea que de Dios me ha legado una cierta tradición. Con frecuencia la Iglesia es responsable de la incredulidad de los hombres.

Yo deseo poder sufrir, en mí, o en aquellos a quienes amo, es decir, no solamente los míos, carne de mi carne, sino también mi prójimo, o sea cualquiera, con la apacible certeza de que mi Padre celestial me acompaña en este valle de lágrimas.

Considerar el dolor como una condición divina de la justicia o del progreso es una concepción infantil, antropomórfica y supersticiosa de Dios. La plenitud del poder de Dios consiste, a pesar de todo, en hacer concurrir el mal al bien de aquellos que le aman. Pensad que las zarzas, que surgieron después de la caída, llevan todavía frutos deliciosos.

LA ORACIÓN EN EL SUFRIMIENTO

Es necesario justificar el valor de la oración desde este punto de vista. Lo hemos intentado al poner de relieve que la oración no se limita a informar a Dios de nuestras necesidades o de nuestros deseos. Orar es tomar conciencia de que no se es Dios. Descubrir las propias necesidades, las limitaciones, la precariedad. Nos obliga a resituarnos frente a Dios. Descubrimos entonces a un aliado maravilloso. La confianza renace. ¡Qué privilegio el de no estar ya solos!

Pero la oración no es aquello en lo que a menudo quisiéramos convertirla: una especie de magia incondicional, un «¡Ábrete Sésamo!». Orar implica un compromiso en el combate de Dios, el combate de la fe. Es luchar con Dios para el advenimiento de su reino. La oración parece un camino invisible hacia el futuro, pero un futuro que se actualiza ya en nuestro presente. Orar es actuar con Dios para nuestro bien inmediato y para nuestra felicidad venidera.

Mediante una extraña parábola, Jesús nos muestra que hace falta orar siempre, sin desanimarse nunca (Lucas 18:1-8). La pobre viuda de la que habla forma parte de los elegidos. ¡Qué privilegio! ¿Cómo no envidiarla? Y, sin embargo, ¡qué triste situación

la suya! Ha perdido a su marido, ha sido despojada de sus bienes y se halla frente a un juez perverso. Podemos decir justamente que lleva su cruz. Pero, con una extraordinaria obstinación, se envalentona y reclama mil veces su derecho al juez.

«Aquí, los elegidos no piden solamente el pan cotidiano para su corazón y para su cuerpo, buscan el reino de Dios y su justicia; dicen: “¡Venga tu reino!”. Piden bien lo que ante todo hay que pedir. Llamamos a la puerta del Reino, pero no obtenemos respuesta. Y es para recordarnos lo que siempre olvidamos, que, justamente, la verdadera oración, la oración suprema de la Iglesia, queda categóricamente sin responder hasta el fin del mundo, que la Iglesia fiel está necesariamente a la puerta del Reino hasta que éste venga, que está separada del Esposo hasta que venga Jesucristo. Es cierto que podemos sufrir intensamente al ver que nuestras demandas quedan sin respuesta y nuestra infelicidad se dilata, así como podemos también alegrarnos de las concesiones y de las innumerables bendiciones de cada día. Pero no habría que olvidar que, detrás de todas nuestras oraciones, contestadas o no, nuestra desgracia y nuestra felicidad, tras nuestras enfermedades y nuestras curaciones, nuestras penas y nuestras alegrías, está la oración suprema; la oración por excelencia: “¡Ven, Señor Jesús!”, que sigue sin responder y así continuará tanto tiempo como dure el mundo, porque la historia de su mundo y la historia de la Iglesia es la historia de esta oración sin respuesta; es la historia de una Iglesia que espera y que ruega, y de un juez que se hace esperar y que se hace rogar».⁴

No olvidemos nunca que la pronta justicia que Dios hará a sus elegidos será el regreso glorioso de aquél que enjugará definitivamente todas nuestras lágrimas. Hasta entonces, sufriremos lo que con acierto hay que llamar la ausencia de Dios, es decir, un mundo en el que Dios ya no reina, pero en el que el Padre celestial se acerca siempre con ternura a todos los que lo invocan. Éste es el verdadero drama de la historia.

⁴ PURY, Roland de, *Ton Dieu règne*, París: Delachaux et Niestlé, 1946, pp. 72 y 73.

UNA ÚLTIMA PALABRA

Después de todas las explicaciones, después de todas las apolo-gías, después de todos los paliativos, queda, punzante, la prueba. Sólo Dios puede aportar sosiego en la intimidad de alma. Así, escucharemos aún al apóstol Pablo preguntarnos: «¿Habéis pa-decido tanto, inútilmente?» (Gálatas 3:4). El dolor, ¿ha sido para nosotros un enigma o una revelación, un crepúsculo o un ama-necer, una ocasión de caída o una llamada al arrepentimiento? ¿Se ha manifestado la gloria de Dios? No se alejan las tinieblas afirmando que luce el sol, pero se descubre la esperanza y se toma de nuevo aliento al saber que pronto lo veremos brillar.

«Todo cristiano debería llegar a la inalterable convicción de que el Señor no es responsable de las pruebas, de las dificultades y de los sufrimientos mentales, físicos y sociales que nosotros, en mayor o menor grado, experimentamos constantemente. Si no captamos la falsedad de esta idea, el carácter de Dios permanecerá velado a nuestro entendimiento. ¡De este modo el maravilloso concepto que Dios ha sido, es y continuará siendo amor puro, se mantendrá oculto en una mortaja de tinieblas!».⁵

Dios mismo ha entrado en el combate. Está con nosotros tanto en la tentación como en la prueba. Somos sus compañeros de armas, de aflicción, de paciencia... y de soberanía. Desde luego, el combate es duro. Es inútil cerrar los ojos y taparse los oídos. Conocemos las vicisitudes, incluso las derrotas. Pero el creyente no puede considerarse definitivamente vencido. Dios asegura la victoria a todo aquél que alza sus ojos hacia él.

El gran profeta Jeremías descubrió, en el seno de una penosa y dilatada experiencia, que las realidades puramente humanas engendran finalmente el vacío interior. Desde entonces, sólo le quedó la confianza en su Dios. Si sufrió, jamás fue abandonado. Así surgió el manantial refrescante de su esperanza. Cuando se comprende a Dios, se puede decir con el salmista: «Aunque se con-

⁵ SPANGLER, Bob y Marie, *Alabanzas matinales*, Miami, Florida: Asociación Publicadora Interamericana, 1993, p. 265.

suman mi espíritu y mi carne, Dios es la roca de mi espíritu, mi lote perpetuo» (Salmos 73:26). En una experiencia similar, en plena tormenta, el apóstol Pablo tuvo que oír estas palabras a la vez dolorosas y tranquilizadoras: «Te basta con mi gracia» (2 Corintios 12:9). ¡Y eso lo cambia todo!

En lugar de interpretar el sufrimiento únicamente como el drama de un castigo, esforcémonos en entenderlo como la epopeya de un alumbramiento. «La humanidad entera sigue lanzando un gemido universal con los dolores de su parto», escribió san Pablo. Éste es el ámbito en el cual conviene situar las bienaventuranzas del sermón de la montaña. Jesús trastoca nuestra concepción habitual de la vida. Porque, con él, los acontecimientos cambian de signo.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados. Su hambre de Dios será satisfecha. Y si su camino está sembrado de pruebas, las vivirán en comunión con aquél que ha venido del cielo para llevarlas con ellos.

Podemos oír sin reservas la dulce voz de Jesús: «Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os aliviaré» (Mateo 11:28),⁶ y seguir el consejo de Pedro: «Descargad en Dios todo agobio, que a él le interesa vuestro bien» (1 Pedro 5:7).

Esta luminosa invitación viene de aquél que fue alzado en la cruz para atraer nuestros corazones hacia él. En la noche más negra de nuestra historia, abandonado por Dios a la muerte, el Salvador de los hombres supo decir: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu». El sufrimiento es un drama. El nuestro, seguro, pero también el de Dios, porque él es a pesar de todo nuestro Padre, que vino hasta nosotros en el sufrimiento de Cristo, para dirigirnos una patética llamada a confiar en él.

Y mientras aquí abajo continúa la espera, allá arriba se prepara el banquete del gran reencuentro.

⁶ (N. del T.) Versión de Cantera-Iglesias.

www.aula7activa.org